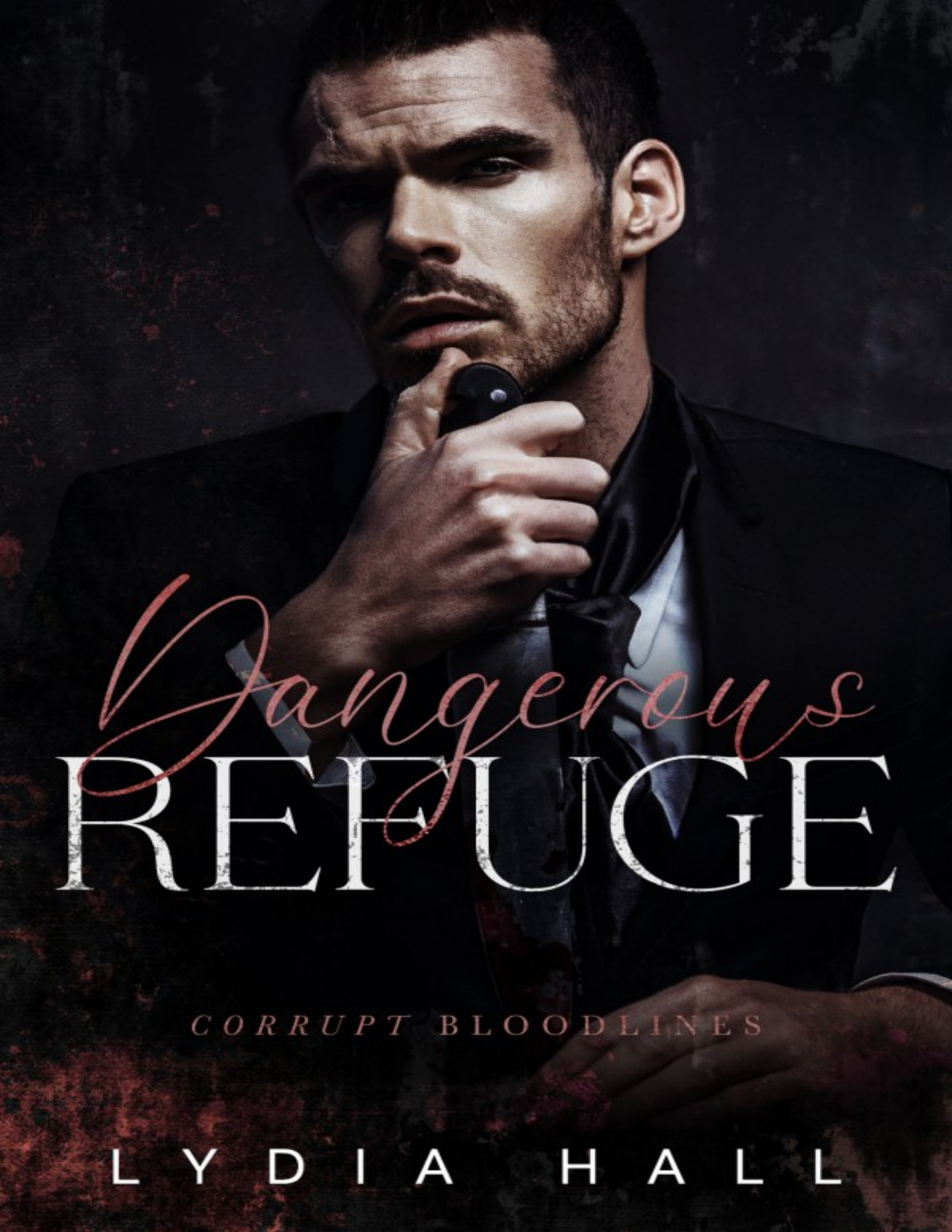

Dangerous
REFUGE
CORRUPT BLOODLINES
LYDIA HALL

DANGEROUS REFUGE (SPANISH EDITION)

LYDIA HALL

Derechos de autor © 2026 por Lydia Hall

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en ninguna forma o por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de la autora, salvo para el uso de breves citas en una reseña literaria.

Formateado con Vellum

ÍNDICE

Sinopsis

1. Allie
2. Sven
3. Allie
4. Sven
5. Allie
6. Sven
7. Allie
8. Sven
9. Allie
10. Sven
11. Allie
12. Sven
13. Allie
14. Sven
15. Allie
16. Sven
17. Allie
18. Sven
19. Allie
20. Sven
21. Allie
22. Sven
23. Allie
24. Sven
25. Allie

También por Lydia Hall

SINOPSIS

Ese hombre guapo y misterioso nos protegerá a mi hijo y a mí con una única condición... primero tengo que casarme con él.

Algo me atrae de Allie Clarke, y no es solo su dulce e inocente belleza. Es también su feroz deseo de proteger a su hijo y su creencia de que la gente, en el fondo, es buena…

Por muy equivocada que esté, Allie no pierde la esperanza conmigo. No sabe lo que he hecho, ni lo que *seré capaz de hacer* para mantenerla a salvo.

Pero Allie tiene un secreto: un ex, el padre de su hijo, que anda tras su pista. Él no parará hasta encontrarla y ella no dejará de huir hasta estar a salvo.

Rompemos las reglas que nos impusimos. No debería tocar a Allie, pero ya no puedo resistirme.

Cuando su ex reaparezca, dos cosas se pondrán a prueba.

Mi lealtad a la bratva… y mi amor por Allie.

Mi decisión podría acabar con nosotros o darnos ese nuevo comienzo que tanto anhelamos… Pero, decida lo que decida, cuando lo haga, lo cambiará *todo*.

Dangerous Refuge (SPANISH Edition) es el segundo libro de la serie de novelas autoconclusivas interconectadas Corrupt Bloodlines (SPANISH Edition).

¡Esta es una novela de romance oscuro y picante que puede disfrutarse por separado o leerse del tirón con el resto de la serie!

1

ALLIE

Nada en toda esta noche me ha salido bien. De pie junto a la freidora en la cocina, me seco el delantal rojo con una toalla, intentando quitarle las salpicaduras de grasa. Odio servir mesas, pero fue el único trabajo que pude conseguir en su momento, y ahora es lo único en lo que tengo experiencia. Haberme mudado nueve veces en los últimos cinco años ha significado nueve trabajos distintos, nueve pisos diferentes, nueve ocasiones en las que he tenido que explicarle a mi hijo que todo vuelve a cambiar. De verdad quiero que esta vez funcione, pero no quiero seguir lidiando con clientes maleducados como el que acaba de limpiar su pollo frito en mi delantal solo para demostrar lo grasienta que estaba la comida.

—¿El idiota de antes otra vez? —pregunta Dana, lanzando su bandeja en el fregadero grande para lavarla. Ella, mejor que nadie, sabe lo mal que pueden llegar a ser estas personas.

—Sí, esta vez han restregado la comida por mi delantal. Estoy a punto de perder la paciencia. —Niego con la cabeza y lanzo la toalla a un lado. Me tendré que quedar con esta mancha hasta llegar a casa porque aquí no tengo cómo lavarla.

—Parece que los chicos guapos de la mesa seis no te están poniendo ningún problema. —Me guiña y mueve las cejas mientras coge una bandeja limpia y va colocando en ella los platos preparados en la barra. Cuando está llena, apoya la cadera contra la mesa de acero inoxidable y cruza los brazos sobre el pecho—. Necesitas buscarte a un hombre atractivo y rico que te mantenga. Así no tendrías que seguir con este curro.

—Ya, bueno, tú tienes novio. ¿Por qué sigues aquí? —Mi comentario sarcástico rebota en ella sin obtener respuesta mientras cojo la bandeja de bebidas que tengo que llevar a esa mesa de caballeros, quienes —si me lo permito decir— son realmente atractivos. Además, solo uno de ellos lleva anillo, a pesar de que algunos parecen mayor que yo.

Entro con la bandeja en el comedor, esquivando a los clientes groseros que recogen sus cosas para irse. No sacaré propina de esa mesa, pero espero que estos hombres tan apuestos compensen eso.

—Os traigo esa ronda fresca de bebidas —digo, manteniendo la bandeja apoyada en una mano mientras coloco la bebida de cada uno delante suyo. El de los ojos oscuros y ardientes, que no ha dejado de mirarme en toda la noche, vuelve a la carga. Me observa, devorándome con la vista mientras pasa la lengua por su labio inferior. Me gusta esa atención, pero sé que no soy buena para él. Paul aparecerá de nuevo en cualquier momento —seguramente pronto— y tendré que marcharme otra vez. Así son las cosas.

—Vaya, sí que eres todo un espectáculo —dice el hombre. Su voz suena áspera, como si fuera un fumador empedernido, o quizá simplemente grita mucho y está ronco. Pero cuando habla, una cálida oleada de deseo me recorre por dentro. Es el más atractivo de toda la mesa a mi juicio: lleva una barba de varios días, el pelo oscuro y ondulado engominado hacia atrás, y unos ojos azules que prometen diversión si le sigo el juego.

—Gracias, pero la verdad es que no busco nada en este momento.

Es cierto; no busco nada. No puedo. No cuando Rico me necesita para mantenerlo alejado de su padre. Paul irá tras de mí; me veré obligada a mudarme otra vez. Si empiezo algo con algún hombre solo querré quedarme, ¿y entonces qué? Ganaría el padre de Rico, y no puedo permitir que eso ocurra. No después de lo que nos pasó.

—Ya sabes, las mejores cosas pasan cuando no las buscas. Pregúntale si no a Dom, que está ahí —dice, señalando con la mirada al hombre de patillas canosas. Tiene un aspecto serio, incluso malhumorado; nada que ver con el que me está hablando.

—Te agradezco el consejo —respondo mientras dejo su vaso delante de él y su mirada recorre mis curvas. Eso me pone tensa, y me late el sexo solo por la atención. No he tenido sexo con un hombre en cinco años: los consoladores no cuentan y tampoco sirven de mucho. Y tampoco puedo liarme con cualquiera para una noche. Soy demasiado exigente, demasiado selectiva.

—¿Alguien te ha dicho alguna vez que tienes un cuerpo espectacular? —Se recuesta en la silla y me observa detenidamente —. Hay mujeres que hacen auténticas locuras para resultar atractivas a los hombres, pero lo tuyo es belleza natural. —Hace un gesto recorriendo toda mi figura y lo único en lo que puedo pensar es en cómo demonios puede encontrar atractivo este horrible uniforme de camarera de rayas.

Estoy cubierta de grasa. Se me escapan mechones del moño. Tengo una carrera en las medias. Seguramente el maquillaje se me haya corrido de tanto sudar y sé que tengo ojeras de no dormir y de preocuparme. O bien es el mayor ligón del mundo y solo quiere un revolcón rápido, o está ciego.

—Gracias, pero no, gracias. No soy nada borde. No quiero ser desagradable con nadie. Simplemente no puedo permitirme sentir eso. No puedo dejar que me halague—lo hace, pero no puedo permitirme responder a ello—. ¿Os puedo traer algo más? —pregunto, retrocediendo un poco.

—¿Qué tal tu número? —dice otro de ellos—. Sven está solo y de verdad es un buen chico si le das una oportunidad.

Suelto un suspiro y niego con la cabeza—. Ahora vuelvo con la cuenta.

Me alejo sintiéndome más ligera. Es agradable sentirse admirada y deseada, pero solo me llevará a sufrir más desengaños. Tengo la sensación de que acabaré siendo una mujer sola rodeada de gatos cuando Rico crezca y se mude. Tendré mis diez gatos rubios y una docena de areneros repartidos por mi pequeño piso donde me esconderé del mundo. Es, literalmente, el destino o algo así.

Me aparto el pelo de la cara y me esfuerzo en sonreír mientras dejo atrás la idea de que podría escapar a mi temido futuro ligando con uno de esos hombres tan guapos. La mesa hacia la que me dirijo no ha hecho más que darme problemas en toda la noche, pero aún tengo que encargarme de ellos. Me deslizo entre los otros clientes del comedor, con la bandeja bajo el brazo, y me esfuerzo otra vez en sonreír.

—La sopa de patata estará lista enseguida. Siento mucho que tuviera bacon cuando la pidió sin él. ¿Quiere que le traiga algo mientras espera?

La mujer sentada en la mesa, frente a quien solo puedo suponer que es su marido, tan miserable como ella, me mira con el ceño fruncido —. Él ya ha terminado de comer y yo ni siquiera he recibido mi comida. El refresco sabía a jarabe, sin burbujas, y cuando me sentaron ni siquiera me trajisteis cubiertos. Creo que ya has hecho bastante. —Lleva el pelo recogido en un moño tan tirante que le estira los ojos hacia atrás, lo cual resulta cómico, pero no me río de ella.

—Perdone otra vez, señora. Voy a comprobar si la sopa ya está lista. —Me doy la vuelta dirigiéndome a la cocina, aunque preferiría que simplemente se quejara y se marchara. No me va a dejar propina y ya le ha dicho a mi jefe que estoy haciendo mal mi trabajo esta

noche. No es culpa mía que el cocinero haya hecho la sopa equivocada, pero intenta convencer a un cliente insatisfecho de eso. Odio servir mesas cuando me culpan por errores de otros.

—Madre mía —dice Dana en cuanto entro en la cocina—. Se oye a esa mujer desde aquí. —Pone los ojos en blanco y me pasa una bandeja con el bol de sopa en el centro, junto a un nuevo juego de cubiertos y una servilleta.

—Ya te digo —le entrego mi bandeja vacía y cojo la de la sopa.

—Mira, ve y dale la sopa y luego salimos a fumar o lo que sea. Necesitas un descanso. —Dana a veces es mi salvación, pero hoy lo es de verdad.

—¿Te he dicho alguna vez que te quiero? —le canto, con la primera sonrisa sincera del día—. Ahora, déjame ir a alimentar a la dragona.

De espaldas a la puerta y con la bandeja en la mano, retrocedo al comedor, pasando junto a los guapos que dejan escapar unos cuantos piropos. Aprovecho ese pequeño chute de confianza mientras me acerco a la mujer con su comida. No sé qué lo provoca, pero se me engancha el pie con algo y pierdo el equilibrio. Siento que las rodillas me van a fallar y, para no caerme, me apoyo en el respaldo de una silla vacía cercana. Por desgracia, también inclino la bandeja y la sopa acaba deslizándose hacia mí, derramándose por delante de mi delantal y empapándome de caldo y trozos de patata.

Suelto un respingo y me enderezo justo cuando el bol y la bandeja caen al suelo. Mi delantal, la falda y los zapatos están empapados de sopa y ya no tengo nada que poner delante de ella en la mesa. La sopa está caliente, pero no quema. Rápidamente me desato el delantal y me lo quito antes de que la humedad cale la camisa, aunque el bajo de la falda ya está empapado.

—Mierda —murmuro entre dientes. Justo lo que me faltaba esta noche, empeorar la situación con una clienta que ya estaba cabreada. Me ve desde el otro lado del local y su ceño fruncido se

transforma en una mirada de auténtica furia. Dana no tarda ni un segundo en aparecer con unas toallas y las uso para secar el dobladillo pegajoso de la falda.

—Vete... yo me encargo —me dice, señalando a la mujer.

Se me caen los hombros mientras avanzo hacia ella, notando cómo la sopa empapa mis bailarinas y me calienta los pies. Es todo un paseo de la vergüenza. Todo el mundo me ha visto mancharme y ahora me toca explicar por qué esta mujer no va a comer su segunda sopa.

—¿¡Era la mía!? Madre mía, qué torpe eres. ¿Cómo puedes ser tan patosa? —Su tono es cortante y duro. Tengo que recordar que es una clienta y no alguien a quien conozco de verdad.

—De verdad que lo siento mucho, señora. Yo—

Ella se levanta, tira la servilleta sobre la mesa con fuerza. Su marido se sonroja de la vergüenza pero no dice nada—. Debería darte vergüenza. Nunca me han atendido tan mal en este sitio.

—Por favor, discúlpeme. Puedo pedir a la cocina que le preparen una sopa nueva, y me gustaría invitarle yo misma a la comida.— Aprieto la toalla entre las manos. Apenas tengo dinero para pagar el alquiler, pero es lo correcto. Esta metedura de pata ha sido culpa mía.

—No. Quiero hablar con su responsable.— Cruza los brazos sobre el pecho con indignación y me dan ganas de darle una bofetada. Sin embargo, me contengo, sabiendo que eso solo me traería problemas por agresión. Doy un paso atrás, pensando en lo "Karen" que está actuando esta mujer, y choco con algo muy firme, pierdo de nuevo el equilibrio, pero esta vez unas manos fuertes en mis caderas me sujetan para que no me caiga.

Doy un respingo y me aparto, viendo al hombre altísimo y de torso ancho de la mesa del otro lado del local. Sus ojos soñadores se posan en mí un instante y después mira a la mujer. —Disculpe, señorita. No he podido evitar presenciar lo ocurrido y oír que está

disgustada. Me gustaría invitarles a toda la comida. Y quiero dejarle un detalle.— Saca la cartera y pone dos billetes de cien dólares sobre la mesa. Eso basta para pagar esta comida y unas cuantas más como esta.

—Bueno...— resopla la mujer, —usted no es responsable de la incompetencia de esta señorita. ¿Es el encargado?

—No lo soy. Solo soy un cliente preocupado que quiere ayudar.— Junta las manos delante de la cintura, sosteniendo la cartera entre ellas. —Si eso no es suficiente, puedo dar más.—

Me aparto mientras Dana se acerca y me hace gestos para que me vaya. Sé que me protege para que la responsable no me eche la bronca, y me asombra cómo este desconocido ha salido en mi defensa. No tiene ningún motivo para ser tan amable y sacarme de este apuro con la mujer enfadada, y tendré que agradecérselo algún día, pero ahora solo quiero esconderme.

Me dirijo a la cocina, tiro la toalla sucia en el cesto que le corresponde y salgo por la puerta trasera con el bolso en la mano, que he cogido del perchero junto a la sala de descanso. Me dejo caer en el banco donde suelo sentarme a fumar y saco los cigarrillos y el mechero. El suelo está repleto de colillas, seguramente del cocinero. Es un vicio asqueroso, y a veces se las recojo y las tiro a la basura por él, pero hoy no. Enciendo un cigarrillo y doy una calada, sintiendo cómo la nicotina ya apacigua el ansia que tenía.

Apenas me ha dado tiempo a encender el cigarrillo cuando veo que alguien se acerca. Es un hombre con una sudadera oscura, encorvado. Me pongo un poco nerviosa y el hombre se quita la capucha. Su pelo oscuro y sus ojos negros lo delatan al instante.

—Dios mío, ¿qué haces aquí?— Se acerca mi peor pesadilla. Paul ya me ha encontrado. Pensé que aún me quedaban unos meses antes de que esto volviera a ocurrir.

—Sabes por qué estoy aquí, Allie. Quiero a mi hijo. Se merece conocer a su padre.— Mete las manos en los bolsillos de la sudadera y yo dejo caer el cigarrillo encendido al suelo y lo piso para apagarlo.

—No tengo tiempo para esto,— le digo, yendo hacia la puerta, pero él me agarra del codo con fuerza y me tira hacia atrás, haciéndome daño.

—Será mejor que lo encuentres,— gruñe. —Porque voy a recuperar a mi hijo.—

—Pues denúnciame por la custodia. Van a hacerte un control de drogas y vas a acabar en la cárcel. No volverás a ver a Rico.— Intento zafarme de él, pero su agarre se vuelve aún más fuerte.

—Voy a recuperarle.—

Ahora mismo podría escupirle a la cara de la rabia. Estaba empezando a establecerme en este sitio y ahora volverá a seguirme hasta casa. —Jamás te dejaré tenerlo. Me pegaste tan fuerte delante de él que volvió a hacerse pis en la cama. No vas a recuperarle.— Es lo último que me faltaba hoy. Solo quiero irme a casa, hacer las maletas e irme.

—¡Eh!

Otra voz masculina llega a mis oídos y veo al hombre corpulento del restaurante corriendo por el callejón. Paul gruñe y me empuja, y yo me encojo cerca de la puerta, lista para entrar de nuevo. Pero el hombre grande, cuyo nombre no recuerdo, está a mi lado en un segundo, colocándose entre Paul y yo.

—No pongas las manos sobre la señorita, amigo.—

—¿A ti qué te importa, imbécil? Es asunto personal.— Paul se cuadra. Es casi igual de alto y corpulento, pero temo que el hombre grande pueda salir mal parado si Paul le golpea. Sé por experiencia propia lo fuerte que pega.

—Es asunto mío cuando veo a un hombre ponerse violento con una mujer. Márchate antes de que llame a la policía.— Cuando infla el pecho veo la silueta de los músculos bajo la camisa y aparto la mirada. No quiero quedarme aquí presenciando una pelea.

—Volveré, Allie. Rico es mío, ya lo verás...

Paul se aleja y el hombre grande se vuelve hacia mí. —¿Estás bien?— pregunta, abriendo la puerta. Asiento y entro de espaldas en el restaurante, deseando que mi descanso termine de una vez.

—Sí, estoy bien,— consigo murmurar. Nunca llego a saber cómo se llama, aunque me prometo intentar averiguarlo si vuelve a entrar algún día.

Él deja que la puerta se cierre y yo empiezo a trazar mentalmente el plan de cómo le voy a decir a Rico que tenemos que mudarnos de nuevo. Se va a quedar destrozado.

2

SVEN

Estoy tumbado a lo largo de la grava en esta azotea, con el móvil bajo la barbilla. Apoyado sobre los codos, observo por el visor del rifle, la cruz centrada en un edificio a dos manzanas de distancia. El hombre al que vigilo no tiene ni idea de que estoy aquí invadiendo su intimidad. Si lo supiera, habría corrido las cortinas y no me dejaría verle contar fajos de billetes. Ese tipo la tiene jurada a mi primo Red, y no pienso dejarle ganar. Por no hablar de la enorme deuda que tiene con la familia, y Dominic ya le ha reclamado lo que le debe.

Mueve fajos de billetes de su mesa a un maletín y me pregunto si será ese el dinero que se supone que debe entregar a Dom. Lo dudo mucho. Es tan traidor como el que más, jugando a dos bandas con los italianos.

—Pop no está muy bien hoy, Sven. Las palabras de Leo, saliendo por el altavoz, me dan de lleno en el pecho. El estado de mi padre sigue empeorando, justo como dijeron los médicos. Se niega a tomar la medicación con regularidad, aunque sé que le ayudaría, pero es terco como una mula.

—Algún día morirá, Leo. Tenemos que prepararnos para eso. Ya no somos unos críos. Yo mismo tengo ya cuarenta y dos, y he visto morir a muchos de mi familia, tanto por enfermedad como por los peligros de ser Bratva. Enterrar a alguien a quien quieres nunca es fácil, y la única forma en la que puedo seguir adelante es apartarlo de mi mente. Pero Leo es de los que sienten las cosas demasiado, siempre aferrado a los recuerdos. Por eso él nunca sería el francotirador en este tejado. Encontraría la manera de tener lástima de este cabrón y al final fallaría el tiro.

—Solo digo que las cosas no serán iguales cuando él ya no esté. ¿Sabes a lo que me refiero?

—Ya lo sé. Cambio de tema, buscando algo más ligero en lo que centrarme. Pop morirá, pero la vida continuará y necesito que la corriente de mi vida me arrastre hacia delante. La muerte lleva demasiado tiempo ensombreciéndome desde el suicidio de mamá y la forma en que Lacy se fue tan de repente. —¿Qué te pareció esa mujer del restaurante? La camarera…

Leo suelta una carcajada y dice: —¿La pelirroja? Esa debe de ser puro fuego en la cama. ¿Te fijaste en lo apretado que tenía el culo? Madre mía, Sven, si no logras llevártela al catre es que tienes un problema.

Siempre soy el blanco de sus bromas, y de las de Matty también. Nunca han estado listos para sentar cabeza porque son unos juerguistas. Les va el sexo apasionado y las relaciones rápidas que acaban explotando antes de irse con otra. Yo solía ser así, quizá cuando tenía veinte años. Pero conocí a Lacy y nos casamos enseguida. Un cáncer de mama me la arrebató y juré que no volvería a amar… pero esa camarera. Hay algo especial en ella.

—Sí, bueno, si no fuera porque vosotros dos espantáis a todas las mujeres con vuestras tonterías, igual tendría alguna oportunidad.

Mi comentario le hace reír aún más. —Es que no tienes el arte que tenemos Matty y yo. Jugamos porque un jugador tiene que jugar.

¿Sabes? Mira, tío, me tengo que largar. ¿Tú crees que este tipo va a hacer su jugada? Parece que de verdad quiere hacerle la vida imposible a Red.

Vuelvo a mirar por la mira, por el cañón del arma. No tengo la menor duda de que va a intentar matar a Red, pero no vamos a dejar que pase. Este cabrón va a pagar por robarnos. Red hizo bien avisando a Dom del robo.

—No va a tener ninguna oportunidad. Ahora debe de tener veinte mil en fajos encima de la mesa de centro. Si eso fuera ni por asomo lo que le debe a la familia, ya le habría volado la tapa de los sesos y habría bajado a coger el maldito dinero. Estoy esperando a que lo suelte. Entonces será mío. Bajo el rifle y me incorporo, sentándome. —Vete tú ya. Yo tengo algo que quiero hacer esta noche.

—Vas a espiarla otra vez, ¿verdad?

—No es espiar si voy y le hablo.

—Qué va, entonces es acosar. —Su risa resulta insufrible—. Oye, ¿has visto a la mujer que tiene Dom en su casa? ¿Qué está haciendo con ella?

Recuerdo haber visto a una mujer en su casa, de lejos, pero no tengo ni idea de qué se trata. Sé que tiene algo que ver con el topo que estamos intentando desenmascarar; de eso estoy seguro. Pero Dom es reservado y pronto será nuestro nuevo líder, sobre todo si Pop sigue empeorando.

—No te metas, Leo. Ya sabes que Dom tiene mala leche. Sois familia, pero la sangre se derrama fácil cuando alguien le falta el respeto al jefe. —Mi consejo vale lo mismo para mí que para él. Tengo demasiadas cosas en la cabeza para andar fisgoneando en la vida privada de mi hermano mayor. Y ahora, mi objetivo se está moviendo, así que soy libre para hacer lo que quiera esta noche—. Me pongo en marcha. Te llamo luego.

—Claro. —Leo cuelga y desmonto mi pistola, guardándola en el maletín donde la llevaba. Ahora me ha dejado la cabeza dando vueltas y, aunque no sé nada de esa mujer, ni siquiera su nombre, siento la necesidad de verla otra vez. No solo porque es preciosa. En cuanto vi que aquel hombre la acosaba, supe que necesitaba mi ayuda, y ahora pienso dársela.

Bajo hasta mi coche y cruzo la ciudad en un trayecto corto hasta la casa de Red. Su coche está aparcado delante. Es una chatarra, pero adora ese Camry oxidado. Entro sin llamar. No me espera, pero siempre entro así. Me mira desde la silla, donde está viendo la tele, y asiente con la cabeza al verme.

—¿Quieres una cerveza? —pregunta mientras pone el programa en silencio. Es un western antiguo, de esos que ponen en tonos sepia.

—No, solo estoy aquí por un favor. Pensé en pasar antes de ir al centro a cenar. —Me siento en su viejo sofá de cuadros, que ya ha visto días mejores. Red vive como si siguiera en los años sesenta, ni un solo objeto de la casa parece actualizado. Me hundo tanto en el cojín que dudo poder salir de ahí.

—¿Sí? ¿Qué necesitas? —Mete la mano en una bolsa abierta de nachos, saca un puñado y se los lleva a la boca. Mientras mastica y cruje su tentempié, yo saco el móvil y abro la aplicación de fotos. Cuando esa mujer no miraba, le hice una foto junto al hombre con el que hablaba.

—Esta mujer y ese hombre, necesito saber quiénes son. ¿Puedes averiguarlo? Consígueme cualquier información que puedas de ellos: de dónde vienen, quiénes son, qué ha pasado entre ellos. Si hay cualquier pista, la quiero.

—Claro —dice, asintiendo mientras mastica. Le caen unas migas en la camisa de franela y se las sacude—. Solo mándame la foto y lo que ya sepas de ellos.

—Ella trabaja en ese viejo restaurante de la Séptima. El bistró ese al que le gusta ir a Dom. —Le reenvío la imagen a su móvil y guardo el teléfono otra vez. Si hay alguien capaz de averiguar quién es ella, ese es Red. Es un genio en estas cosas y nadie sabe cómo lo hace. Oí una vez que tiene contactos en Tráfico, pero nunca se ha comprobado—. ¿Cuánto vas a tardar? —pregunto, metiendo la mano por encima de él en la bolsa de nachos. Cojo unos pocos y pico mientras él da un trago de cerveza.

—No sé, depende de lo que hayan hecho para ocultar quiénes son. Si están en el sistema, los encuentro rápido. Solo es cuestión de escanear esa imagen y buscar los puntos nodales de sus caras.

—Sí, reconocimiento facial. Buena idea. —Cojo otro nacho y decido que realmente tengo hambre. Puede que vaya a ese restaurante y vea si está ella esta noche. Quizá no necesite a Red para descubrir su nombre, aunque dudo que me suelte información personal solo porque sí.

—Tengo un par de recados que hacer para Dom, por cierto. Algo sobre el topo, ¿sabes? No puedo contar mucho, pero intentaré hacerlo lo más rápido posible. —Red se incorpora y señala la tele con la barbilla—. Puedes quedarte a ver si quieres.

—No, tengo hambre. Voy al centro a cenar. Manténme informado. —Me pongo en pie y salgo. Ya me he acostumbrado a que Red siempre esté viendo viejos westerns cuando le visito. Es igual que su padre, lo cual me resulta reconfortante. El padre de Red era la mano derecha del mío, fiel hasta la médula. Es justo lo que necesita nuestra familia ahora, sobre todo teniendo el topo cada vez más cerca.

Voy en coche al centro, aparcando a una manzana del restaurante. Ya la veo; su melena pelirroja llama mi atención. Está en el callejón, junto a un coche. Hay una mujer rubia en el asiento del conductor y un niño pequeño al lado—nueve o diez años, a lo sumo. La pelirroja se agacha y le da un beso en la frente al niño, que la abraza con fuerza. Hay algo de tensión en su expresión, el ceño fruncido y los

ojos apagados, pero sube al coche. Ella le dice algo a la conductora y el coche se aleja.

Veo mi oportunidad. Ella está sola en el callejón, encendiendo un cigarrillo. Puedo acercarme y charlar con ella, que es exactamente lo que pienso hacer. Salgo del coche y lo cierro con llave, dejando mi arma dentro para que no la roben. Luego me encamino por el callejón. Ella me da la espalda, y yo no puedo apartar los ojos de ese culo redondo y firme que luce con la falda roja brillante que lleva puesta. Probablemente solo sea un uniforme de trabajo, pero con ella está para comérsela, y noto cómo se me endurece al acercarme.

Aún estoy a mitad del callejón cuando veo que un hombre sale de detrás del contenedor y se le acerca. Lleva puesta una camiseta azul, no la sudadera con capucha de la otra noche, pero es el mismo tío al que tuve que espantar antes. Me aparto un poco y me apoyo un instante en una farola. En vez de lanzarme a intervenir, me detengo y escucho. Esta vez estoy lo bastante cerca para oírles y quizá sacar algo útil de la conversación que me ayude a entender mejor por lo que está pasando esta mujer. Pero si la toca, le rajo.

—¿Ahora qué? —le pregunta ella, dando una calada al cigarrillo. Sopla el humo hacia otro lado, girando la cabeza para que no le dé en la cara. Es un gesto educado que yo no tendría con ese hombre. Su falta de respeto hacia ella demuestra que no se lo merece.

—Te he dicho que quiero a mi hijo.

—Rico es mío, y voy a mantenerlo alejado de ti, donde esté seguro. —Ella da un paso atrás cuando él se le acerca. Todavía no ha anochecido, y hay que tener valor para pensar en agredirla a plena luz del día.

—He tenido que buscarte nueve veces, Allie. Solo quiero a mi hijo. Merece que forme parte de su vida. —Se limpia la boca con el pulgar y el índice, y niega con la cabeza.— No puedes apartarme de él.

—Ya lo creo que puedo. Solo tengo que enseñarle al juez los informes del hospital. Casi me mataste. Nunca te darán la custodia. Solo acabarás en la cárcel. Además, no eres capaz de mantenerte sobrio ni para pasar un test de drogas. —Sacude el cigarrillo, dejando que las cenizas se las lleve la ligera brisa.— No te tengo miedo, Paul.

—¿Entonces por qué sigues huyendo? —su voz suena ronca, con rabia—. Te pasas el día de un lado para otro por la ciudad y evitándome. Eso es miedo.

—Claro, ¿y me lo reprochas? Me diste una paliza de muerte y luego intentas llevarte a mi hijo. —Allie deja caer la colilla al suelo, la pisa y la recoge para tirarla a la papelera junto a la puerta.— Tienes que dejarme en paz. Ya estoy buscando otro trabajo y otro sitio donde vivir. Te tocará volver a buscarme, pero olvídalo. Jamás vas a conseguirlo. Jamás vas a tenerle.

Ella agarra la puerta y la abre, y el hombre se pasa la mano por el pelo entrecano. Así que la ha maltratado de verdad, y quizá también al niño, y por eso ella está huyendo. Este imbécil se merece todo lo que le pase. Ojalá fuera yo quien pudiera dárselo. Solo tiene que dar un paso en falso y haré que desaparezca antes de que pueda pestañear.

Sigo ahí, escondido tras la farola, y él se mueve hacia mi dirección. Allie—me gusta ese nombre—sabe defenderse. Eso también me gusta. No es una flor delicada; se planta cara. Probablemente no le ha quedado otra, viviendo con un tipo como este. Cuanto más se acerca a mí, más ganas tengo de destrozarle. Cuando solo le separan unos pasos de mí, salgo y me planto en su camino, con los hombros rectos.

—Tú otra vez, no —murmura.— ¿No puedes meterte en tus asuntos? ¿Qué eres, su guardaespaldas o algo así? —Aprieta los puños y yo me preparo por si lanza el primer golpe.

—Me parece que a Allie no le hace mucha gracia que vengas a su trabajo. Quizá deberías mantener las distancias. —Tengo la tentación de abrirme la chaqueta y enseñarle el arma en la cartuchera, pero no voy a ser yo quien provoque nada. Así es como acaba la gente detenida.

—Tienes un problema serio, ¿lo sabías? Será mejor que te apartes antes de que te pase algo malo. O quizá le toque a ella, porque igual te interesa demasiado y voy a tener que darte una lección.

Dios, me muero de ganas de matarle. Me aparto la chaqueta y le muestro la Ruger y él frunce el ceño y niega con la cabeza.— Si te vuelvo a ver por aquí, será la última vez.

—Mucha suerte, colega —dice mientras se aleja.

No le intimido, pero eso no es un problema. No tengo el ego tan frágil. Sé quién soy y sé que tengo respaldo si lo necesito. Este imbécil no tiene ni idea de con quién se las está viendo. Ahora tengo que averiguar dónde se está quedando y cómo proteger mejor a Allie, porque una cosa tengo clara: la quiero. Y lo que es mío, lo protejo a cualquier precio.

3

ALLIE

Veo que está en la puerta esperando a que le asignen mesa antes de que me vea, o al menos creo que aún no me ha visto. Corro a la cocina y dejo mi bandeja sobre la mesa, luego le observo a través de la ventanita donde el cocinero coloca los pedidos listos para servir. Mira a su alrededor mientras el encargado le guía hacia la sección de Dana, no la mía. Su traje oscuro le hace destacar, demasiado elegante para el pequeño local donde trabajo, pero le queda como un guante. No le veo del tipo de hombre que vestiría dockers o camisetas. Toda su presencia grita dinero y clase.

—¿Le vas a devorar con la mirada o qué? —pregunta Dana, apareciendo detrás de mí. Doy un respingo y me giro, sintiendo cómo se me sonrojan las mejillas.

—No le estoy mirando, solo que... —No encuentro las palabras, y no puedo evitar volverme otra vez para verle sentarse y dar su pedido de bebida al encargado.

—Eh —dice, acercándose a mi lado para mirarle también—, ¿no es el chico de la semana pasada? Es el que pagó la cuenta de esa mujer insufrible después de que te tiraste la sopa encima. —Me da un codazo—. Está buenísimo.

—Yo, eh... —balbuceo, sin querer desvelar quién es realmente ese hombre para mí, el hecho de que alejó a Paul. En realidad, él es la razón por la que todavía no he hecho las maletas y me he largado. Me muero de ganas de darle las gracias por haberme ayudado.

—¡Ay, chica! —chilla, agarrándome del brazo y dando saltitos—. Madre mía, qué guapo es. Tienes que darle tu número sí o sí.

Pensando rápido, digo: —¿Entonces coges tú la mesa ocho por mí? ¿Puedo ocuparme de la suya? —A duras penas consigo apartar la vista de su rostro atractivo para mirar a Dana.

—¡Por supuesto! Ve a por él, tía. Es rico y no le veo anillo en el dedo. Igual hasta te consigues un sugar daddy. —Se ríe por lo bajo y da media vuelta para coger una bandeja y emplatar la comida, y yo suelto un suspiro de alivio.

Dejo que crea que me atrae y que quiero quedar con él, aunque sé de sobra que eso nunca va a pasar. No solo es que un hombre tan rico jamás saldría con alguien como yo, sino que ahora mismo no puedo permitirme involucrarme con nadie. Mi interés esta noche por atenderle es solo para poder agradecerle como se merece que me protegiera. Este mundo necesita más caballeros que se preocupen por las mujeres que tienen cerca.

Saco mi libreta de pedidos y un bolígrafo, y reúno algo de confianza echando un vistazo al espejo colgado en la puerta del despacho del encargado. Estoy tan desastrosa como siempre, pero sé lucirlo y me queda bien. Mis rebeldes ondas rojas se niegan a obedecer, así que, en vez de estar bien recogidas en un moño, quedan sueltas en mechones finos que enmarcan mi rostro pálido. Al menos el maquillaje está intacto.

Deslizándome al comedor, me abro paso entre las mesas con la mirada clavada en el hombre. Está de espaldas, así que no me ve acercarme, lo cual es mejor. Así siento menos nervios. Está hojeando el menú cuando llego, pero al alzar la cabeza me recibe con una expresión tranquila.

—Vaya, hola —susurra, mientras sus cejas se arquean al reconocerme—. Esperaba verte.

—Eh, sí... —tartamudeo, sintiendo ya que quizá esto ha sido un error —. ¿De verdad?

—Sí, de verdad. —Señala la silla frente a él—. Siéntate, quiero hablar contigo. —Su tono es formal, casi autoritario, como si estuviera acostumbrado a salirse siempre con la suya. Pero no puedo sentarme. Tengo más mesas que atender y a mi jefe no le hará gracia.

—No puedo, lo siento. —Me tiembla la mano mientras sostengo mi bolígrafo y libreta para tomarle nota—. ¿Qué vas a beber? ¿Y ya sabes qué quieres pedir?

—Allie, siéntate, por favor. —Asiente hacia la silla vacía y noto cómo se me cierra la garganta.

¿Él sabe mi nombre? ¿Cómo lo sabe? No llevo chapa de identificación ni... En ese momento caigo en la cuenta de que probablemente le oyó a Paul decir mi nombre, así que me relajo un poco y me recuerdo que no es un acosador. Fue amable y ahuyentó a mi ex violento para salvarme.

—No puedo, de verdad. Mi jefe se va a enfadar. Tengo más mesas que atender y a los clientes no les hará gracia si me ven aquí sentada cuando necesitan algo. —Niego con la cabeza mientras hablo, pero la expresión de su rostro se tuerce, frunciendo el ceño. No le gusta nada mi negativa a sentarme con él, pero ¿qué quiere que haga? No puedo perder este trabajo. Necesito cobrar estos últimos días antes de poder marcharme.

—Lo sé, Jim. Todo irá bien. Él asiente de nuevo y echo un vistazo alrededor de la sala. Jim, el dueño, no está aquí en este momento, solo Kyle, el encargado. Estoy nerviosa, pero me siento, esperando que esto no dure más que unos minutos y que Kyle no me vea aquí. Aun así, echo un ojo a cada una de mis mesas, donde los clientes

están comiendo o esperando la comida. No me parece bien escaquearme en este trabajo, aunque sé que de todas formas voy a dejarlo en unos días.

—Buena chica —dice, como si estuviera entrenando a un perro. Una parte de mí detesta que me hable con condescendencia, pero otra parte lo ignora porque, probablemente, el hombre más atractivo y rico que he conocido quiere verme.

—Así que tengo la sensación de que no has venido a comer. Meto mi bloc en el bolsillo del delantal y entrelazo las manos en mi regazo. Me sudan las palmas. No sé si es porque me asusta lo que pueda pensar mi jefe o porque este hombre de verdad me pone, o quizá sea una mezcla de ambas cosas.

—Bueno, tu suposición es acertada. He venido a hablar contigo. —Se apoya en la mesa con los antebrazos y une las manos sobre el plato. Cuando me mira, me provoca sensaciones, revuelve mi cuerpo tenso. Creo que algunas mujeres llamarían a eso "ardor"; yo simplemente lo llamo lío. No puedo hacer esto. No puedo enredarme con alguien. Estoy aquí para darle las gracias y servirle la cena, nada más.

—En realidad, yo también quería hablar contigo. —Trago saliva de nuevo, tengo la garganta muy seca. Ni siquiera le he traído un vaso de agua, así que no hay nada en esta mesa con lo que pueda mojarme los labios.— Eh... gracias por el otro día. Me refiero a lo de la mujer. Fue tan maleducada y aquello fue simplemente una situación horrible.

—De nada.

—Y gracias por lo que pasó en el callejón con Paul. —Me encojo de hombros y le miro a través de mis largas pestañas.— Es un auténtico imbécil. Te agradezco que hayas salido en mi defensa. De repente no sé por qué estoy aquí dándole las gracias. Hizo algo amable y se marchó. Y ya está. Podría desaparecer ahora mismo y yo seguiría adelante con mi vida. Dana ya me ha prestado dinero alguna vez

para que le compre la cena a Rico o pague la factura de la luz. A ella le doy las gracias por cosas así porque nos vemos cinco días a la semana. Esto simplemente resulta extraño ahora. No debería haber dicho nada.

—De nada, Allie. De hecho, de eso quería hablarte. ¿Estás bien? Quiero decir, ¿ese tipo te molesta mucho? —Su voz se vuelve un punto más baja, la compasión asomando en su tono. Le miro y suspiro. Sus ojos me incitan a contarle lo que sucede. No tengo ningún motivo para compartirlo; no hay ninguna pistola en mi cabeza obligándome, pero, por primera vez en mucho tiempo, siento que a alguien realmente le importa.

No es que este hombre pueda hacer algo para protegerme o arreglar las cosas, pero a veces solo necesito desahogarme. No le he contado a ninguno de mis compañeros ni a los jefes cómo es mi vida personal, y me vendría bien simplemente tener a un amigo con quien charlar. Mi hombro vuelve a encogerse.

—Estoy bien, de verdad. Simplemente no puedo quedarme mucho más tiempo aquí. Mira, Paul fue todo un encantador durante mucho tiempo. Me quedé embarazada; vivimos juntos. Fue algo brusco conmigo, sobre todo durante el sexo al principio, pero después de tener a Rico empezó a darme bofetadas. Eso fue a peor y, cuando me dio una paliza delante de Rico una vez, supe que no podía quedarme más. —Alzo la vista justo cuando la puerta de la cocina se abre y el corazón se me sube a la garganta, pero no es Kyle; es Dana.

—Ya veo. Debe de ser una situación muy dura. —Desenlaza las manos y se recuesta en la silla, apoyando una mano en la rodilla mientras cruza las piernas.— Por cierto, soy Sven.

—Allie, pero mis amigos me llaman Al. Me siento curiosamente mejor después de desahogarme, aunque sigo nerviosa por si mi jefe me ve perdiendo el tiempo en el trabajo. —Así que ya sabes por qué me acosa y por qué tengo que mudarme tan a menudo: nueve veces en los últimos cinco años.

—¿Es eso lo que le estabas contando el otro día?

Le miro sorprendida de que me haya visto hablar con Paul otra vez. — ¿El jueves? Sí, antes de trabajar volvió a encararse conmigo. Menos mal que Rico ya se había ido.— Entrecierro los ojos y niego con la cabeza.— ¿Me estabas siguiendo?

Permanece imperturbable, indescifrable.— En absoluto. Simplemente pasaba por ahí cuando le vi. De hecho, te vi a ti primero y pensé en acercarme porque tenía unos minutos libres. Me pareces muy atractiva. Quería hablar contigo, pero él se te adelantó. Así que me fui en cuanto vi que no te iba a hacer daño.

—Así que me oíste decirle que se largara. Me siento vulnerable con Sven, como si hubiera logrado desarmarme por completo, pero no de una forma aterradora. "Segura" es la palabra que usaría para describir cómo me siento ahora. Que un hombre así me encuentre atractiva me parece de broma, pero esas palabras han salido de su boca sin vacilación.

—Sí, lo oí.

—Y entiendes por qué tengo que dejar este trabajo y buscar otro, junto con otro piso, otra vez. Eso serán ya diez veces en cinco años. —Dirijo la mirada de nuevo hacia la puerta de la cocina; sigue sin aparecer Kyle, pero no estoy más tranquila que hace diez minutos antes de sentarme.

—¿Y si hubiera otra forma? —Se inclina hacia delante otra vez, sus ojos se oscurecen como si una sombra pasara sobre su cabeza.

No estoy segura de entender a qué se refiere. ¿Otra forma? Abro la boca para preguntarle qué quiere decir y oigo la aguda voz de Kyle llamándome.

—¡Allie!

Me doy la vuelta para verle acercándose por detrás. Seguramente estaba fuera, no en la cocina, y ahora me ha visto sentada aquí

charlando cuando debería estar trabajando. Me levanto de un salto, avergonzada y cohibida.

—Lo siento, señor.—Aliso mi delantal y saco mi libreta de pedidos y el bolígrafo.

Kyle es de esas personas que no se andan con tonterías y que no toleran ni una. Incluso puede que me despida en el acto, lo que me pone nerviosa porque realmente necesito las propinas que conseguiré el resto de la semana. Aún tengo que buscar otro sitio donde vivir.

—Lo siento, señor...—Kyle se inclina hacia delante condescendiente y frunce los labios mirando a Sven.

—Sven,—responde él, tendiéndole una mano. Kyle no se la coge; en cambio, junta las manos delante de sí mismo y las aletas de su nariz puntiaguda se ensanchan.

—Sven, nuestras camareras tienen que trabajar. No pueden sentarse a charlar en horario de trabajo. Otros clientes las necesitan. Ahora, si nos disculpas, tengo cosas que hacer. Allie, quiero verte en la cocina.—Kyle se aleja pavoneándose con todo su aire de pompa y circunstancia, que está, desde luego, solo en su cabeza, y yo me quedo allí humillada.

—Tengo que irme.

—Parece divertido. No te preocupes; hablaré con Jim.—Sven sonríe levemente y yo quiero preguntarle a qué se refería con lo de una forma diferente, pero escucho a Kyle llamar mi nombre desde la cocina y le asiento con la cabeza.

—Gracias por escucharme. Me ha venido bien desahogarme. Nunca se lo había contado a nadie.

—Tu secreto está seguro conmigo, Allie. Anda, ve antes de que le dé un ataque.—Sven vuelve a mirar su menú y yo regreso a la cocina, resignada a recibir mi charla. Es un hombre muy amable, o al menos

lo parece. Pero ahora tengo curiosidad por lo que quiso decir, y durante toda la charla de Kyle no puedo dejar de preguntarme a qué se refería Sven con eso de una forma diferente. Y ahora quiero volver a verle, solo para preguntárselo.

Si hay una forma de mantener a Paul lejos para no tener que seguir mudándome y huyendo de él, la haré. Rico tiene un amigo en este edificio y odio que no haya tenido amigos de verdad porque nos mudamos constantemente. Los pensamientos sobre Sven y a qué se dedica me rondan el resto del turno. ¿Y si es abogado y sabe cómo conseguir que Paul me deje en paz para siempre? Los abogados son gente poderosa y adinerada. Eso explicaría sus trajes elegantes y cómo cree que con solo decirle su nombre al dueño podrá sacarme de apuros con el encargado. O me pregunto si será policía o algo así, aunque eso no explicaría tanto el dinero.

Paso el resto del turno soñando despierta con Sven y con cómo me hizo sentir escuchada y protegida. Y después de otra charla al final del turno, pido disculpas por haber cambiado las mesas con Dana y le prometo a Kyle que no volverá a ocurrir, y luego me marcho a casa. Rico ya está dormido, acurrucado en la cama con su Nintendo DS en la almohada a su lado. Mando a Sarah de vuelta a casa, agradecida de tener una amiga así que cuide de mi hijo mientras trabajo, y me sirvo un trago.

El día me ha pasado factura y estoy deseando relajarme. Saboreo el whisky mientras preparo el baño, dejando que el agua corra mientras fumo un cigarrillo y pienso en Sven otra vez. La vida suele sorprenderme de vez en cuando, como ahora, con este hombre. Me juré hace años que no dejaría que un hombre me afectara, pero hay algo en él que me atrae y no puedo resistirme. Como cuando consiguió convencerme de ir en contra de mi conciencia en el trabajo y sentarme a hablar con él. Tiene una autoridad en la voz a la que no soy capaz de rebelarme. Paul nunca tuvo eso. Ningún hombre que haya conocido lo ha tenido nunca.

Pero Sven es diferente.

Echo una tapita de baño de burbujas en el agua y me desnudo, lanzando el uniforme sucio al cesto antes de apagar el cigarrillo en el váter y sumergirme en el baño. El agua me envuelve y me reconforta al instante, arrullándome en su abrazo. Apoyo la cabeza y cierro los ojos, y Sven está ahí. Su mirada azul permanece grabada en mi memoria, pero no me importa. Dana tenía razón. Es increíblemente atractivo. Me sorprendo imaginando cómo será sin la camisa.

Entonces me sorprendo también imaginando qué tamaño tendrá su polla. Sentarme frente a él mientras me decía que le parecía atractiva me encendió, pero imaginarle desnudo en esta habitación conmigo pulsa todavía más botones. Deslizo la mano entre mis piernas, acariciando suavemente mis pliegues. Estoy mojada, no es ninguna sorpresa. He estado excitada por él todo el día, el cosquilleo en mi coño apenas se amortiguó ni siquiera durante la charla de Kyle.

Abro los ojos para comprobar que he echado el pestillo a la puerta del baño y, al sentirme tranquila, vuelvo a cerrarlos y empiezo a masajearme. Estoy tan cachonda por ese tipo, y ni siquiera sé nada de él. A lo mejor eso me pone aún más, que sea un misterio. Introduzco los dedos en mi abertura, notando mis jugos pegajosos y espesos. Necesito desfogarme desesperadamente. Cuando me empujo un dedo dentro, el deseo crece. Lo necesito ya.

Mientras juego y me acaricio, encendiendo mi cuerpo, imagino a Sven ahí, arrodillado junto a la bañera con el brazo hundido en las burbujas, los dedos perdidos bajo la superficie donde no puedo verlos. Mis dedos penetrando mi apretado agujero se convierten en los suyos, embistiendo y masajeando. Pero lo que realmente me lleva al límite es imaginar su voz susurrando mi nombre. Mi cuerpo explota de placer, convulsionándose mientras me follo con dos dedos. El agua chapotea a mi alrededor y casi me hundo bajo la espuma. ¿Cómo puede un hombre conseguir esto en mí con tanta facilidad?

¿Y cómo consigo que sea él quien realmente me lo haga?

4

SVEN

Situado en el tranquilo refugio de la librería familiar, encuentro consuelo entre filas de libros y recuerdos. Mis hermanos y yo solíamos jugar entre estas estanterías, imaginándonos superhéroes o villanos. Pero mientras reviso las grabaciones que he recogido, clavo la mirada en la pantalla donde una silueta merodea fuera, y un nudo se me forma en el estómago. Con cada fotograma que pasa en el monitor, mis sospechas aumentan. El hombre que se mueve de manera furtiva por el perímetro ha llamado inadvertidamente la atención de Matty, mi hermano pequeño, que insiste en que investigue más a fondo.

El hombre sombrío de la grabación de la cámara de seguridad de anoche está cazando, buscando a alguien o algo. Sabiendo que hay un topo dispuesto a hundir a mi hermano—mis hermanos pequeños no tienen ni idea—no pienso correr riesgos. Estudio sus movimientos sigilosos con una mano en el móvil, preparado para llamar a Red. El hombre de la grabación se acerca sigilosamente a la puerta principal y, con descaro, intenta forzar la cerradura, completamente ajeno a que tenemos cámaras controlando hasta el último centímetro de esta propiedad. Niego con la cabeza y marco el número de Red. Este imbécil se lo ha buscado.

La llamada da tono y, tras unos segundos, Red responde. —Sí, Sven, ¿qué pasa, tío?

Vuelvo al monitor, observando cómo el intruso forcejea con la cerradura. No es más que un ladrón de poca monta, seguramente buscando robar unos libros o algo de dinero. Pero no puedo dejarle salirse con la suya. Respiro hondo y hablo con voz calmada y firme. —Red, necesito que investigues algo. Matty me dijo que alguien estuvo husmeando anoche. He visto las imágenes y te las envío ahora. —Le mando las imágenes por correo electrónico, y percibo la emoción de Red. Siempre está deseando demostrar de lo que es capaz, lucirse un poco. —Échales un vistazo.

Se produce una pausa al otro lado de la línea y escucho algún ruido. Red comprende lo delicado de la situación. Dominic ya le había puesto en antecedentes sobre el asunto del topo; seguramente antes de contármelo a mí siquiera. Yo me enteré porque escuché algo que no debía, y Dom se vio forzado a explicarme lo que ocurría. Me da la impresión de que preferiría que me mantuviera al margen, pero ¿cómo hacerlo si mi familia está en peligro? Así que me las arreglo a mi manera, como puedo.

—¿Lo tienes? —pregunto, intentando agilizar la conversación.

—Lo estoy viendo ahora mismo —dice, pensativo—. Sí, tienes razón. Ese tipo necesita que le den un toque. —Noto cierta vacilación en su voz, nada que ver con el ansia de siempre por lanzarse al peligro sin pensarlo.

—No pareces muy convencido. —Pauso el vídeo en un fotograma en el que el desgraciado mira directamente a la cámara, como si supiera que le estamos vigilando y quisiera que viéramos su cara a propósito. No le reconozco, lo que significa que, probablemente, no es uno de nuestros enemigos habituales. Además, ¿qué italiano sería tan tonto como para mirar a nuestras cámaras tras tratar de colarse en nuestro local?

—Solo digo que no creo que quiera hacer daño de verdad.

—¿Que no quiere hacer daño? ¿Eres tonto o qué? —Me paso una mano por el pelo, preguntándome qué se le pasa por la cabeza a Red—. Ese tío intenta forzar la cerradura de la puerta principal de la tienda. Claro que quiere hacer daño. Quiero que le paren los pies. ¿Lo has entendido? —Siento el pecho oprimido ante la reticencia de Red. Sabe algo que no me está contando, pero no me atrevo a interrogarle, no si está haciendo algo para Dominic.

—Sí, claro. Yo me encargo.

—Bien, ahora dime qué sabes de Allie. Saber su nombre es un paso adelante, y, por lo que escuché en su conversación con ese gusano, está claro que tienen un pasado bastante turbio. Ella tuvo la amabilidad de contarme algunos detalles, pero ahora tengo sed de venganza. Nadie debe poner la mano encima de una mujer para hacerle daño—una corrección a tiempo puede hacer bien, pero el maltrato nunca se justifica. No a lo que me pertenece, aunque haya sido en el pasado.

—Eh... sí... —Oigo más ruidos, papeles y el sorbo de Red bebiendo algo con pajita. Seguro que he interrumpido su cena—. Tengo bastante. Ese tal Paul es un auténtico cabrón, Sven. La mujer fue a urgencias treinta y dos veces en un año. Hace unos tres años interpuso una orden de alejamiento, pero desde entonces se ha mudado al menos nueve veces, y ha cambiado de trabajo casi tantas, todo en los últimos cinco años. Está huyendo de él, y no la culpo.

Aunque ya sabía casi todo lo que me cuenta, la parte de sus visitas a urgencias es nueva. —Cuéntame más sobre esos viajes al hospital. ¿Qué le ha hecho?

—No consta que ella le denunciase por malos tratos, pero ninguna mujer sola es tan torpe. Y además, fue a hospitales y clínicas distintas. Es lo típico en estos casos, ¿sabes? Tiene miedo, pero necesita asistencia médica, así que nunca acude dos veces al mismo sitio. Así evita levantar sospechas entre los médicos y el abusador sigue abusando.

—Red, los detalles. ¿Qué le ha hecho? —La impaciencia me puede, y me muerdo la mejilla por dentro cuando lo que me apetecería es volarle los sesos al cabrón contra una pared.

—Pues le ha roto brazos, y el pómulo en una ocasión. En otro momento la quemó tan gravemente que tiene quemaduras de tercer grado en la espalda. También se ha lesionado la espalda varias veces, lo que para su edad es sospechoso. Es demasiado joven para eso, así que pienso que también fue por los malos tratos. —Oigo el tac-tac de un teclado y me pongo atento mientras Red revela el dato crucial que necesitaba—. Lo más curioso que he averiguado es que ese tío tiene antecedentes. Cumplió tres años por agresión con arma peligrosa cuando tenía veintitantos, y a los seis meses de salir empezó el calvario de los hospitales.

—¿Agresión? —Me inclino hacia delante, notando la culata de mi arma presionando mi costado al apoyar los codos en el escritorio.

—Sí. Casi mata a uno con un bate de béisbol, todo por una discusión sobre un buzón de correos.

Este tipo tiene que ser detenido. Si está tan fuera de control, podría hacerle daño de verdad a Allie, incluso matarla. —Gracias por la información, Red. Sigue investigando. Necesito saber dónde vive ahora—. Si no logro impedir que la acose, al menos debe entender que ahora está bajo nueva protección, y entonces será eliminado. No se merece ni un suspiro más, al menos para mí.

—Si no te importa que pregunte, ¿por qué quieres tanta información sobre este tipo? Normalmente tú disparas primero y preguntas después—.

Red tiene razón. Soy impulsivo, a veces carezco de autocontrol. Sé que es un defecto mío. Dominic nunca me dejará olvidarlo. Es una vulnerabilidad que le convierte en mucho mejor líder que yo. —Porque esta vez intento hacer las cosas bien. Solo consigue la maldita información y deja de hacerme preguntas—.

Cuelgo antes de que Red pueda sonsacarme más. Sé que cada detalle de nuestra conversación llegará a oídos de mi hermano mayor y él tendrá algo que decir al respecto. Me da igual. He visto algo en Allie que quiero, y no dejo que nada se interponga entre mis deseos y yo. Me levanto, alisando mi chaqueta del traje con las manos, y noto la pistola en mi cadera. Necesito saber dónde vive Paul si quiero intimidarle lo suficiente como para que deje a Allie en paz, o acabar con él, según lo que la situación requiera. Red es quien va a conseguirme esa información.

Apago el monitor y la grabación, después las luces. La vieja librería queda en penumbra y avanzo hacia la puerta principal en la oscuridad. Sea un merodeador inocente o no, el hombre del vídeo tendrá lo que se merece y yo me libraré de otro obstáculo que me aleja de lo que realmente quiero hacer ahora mismo. Ya he puesto a Tucker tras Allie esta noche para poder ocuparme de este fastidio. Matty hizo bien en avisarme, aunque eso no significa que me guste que me distraigan.

Cierro con llave y me dirijo a mi coche, decidiendo llamar a Tucker para ver cómo va todo. Allie debería haber salido del trabajo hace un rato, y sé que camina casi treinta manzanas hasta casa para ahorrarse el metro. Lo sé porque la he estado siguiendo, o he puesto a alguien a seguirla, desde hace más de una semana. Saco el móvil del bolsillo y marco el número de Tucker.

—Sí, Sven. Tengo a tu chica. Va andando a casa desde el trabajo—. Tucker está en movimiento. Oigo coches pasar a su lado.

—Bien. ¿Algún rastro del tipo esta noche?— Han pasado unos días desde que Paul se dejó ver. Espero que haya recibido mi mensaje y ahora la deje en paz, pero tengo el presentimiento de que atacará cuando ella menos se lo espera. Quiero estar allí si eso ocurre, pero cuando me obligan a apartarme la dejan más vulnerable. Tucker sabe cuidarse, pero quiero la sangre en mis manos para saborear la victoria.

Me siento al volante de mi coche y arranco el motor. Voy a acercarme para relevar a Tucker en su puesto. Quiero vigilarla esta noche, aunque no pegue ojo.

—Sí, puede que tengamos lío. La sigo de cerca, pero mantengo la distancia. Ella lleva más de una manzana de ventaja y no muestra ni una pizca de miedo. No se ha girado a mirar atrás ni una vez—. Una bocina suena al fondo y ahoga lo siguiente que dice Tucker.

—¿Qué has dicho?—

—He dicho que hay un hombre entre ella y yo. De momento se mantiene alejado. Podría estar yendo en la misma dirección, pero tengo la sensación de que es nuestro hombre. No le pierdo ojo y tengo la mano en la pistola—. Rex lo mataría en un instante, justo lo que no quiero. Si ese tipo cae, quiero que sufra como ella sufrió a manos suyas.

—No hagas nada. Voy para allá. Solo vigílalos y nos vemos en su casa. Si intenta hacerle daño, interviene, pero solo si crees que está en verdadero peligro—. Cuelgo y pongo el coche en marcha, pisando a fondo. La casa de Allie está a cuatro minutos con tráfico ligero, y no se puede pedir menos tráfico en esta ciudad que nunca duerme. Me meto entre dos coches, pisando el acelerador. Más vale que ese cabrón no le ponga una mano encima o le rajo el cuello.

En un semáforo en rojo, reduzco la velocidad y miro en ambas direcciones, luego me lo salto. El flash de la cámara salta y sé que habrá que cambiar la matrícula para asegurarme de que nadie pueda demostrar que mi coche fue el que estuvo en este cruce. Si esta noche tengo que tomar medidas drásticas, no puede quedar ninguna prueba en ningún sitio.

Cuando llego a su edificio, la veo acercarse al final de la manzana. Apago el coche y salgo sigilosamente, con la mano en la pistola. Me quedo en la sombra justo a la vuelta de la esquina, esperando donde la entrada del siguiente edificio queda hundida en la oscuridad. Desde mi posición, sé que ella nunca me verá observándola, y él

tampoco. De verdad espero, por su bien, que no sea él, porque estoy dispuesto a hacer daño. Después de lo que me ha contado Red hace solo unos minutos, la sangre sigue hirviéndome. Quiero que pague.

Echo un vistazo por la esquina. Está impresionante como siempre, incluso con el pelo revuelto y cayendo suelto alrededor de la cara. Se ha deshecho el moño, probablemente agotada tras su turno. La observo sacar la llave del bolsillo y estirar la mano hacia el pomo para abrir el edificio y entrar. Entonces veo al hombre detrás de ella. Es, sin duda, su ex, y no parece contento. Saco la pistola, preparándome para la pelea justo cuando Tucker dobla la esquina al final de la manzana. Bajo la luz que se cuela por la ventana de la puerta, veo la cara de Allie desfigurarse por el miedo. Se gira de golpe y se pega la espalda a la puerta.

—¡Paul! No —solloza justo cuando él le tapa la boca con la mano. Ella forcejea y yo me tenso. No puedo disparar aquí, pero, Dios, cómo me gustaría. Sobre todo cuando él la arrastra escaleras abajo, pegándola contra su cuerpo, y se mueve hacia donde estoy yo. Es justo la oportunidad que necesito.

En el momento en que la arrastra junto a mí en la oscuridad que crea el portal empotrado del edificio, actúo. El culatazo de mi pistola golpea su cabeza como el latigazo de una cobra, y él afloja su agarre sobre ella.

—¡Joder! —chilla cayendo de rodillas. Antes de que pueda levantarse, le lanzo la rodilla hacia arriba, dándole en la mandíbula, y oigo un crujido espeluznante. Por un segundo, creo que le he partido el cuello, pero se desploma de lado y rueda, sujetándose la cabeza.

—Allie, quédate detrás de mí —le digo, rodeando su cintura con mi brazo. Ella obedece al instante, llorando y sollozando. Se aferra a mí por la espalda, tirando de mi chaqueta. —Eres una mierda. Te dije que te mantuvieras lejos de ella —le propino una patada en el

costado para que pruebe de su propia medicina, y un cuchillo se le cae de la mano y rueda hasta la luz de una farola. Iba a matarla.

—Que te jodan, puto enfermo —escupe él, intentando incorporarse, pero le meto otra patada en el costado y le tumbo de nuevo.

—Quédate en el suelo. —Le planto el pie en el pecho y le inmovilizo contra el asfalto—. Si vuelvo a verte cerca de ella, te mato.

Allie tira de mi chaqueta, intentando apartarme mientras apunto a su cabeza con la pistola. —No, Sven, por favor.

Voy con ella, aunque tengo ganas de destrozar a este cabrón, y se detiene conmigo en la entrada de su edificio. Tucker se queda en la sombra al final de la calle, y le hago un gesto para que se retire. Allie mira por encima del hombro, pero sé que no puede verle.

—Sven, no me siento segura. No quiero quedarme aquí sola.

—Estoy aquí y no pienso irme —guardo la pistola, sus ojos siguen mi movimiento y su mano tiembla al meter la llave en la cerradura. No es la invitación que esperaba de ella, pero a falta de pan... —Vamos dentro.

5

ALLIE

Giro la llave en la cerradura de la puerta de mi piso y la empujo para abrir, con Sven siguiéndome. El olor a pizza flota en el aire, y sé lo que Sarah le ha dado de cenar a Rico mucho antes de ver la caja de pizza vacía sobre la mesa baja. Ella está sentada en el borde del sofá, con el móvil en la mano, mirando la pantalla cuando entro.

—Hola, ya estoy en casa —digo, aún temblorosa. Dejo las llaves en la mesita junto a la puerta y me quito los zapatos a patadas. Sven entra detrás, imponente como una nube por sus anchos hombros y pecho robusto. Sarah levanta la mirada y sonríe, y veo cómo se le abren los ojos mientras se incorpora—. Sarah, este es Sven, un… amigo.

—Ah, hola, Allie. —Sarah se alisa las manos por la parte delantera de los muslos y guarda el móvil en el bolsillo—. Eh, encantada, Sven. —El paso arrastrado con el que se acerca a mí lo dice todo de su estado nervioso, igual que el rubor en sus mejillas. Sarah se siente atraída por Sven, ¿y quién no? Su pelo oscuro y esos ojos azules de infarto son un imán para cualquiera. Yo también he caído rendida a sus encantos, y Sarah y yo somos tal para cual.

—Encantado —dice él, totalmente indiferente a la mano que ella le tiende. Echa un vistazo a la habitación mientras se desabrocha la chaqueta del traje y pasa junto a ella. Sarah retira la mano y corre a mi lado, agarrándome de la muñeca y soltando un pequeño gritito casi inaudible.

—Joder, Al, está buenísimo. —Me zarandea el brazo y sonríe con picardía—. ¿Dónde lo has conocido y tiene algún hermano pequeño? —A Sarah está claro que no le van los hombres mayores. Quizá a mí tampoco, pero Sven se merece un agradecimiento por haberse preocupado por mí. Sí, está buenísimo, pero no busco una relación. Solo le he invitado a subir a tomar una copa mientras me calmo y luego que se vaya.

—Eh… es solo alguien que conocí en el trabajo. Oye, ¿Rico está dormido? —Me zafó de su mano y ella se recompone mientras avanza hacia el pasillo.

—Sí, se fue a la cama hace media hora. Acabo de mirar y está KO. —Me guiña las cejas—. No hagas nada que yo no haría.

Lo dice tan alto que noto cómo me suben los colores y miro de reojo a Sven, que ya está sentado en mi viejo y destartalado sofá como si fuese el dueño del sitio. Sus ojos siguen fijos en mí, pero parece que no la ha escuchado.

—Chss —le siseo, volviéndome hacia ella. Tengo que contener la risa y la despido con la mano—. Te llamo mañana.

Negando con la cabeza, cierro y echo el pestillo, y Sarah, mi única salvaguarda, se marcha. Ahora solo estamos Sven y yo, y de repente me invade la incomodidad. La pila de cajas a la izquierda de la puerta contiene casi todo lo que me queda. Llevo varios días empaquetando, sabiendo que mañana por la mañana planeo marcharme. Tengo un hotel reservado para una semana y un trastero para guardar mis cosas. Mi maleta ya contiene la mayoría de mi ropa; solo me falta meter los artículos de aseo y listo, pero no

quiero despertar a Rico en plena noche. De lo contrario, ya me habría ido.

—Parece simpática —dice Sven, y al volverme veo cómo se recuesta y apoya el brazo tranquilamente sobre la tapicería marrón y roja de espiguilla. Estoy nerviosa. Él parece sacado directamente de la portada del GQ, y mi sofá bien podría haber resucitado tras la gran depresión y aparecer en un contenedor. Trago saliva y me deslizo hasta la butaca que hay al otro lado de la pequeña mesa de cristal. Cada mudanza ha traído sus propios retos, entre ellos cómo amueblar los pisos. La butaca de piel donde me siento la encontré una noche, junto a un montón de bolsas de basura, sacada para el camión. Si no, en esta habitación solo estarían el sofá y la mesa. Ni siquiera tengo tele.

—Sí, es un cielo. Somos amigas desde hace tiempo, pero…

—¿Pero te cuesta mantener el contacto con tanta mudanza? Ahora cuida de Rico porque te has mudado cerca de su zona, ¿verdad? —Sven me cal calado al instante, desafiándome a contradecirle. No puedo; tiene razón.

—Sí, en realidad sí. —Jugueteo con las manos apoyadas en mi regazo—. Necesito una copa. ¿Quieres una? —Me levanto de nuevo y me acerco hacia la zona de la cocina de este pequeño espacio diáfano. Está apenas iluminado y en bastante mal estado, pero por apenas mil euros al mes, es lo único que puedo permitirme. Camino directamente al armario sin puerta y cojo la botella de bourbon.

—Sí, tomaré una —responde, sin apartar la vista de mí. Sus ojos siguen cada uno de mis pasos. Puedo sentir cómo me queman mientras cojo dos vasos y sirvo un par de dedos de whisky en cada uno. Entonces, antes de volver a sentarme, me bebo el primer vaso de un trago y lo relleno. No he comido nada hoy, y siento el ardor bajando por mi garganta. El whisky me va a golpear fuerte, pero con suerte solo conseguirá que duerma a pierna suelta.

—Solo tengo vasos de plástico... Lo siento. —Me disculpo al entregarle a Sven el vaso de plástico de Kool-Aid y me vuelvo a sentar en la silla frente a él. La mesa es una barrera segura. No le temo a él, pero sí a lo que me hace sentir: deseada. Mientras saboreo mi vaso de bourbon, ya noto el cosquilleo en el cuello y los hombros, quemando y tensando mis músculos. En cuestión de minutos, mi cabeza empezará a dar vueltas.

—No pasa nada —dice, aunque la manera en que inspecciona el vaso me hace sentir fuera de lugar. Es evidente que tiene mucho dinero, y mi piso es un desastre. Probablemente él viva en una mansión.

—Mira, Sven, gracias por defenderme. No sé qué habría hecho si Paul realmente me hubiese hecho daño y hubiera alcanzado a Rico. Ese chico es mi vida. —Miro de reojo hacia la puerta cerrada, tras la que sé que mi hijo de diez años está dormido—. Lo único que quiero es mantenerle a salvo.

—¿Y si hubiese una manera de que no tuvieras que irte otra vez? —Sven contempla las cajas un instante y luego vuelve a mirarme. Ha leído perfectamente lo pronto que planeo marcharme.

—¿Cómo dices? —Sus palabras resuenan en mi cabeza; «una manera diferente» había dicho.

—Bueno, soy un hombre de recursos. —Bebe de su bourbon y me observa por encima del borde del vaso de plástico blanco sonriente estampado—. Puedo protegerte todos los días, igual que he hecho esta noche.

Mi cuerpo se estremece levemente. La idea de que el amor encaje en cinco categorías me ha desconcertado siempre. No es a través del contacto, las palabras, el tiempo, los regalos ni los actos de servicio como yo siento el amor. Para mí, el amor ha sido siempre sentirme segura, y Sven habla ese idioma. El alcohol me arremolina la cabeza y me relaja. Estoy más dispuesta a escuchar su forma de protegerme que cuando hablamos en el bar; lo deseo con más

hambre. No quiero que Rico pierda a su amigo, y no quiero volver a huir.

—¿Y cómo harías eso?

—Tengo dinero y poder. Eso hace que las cosas pasen. Además, cuando veo algo que quiero, voy y lo cojo. —Los ojos de Sven recorren mi cuerpo antes de volver a buscar mi mirada. Lo único en lo que pienso es en cómo apartó a Paul de mí, cómo me empujó detrás de él para protegerme y cómo le amenazó. Nunca me han atraído los tipos malos. Paul es un monstruo, pero Sven... él utiliza su carácter indomable para protegerme, no para herirme. Eso hace que le desee aún más. Más que hace seis días en la bañera, cuando me masturbé fantaseando con él.

—¿Me deseas? —pregunto, insegura, preguntándome si se refiere a sexo o a algo más profundo. Nunca un hombre ha sido tan directo conmigo. Siento cómo me arde la entrepierna solo de pensar que le intereso, pero intento apartar esos pensamientos. Un hombre como él nunca elegiría a alguien como yo. Tengo que recordarme que probablemente solo me esté utilizando y que, de todos modos, seguramente yo acabaré marchándome. Me levanto, con la intención de rellenar mi vaso, y entonces me doy cuenta de que ni siquiera lo he vaciado. El gesto me resulta torpe, así que me lo bebo de golpe, lo cual es una pésima idea. Con el estómago vacío, el alcohol ya me está sentando fatal. Me tambaleo y él se levanta, deja su vaso en la mesa y se acerca a mí.

—En realidad, sí, te deseo.

Su mano en mi cintura me recorre con una descarga eléctrica. Noto cómo se me cierran los ojos mientras levanto el rostro. La mano fuerte de Sven acaricia el lateral de mi cara, dirigiendo mi cuello hacia arriba mientras se clava sus dientes en él. —Dios mío —murmuro suavemente, consciente de que Rico está al otro lado de la puerta—. No sé si estoy preparada...

—¿Me estabas dando las gracias? —Sus palabras me interrumpen y balbuceo tratando de abrirme paso a través de este momento incómodo, pero, como Moisés separando las aguas, él me arrastra y me deja sin aliento con el beso más increíble de mi vida. Su rostro cubierto de barba raspa el mío, sus dientes mordisquean mis labios, sus manos ávidas me atraen contra él. No sé si es el alcohol o el hecho de que me parece el hombre más sexy del mundo, pero me entrego por completo. No es más que un beso, o quizá también sexo, pero mañana me marcho. Puedo darme el capricho, ¿no?

—Joder, Sven, aquí no... —Le rodeo el cuello con los brazos después de que me quita el vaso y lo deja en la mesa. El beso continúa, sus labios pegados a los míos y las lenguas bailando furiosas mientras retrocedo hacia el baño. No hace falta guiarle; su hambre es evidente al empujarme dentro de la habitación, cerrando la puerta tras nosotros con el pie.

Mi corazón golpea con fuerza en mi pecho cuando me sostiene entre sus brazos. Sus manos recorren mi cuerpo y me enciende, y no puedo evitar gemir cuando sus labios encuentran mi cuello. Siento que me estoy perdiendo en él mientras sus manos exploran mis curvas. Por la forma en que mueve sus caderas contra mí, su polla dura casi magullando mi muslo, sé que no es solo palabrería; realmente me desea.

—Joder, Sven, tenemos que estar callados. Rico está durmiendo —le digo, tirando de su camisa. La saco de la cintura de sus pantalones y él utiliza sus enormes manos para subirme al lavabo del baño.

—Entonces vas a necesitar algo para mantenerte callada, porque lo que voy a hacerte va a hacer que grites mi nombre—. Sven coge una toallita del lavabo a mi lado y me la mete en la boca, seguida de su corbata, que se quita del cuello y me ata alrededor de la cabeza, manteniendo la mordaza en su sitio. Dios, está tan jodidamente bueno y ni siquiera he sentido aún su polla en mi mano.

Intento desabrocharle el cinturón, pero aparta mi mano. Podría soltarme la mordaza en cualquier momento, pero no quiero. Ya no

me queda ni una pizca de pudor, y quiero su polla dentro de mí ahora mismo. Me remuevo en el lavabo, subiéndome la falda por las caderas mientras él se desabrocha los pantalones y saca la polla más grande que he visto nunca, acariciándola un par de veces. —Mierda —siseo, pero él no puede entenderme, no con la toalla en la boca.

—Déjame a mí— dice Sven, deslizando un dedo por la entrepierna de mis braguitas. Tira tan fuerte que rasga la costura en dos y me hace jadear de sorpresa.

—Dios mío, estás tan jodidamente buena— dice, empujando su grueso miembro dentro de mí. Estoy tan empapada que lo siento deslizarse por mis muslos mientras entra y sale de mí. Nos movemos juntos, y puedo sentir cada centímetro de su longitud deslizándose en mi interior. Una mano me agarra la cadera, la otra se enreda en mi pelo, y estoy en el cielo.

Toma su polla y la desliza arriba y abajo por mi sexo, torturándome con sus caricias lentas y yo gimo de placer, el sonido ahogado por la tela de su corbata. Me agarra de las caderas y me embiste, duro y rápido, y yo me sujeto al lavabo, aferrándome con fuerza.

Sven entra y sale de mí, sus gruñidos y gemidos aumentan con cada embestida. Siento su polla golpeando de lleno mi punto G e intento gritar, pero solo logro dejar escapar gemidos ahogados y sonidos de puro placer. El placer crece hasta que es demasiado, y estallo a su alrededor, mi cuerpo temblando en un orgasmo salvaje.

—Buena chica— ruge en mi oído, procurando ser discreto, tal y como le he pedido. Su aliento caliente en mi mejilla mientras me estremezco alrededor de él intensifica mi orgasmo, y gimo dentro de la mordaza.

Sven no tarda en seguirme, su cuerpo se sacude mientras dice mi nombre.

El placer se va disipando poco a poco y me quedo jadeando, completamente exhausta. Sven se retira y desliza sus manos por

todo mi cuerpo, acariciando mis curvas al bajar por mí. Me besa la frente antes de desatar la mordaza. Tengo la boca seca, pero mi coño se desborda con su semen al salir, su polla sigue dura y orgullosa. Brilla empapada de mis fluidos y noto su charco entre mis piernas.

Los ojos de Sven se clavan en los míos y mete la mano entre mis piernas con la misma toallita que ha absorbido todos mis gemidos. Me limpia—con fuerza también, sin delicadeza—. Luego tira la toallita al suelo y se aparta mientras se guarda la polla de nuevo en los pantalones. Me deja allí sentada, conmocionada, sobre el lavabo y la falda enroscada a la cintura, temblando todavía por ese sacudón.

—Tu coño es tal y como imaginaba, una auténtica maravilla.

Quiero decirle lo enorme que es su polla, pero me da la sensación de que ya lo sabe. En vez de eso, bajo del lavabo con las piernas temblorosas y me apoyo en su enorme cuerpo. —Protégeme, Sven —murmuro, sin saber realmente lo que digo. Solo sé que no quiero huir más.

—Lo haré. Si te casas conmigo—. Sven me endereza, asegurándose de que estoy de pie antes de bajarme la falda de un tirón. Me río. Me río tan fuerte y tan alto que creo que incluso voy a despertar a Rico, y Sven me tapa la boca con la mano. —No es una broma— dice serio y me calmo.

—¿Qué...? —Parpadeo, viendo doble. El rostro de Sven se desvanece y enfoca a intervalos. Me toma la mano y abre la puerta, llevándome al sofá donde caigo rendida. Me pone un cojín bajo la cabeza y me cubre con la manta que hay sobre el respaldo del sofá.

—Piénsalo—. Se mete de nuevo la camisa por la cintura de los pantalones y se dirige a la puerta.

—¿Casarme contigo? Pero si apenas te conozco —balbuceo, notando ya cómo el sueño tira de mí.

—¿No quieres estar a salvo? —oigo el clic de la cerradura y el chirrido de las bisagras—. He dicho que lo pienses. Esta noche alguien vigilará tu casa. Estarás a salvo. Solo duerme.

La puerta se cierra con un clic y me quedo allí tumbada, dándole vueltas a lo que me ha dicho. ¿Casarme con él a cambio de protección? Pero, ¿eso es seguro?

Estoy demasiado borracha para pensar con claridad sobre todo esto, pero sí tengo algo claro ahora. No puedo irme por la mañana. No hasta saber qué quiso decir Sven realmente con eso.

6

SVEN

El calor de la tarde aprieta mientras el sol cae a plomo sobre mi jardín trasero. Estoy sentado junto a la piscina, en una de esas tumbonas que mandé traer de Italia, al lado de mi hermano Dominic. Él lleva puesto un traje, como siempre, pero yo disfruto del buen tiempo con mis pantalones cortos y mi camiseta. Esta no es una visita de cortesía. Con Dom rara vez lo es. Siempre tiene demasiadas preocupaciones como para visitar solo por socializar. Todo cumple una función en esta familia—una de las razones por las que prefiero no ser yo el siguiente Pakhan. Dominic puede quedarse con ese título, por mí como si nada.

—¿Puro? —pregunto, metiendo la mano en mi humidor. Los cubanos huelen de maravilla, y se fuman aún mejor. Dominic me hace un gesto para que no, lo cual amarga un poco el ambiente. Cierro el humidor con la idea de fumar cuando se marche, y cruzo los brazos sobre el pecho, recostado en la tumbona. Él se sienta más erguido, inclinándose hacia adelante con los codos apoyados en las rodillas.

—El trabajo con ese albanés que tiene el ojo puesto en Red… ¿cómo va? —Sus preguntas siempre son directas. Afloja la corbata y saca el pañuelo para secarse el sudor de la frente. De por sí casi no corre aire en la ciudad, pero en mi pequeño jardín, con una valla de más

de dos metros de altura, no queda ni una brisa. Por eso puse la piscina.

—Estoy en ello, Dom. Puedes confiar en que terminaré mi trabajo. Tú mejor preocúpate por el topo que tenemos husmeando. Mandé a Red tras un fisgón la semana pasada. El cabrón merodeaba por la librería.

—Sí, me lo contó. —Dominic guarda el pañuelo de nuevo en el bolsillo de la americana y se la quita de los hombros. El sudor le rodea los costados mientras deja la chaqueta sobre la rodilla. —Jimmy trabaja para mí, Sven. Ya te dije que estoy investigando lo del topo y que hay algo que tú no sabes. Mantén tus manos y las de Matty lejos de él. Que los demás tampoco se metan. ¿Entendido? —Dominic me mira con seriedad y sé que va en serio. Los asuntos de la familia van primero; si le traiciono, habrá consecuencias. Ni siquiera mi propio padre dudaría un segundo en pegarme un tiro si me pilla ayudando al enemigo.

—Sí, entendido. Pero ¿por qué no usar a Red directamente? —Cojo mi botella de agua y se la acerco. Parece necesitarla más que yo, aunque mi piel está disfrutando del sol y la suya está empapada de sudor.

—Porque, ¿tú crees que Red estaría dispuesto a volarle la cabeza a Leo si resulta que él es el topo? —Dom coge la botella y desenrosca el tapón, bebiendo como si acabara de cruzar un desierto. Tiene razón. Yo tampoco querría ser quien tenga que disparar a mi propio hermano, y aunque viese las pruebas con mis propios ojos, tampoco me las creería. Así que la jugada es inteligente. Solo espero que Leo de verdad no tenga nada que ver con ese complot contra Dominic y el negocio de la familia.

—De acuerdo. —Vuelvo a cruzarme de brazos y observo cómo el agua de la piscina tiembla cuando el metro sacude el suelo bajo nosotros.

Dominic cede un poco, se quita la corbata y desabrocha los primeros botones de la camisa, luego se remanga. Después se quita los zapatos y los calcetines y apoya los pies descalzos en la tarima de la piscina. Sabía que el calor acabaría afectándole. Me río por lo bajini por cómo queda tan fuera de lugar, pero él ni me mira. Continúa con su "reunión" como si no hubiese pasado nada.

—El envío de armas salió mal. Leo y Nick la están liando bien en el muelle. Me fío de Leo con mi vida, pero empiezo a pensar que Nick no es el hombre adecuado para el trabajo. Esas armas tenían que ir a territorio mexicano y ahora nos han puesto precio a la cabeza de cada uno de los nuestros, porque no hemos cumplido. Hay que calmar las aguas y entregar ese envío cuanto antes. Es tu responsabilidad, Sven.

No tengo tiempo para seguir al albanés, localizar un envío de armas perdido por culpa de Leo y todavía vigilar a Allie. Que Dom me eche encima más trabajo del que quiero aceptar me saca de quicio. No puedo evitar fruncir el ceño y negar con la cabeza.

—¿Tienes algún problema? —pregunta, y me acuerdo de que él es mi jefe, me guste o no. Cuando éramos críos, yo le daba una paliza tras otra. Soy el doble de fuerte y el triple de rápido, pero él es el mayor y por eso manda. Siempre he odiado eso. No quiero la responsabilidad, pero sí el respeto, y él siempre me encasqueta los marrones, haciéndome de niñera para gente que ya debería saber valerse por sí misma.

—Sí, claro que tengo un problema. Tengo cosas mejores que hacer con mi vida que andar detrás de Leo y Nick recogiendo sus marrones. No soy de la perrera, ¿sabes?— Me levanto, demasiado frustrado para quedarme a su lado, y me pongo a pasear de un lado a otro de la piscina. La tarima quema, amenaza con abrasarme los pies, pero la rabia me empuja a seguir.

—¿Cosas como seguir a esa pelirroja?— Su pregunta vuelve a ser directa. Sabe de sobra que conmigo los jueguecitos no valen. Los acertijos y las manipulaciones no van conmigo.

—Exacto, justo así.— Noto cómo mi mandíbula se tensa por sí sola. Odio que tenga a mis chicos informándole de todo lo que hago, solo porque le pegué un tiro a un pringado en Central Park el año pasado por derramar su café sobre mi móvil. Me llamó "incontrolado" e "irresponsable". Lo que él no sabía era que aquel tipo era un auténtico desgraciado, acusado varias veces de violación y con una orden de arresto pendiente. Le hice un favor a la ciudad.

—Tuck me ha contado que estabas siguiendo a alguien. Parece que el hombre con el que va ella también es peligroso. Tiene antecedentes.— Dominic se acerca a los peldaños y mete los pies en el agua fresca. Se le nota tentado de zambullirse entero, pero seguramente tiene otra reunión o dos esta tarde. Tiene suerte de que no le empuje al agua solo por ser un capullo conmigo.

—Sé muy bien lo que hago. Tengo cuarenta y dos años, no doce.— Meto las manos en los bolsillos y le acompaño, quedándome en el primer peldaño con los pies sumergidos.— Se está bien, ¿verdad?

—La verdad es que sí. Pero no tengo tiempo para tonterías, Sven. Primero, la familia. Esa mujer no es asunto nuestro.— Veo como el dobladillo de sus pantalones se moja un poco y no puedo evitar soltar una carcajada y negar con la cabeza.

—Tenías que haberte puesto pantalones cortos como te dije. Te avisé que hoy hacía calor. Con previsión de treinta y dos grados, la sensación pasa de los cuarenta.— Mi comentario le saca una mueca y un gesto de fastidio a mi hermano mayor.

—Deja a esa mujer en paz. Concéntrate en lo que importa. Debes estar más pendiente de Leo y Nick. Necesitan mano firme. Algo se está cociendo ahí y quiero saber qué es.

Dominic se aparta de la piscina y recoge su corbata, chaqueta y zapatos. Se marcha sin añadir nada más, y noto que se me han quitado las ganas de fumarme un puro. Rex solo hacía lo que le mandaron, y ¿cómo voy a culparle por ser más leal a mi hermano

que a mí? Dom es el siguiente en el mando. Llevarle la contraria sería cavar tu propia tumba.

Recojo mi humidor y vuelvo a la casa, dejándolo en mi escritorio. El día ya va por la mitad y tengo algo de tiempo libre, así que, tras llamar a Rex para saber cómo van las cosas con Allie, me acerco a la barbería. Rex la vigila hoy mientras lleva a Rico al parque para jugar un rato con un amigo. Me sorprende que no haya intentado largarse después de ver todas las cajas que ha empaquetado en su casa. Parecía que tenía pensado irse a la mañana siguiente, pero ha pasado una semana y sigue aquí. Rex la habría seguido igualmente, así que sabría dónde está en todo momento, pero aún no ha intentado irse.

Visto cómo fue el sexo con ella, diría que se queda por mi culpa. Eso es bueno. No quiero tener que perseguirla por toda la ciudad. Tenerla a unas calles de donde estoy me hace sentir que tengo el control. Dominic, además, tiene razón; sí, tengo problemas para controlar mis impulsos. La mayoría de ellos pueden frenarse con un poco de whisky o un puro para tranquilizarme, pero Allie es como el mejor whisky escocés envejecido que un hombre pueda conseguir. La idea de tenerla me ha dado un enfoque nuevo que no puedo negar. Nada me ha hecho sentir tan vivo y tan motivado como el deseo de hacer mía a esa belleza.

Suena la campanilla cuando entro en la barbería. Mi barbero habitual está concentrado cortándole el pelo a otra persona que no conozco, así que me pasa a una silla al fondo, tras la esquina.— Ahora voy contigo, Sven. Solo tengo que terminar aquí.

Me recuesto relajado y escucho la música suave de fondo. Unas risas estruendosas en la parte principal del local llaman mi atención. Vuelvo a oír el timbre de la puerta, alguien entra o sale. No suelo tener que esperar a que mi barbero me atienda, pero es cierto que he venido sin cita. Así que intento mantener la calma. Giro la silla despacio, observando esta parte de la barbería. Normalmente estoy en la zona delantera.

La puerta del despacho está abierta. Veo la chaqueta de Lenny colgada en el respaldo de su silla. Aquí atrás hay otras tres estaciones, todas libres, y todo perfectamente limpio y ordenado, listo para el siguiente cliente, ya sea para un corte de pelo o un afeitado. Todas tienen una silla reclinable, lavabo, encimera con las herramientas necesarias y un espejo. Al pasar la mirada por los espejos, me veo reflejado, y desde mi ángulo puedo ver el resto del local.

Mi barbero—Carry—sacude restos de pelo de los hombros a otro caballero. Lenny está trabajando con alguien a quien no le veo la cara, tapada por su cuerpo. La imagen del hombre en el espejo solo me muestra la nuca, pero escucho su voz. Es altanero y ruidoso, hablando de algún lío.

—Sí, debería haber encontrado su final el otro día, pero se nos escapó. De algún modo, alguien le avisó.

—Ese cabrón va a caer, ¿sabes? —habla un segundo hombre, al que no consigo ver en absoluto, con la misma arrogancia. Yo me dedico a saber quién hace qué en esta ciudad, y estos idiotas están metidos hasta el fondo en territorio ruso. Tienen que saber que tenemos ojos y oídos en todas partes.

—Bueno, cuando capturemos a la chica, él vendrá a buscarnos, y cuando lo haga, le cogeremos. —El primer hombre parece convencido de que a quien buscan va a encontrar su final, lo que despierta mi curiosidad. Estiro el cuello pero no consigo verles la cara a ninguno. Y como no quiero llamar la atención, intento relajarme.

—Dom no es tan tonto como crees. Estás poniendo tu vida en peligro.

Se me encoge el pecho. Escucho el nombre de mi hermano en sus labios y me entran ganas de rajarles el cuello. Saco el móvil del bolsillo, dispuesto a llamar enseguida a Dominic, pero se me ocurre una buena idea. Llamo al número de la oficina de Lenny, sabiendo

que irá a contestar y se apartará. Así podré verle bien la cara al tipo. En cuanto le doy a enviar y el teléfono suena, Lenny echa un vistazo a su oficina. Mi plan está funcionando.

Me preparo mientras Lenny avanza hacia mí, intentando colocarme de tal manera que pueda ver alrededor suyo, pero a medida que se acerca, se vuelve aún más imponente y me tapa aún más la vista. Cuando oigo sonar la campanilla de la puerta, sé que alguien ha salido o ha entrado en la tienda, y me levanto bruscamente, esperando ver al tipo con el que estaba Lenny.

La silla está vacía, los culpables han desaparecido. Lenny se acerca y yo le agarro del brazo. —Eh, Sven, ¿qué pasa? Tengo que coger el móvil.

Cuelgo la llamada y deja de sonar el teléfono. Él mira mi mano y después clava sus ojos atemorizados en los míos. —¿Qué ocurre?

—¿Quién era ese hombre? —pregunto, asintiendo hacia la silla vacía donde ese tipo estaba sentado hace un momento.

—Te juro que no lo sé, Sven. Ha entrado directamente de la calle. No lo había visto en mi vida. —Lenny levanta las manos a modo de inocencia. Sabe perfectamente quién soy y de qué soy capaz si me miente, así que le creo. ¿Por qué no habría de hacerlo? Lenny no tiene nada que ganar aquí. Le da igual si paga a Dominic o a mí; dinero es dinero, y tener una tienda en esta calle significa que tiene que pagar.

—¡Júramelo! ¡Que nunca le habías visto! —Estoy furioso, probablemente demasiado como para sentarme a cortarme el pelo.

—Sí, Sven, lo juro. —Noto el miedo en su voz y le suelto, apartándome. Debería haberme levantado y haber ido directamente a por esos tíos en cuanto les oí hablar. Debería haberme fijado mejor en ellos cuando pasé. Antes solía prestar atención a estos pequeños detalles, antes de distraerme por culpa de Allie. Quizá Dominic tenga

razón. Quizá de verdad no me centro en las cosas importantes. Puede que haya perdido el instinto por culpa de una mujer.

—¿Tus cámaras funcionan?

—No, están fuera de servicio por culpa de la tormenta de la otra noche. Lo siento, Sven. —Me mira suplicante, pero no tengo intención de hacerle daño.

Salgo de la tienda a toda prisa y mi mano va directa al móvil. Marco el número de la oficina del puerto, pero en vez de Leo, contesta Nick.

—Eh, soy Nick.

—Nick, tenemos un problema. Mira, no puedo entrar en detalles ahora; sólo necesito saber que el envío está a salvo. Tenemos gente dispuesta a matar a Dominic por este asunto y—

—Ey, tranquilo. Ya lo tenemos todo resuelto. —La actitud despreocupada de Nick me saca de quicio. Nunca se toma nada en serio y no entiendo cómo mi padre le puso en este puesto. —Oye, Sven, ya sabes que Dominic quiere que estas armas se manden a los mexicanos, pero creo que aquí podríamos sacar un buen pellizco. Mis chicos dicen que podríamos conseguir casi cuatro veces más por ellas en la ciudad.

—Las órdenes son enviarlas a los mexicanos. Las calles de Los Ángeles necesitan estas cosas más que aquí y ya tenemos comprador. —No es la primera vez que Nick intenta convencerme de que desobedezca a Dominic. Muchas veces lo que dice tiene sentido, y si estuviera en su lugar, yo lo haría de otra manera.

—Pero un millón es mucho más que doscientos cincuenta. ¿No crees? Imagínate la cara de orgullo de tu padre si conseguimos ese beneficio para la familia. —Nick sabe cómo tentar, pero no puedo desafiar a Dominic. No si quiero que me apoye con lo de Allie.

—Envíalas sin más. Tienes buenos argumentos, pero las órdenes son las órdenes. Mientras Dominic sea el jefe, tengo que hacer lo que diga. Espero el ingreso en la cuenta mañana. —Cuelgo, dándome cuenta de que estoy metido en el negocio equivocado. Necesito alejarme de toda esta mierda y replantearme lo que quiero hacer con mi vida. Porque ahora mismo lo único que quiero es a Allie, no envíos de armas ni dinero. Está claro que eso es en lo único que pienso, porque estoy metiendo la pata y no puedo remediarlo. No hasta que ella sea mía.

7

ALLIE

Mi mirada no se despega de Rico ni un segundo. Se balancea junto a unas chicas de su edad mientras Sarah y yo estamos sentadas en un banco a no más de veinte metros. Es un día perfecto para el parque, pero tengo los nervios a flor de piel. No suelo arriesgarme a llevar a Rico a lugares públicos, pero Sven me aseguró la última vez que hablamos que tiene hombres vigilándonos —a Rico especialmente. Sabe muy bien lo importante que es para mí la seguridad de Rico, y el hecho de que todavía no me haya marchado debe decirle mucho. Se me metió en la cabeza y ahora no quiero irme. Quiero ver a dónde lleva esto.

—Dime entonces, si ese tal Paul te da tanto miedo, ¿qué te retiene aquí? Has recorrido toda esta ciudad, cariño. Te conozco. No te quedas cuando aparece tu ex. Sales corriendo.—Sarah sorbe café con hielo a través de una pajita mientras me presiona. Lleva tres días atosigándome sobre Sven y sobre lo que pasó después de que se marchó de casa aquella noche. Ha visto las cajas apiladas en mi salón y me conoce lo suficiente como para no creer que mi procrastinación se deba solo al dinero.

Me encojo de hombros, escondiendo una sonrisa.—Tengo mis motivos.—Aunque, en realidad, Sven es el único motivo, y ni siquiera

estoy segura de si es uno bueno. El sexo estupendo no es lo mismo que un hombre que te valora y te protege, aunque él sí ha hecho esto último. Solo que no sé si lo de "valorar" va con él. Sven es brusco, impulsivo y algo exigente.

—Es por ese hombre de bestia, ¿verdad?—bromea, dándome un codazo en las costillas. Suelto una risita y la miro, apartando por un instante la mirada de Rico, justo cuando unos chicos pasan corriendo con coches teledirigidos en la mano. Sus risas me tranquilizan. Con tanta gente en este parque, no veo cómo Paul podría atreverse a hacer algo hoy. Reviso a Rico, que sigue en los columpios, y me acomodo para la charla. No veo a los hombres de Sven, pero eso no significa que no estén.

—Vale, tienes que escuchar esto—le digo, inclinándome hacia ella. Bajo la guardia, sabiendo que Rico está ahí y confiando en que estará bien en los columpios mientras Sarah y yo charlamos. Ella también se acerca, con la pajita apretada entre los labios, sorbiendo café bien frío.—Cree que puede protegerme de Paul…—Dejo la frase en el aire, sin saber si debería contarle exactamente lo que él quiere a cambio.

—¿Y? ¿Eso es malo? Podrías quedarte donde estás, no tendrías que mudarte. Y Rico adora a Henry, ese niño de abajo. Esta vez hasta se ha hecho amigo suyo.—Sarah frunce el ceño. Sé que le quiere como si fuera suyo, y mi corazón siente igual que el suyo. No quiero volver a arrancar a Rico de raíz. Una parte de mí cree que si simplemente nos mudásemos de estado, Paul nunca sabría dónde estoy, pero creo que tendría menos oportunidades de trabajo y echaría de menos a mis amigas también.

—Pero hay trampa—digo, mirando a Rico. Por un momento no lo veo, pero mi ojo capta un destello rojo—el color de su camiseta—mientras sube las escaleras del parque infantil. Está compitiendo con una niña pequeña para ver quién llega antes arriba. Me vuelvo hacia Sarah justo cuando carraspea.

—¿Qué pasa? ¿Que tiene un precio? Págalo, chica. Necesitas un guardaespaldas.—Niega con la cabeza y se recuesta en el asiento. La forma en que se sienta, tan segura, me asombra. Me han machacado tantas veces que nunca llego a tener esa seguridad absoluta. Vivo con miedo, así que entiendo su afán de protegerme; simplemente no estoy segura de que lo que pide Sven sea el precio justo por mi vida.

—Quiere que me case con él—suelto de repente, sin poder callármelo más. Sarah es mi mejor amiga; si alguien puede disuadirme de esta locura, es ella.

—¿Cómo?—responde, casi escupiendo la mitad del café helado que tiene en la boca. Unas gotas le caen por la barbilla y se las limpia mientras los ojos se le abren de par en par, alucinada.—¿Me estás tomando el pelo?

—No, en serio. Y él tampoco bromeaba. Me dijo que me protegería de Paul, pero solo si me casaba con él. Es una locura, ¿no? ¿Estoy siendo tonta solo por planteármelo?—Me paso una mano por el pelo. Tengo la frente húmeda, las palmas sudorosas. Hace calor, pero el tema de Sven y su propuesta tan directa me da ansiedad. Me gusta, pero hemos hablado menos de cinco veces. Y el sexo fue increíble, pero eso no constituye una relación.

—Vaya, está fatal. ¿De verdad te lo dijo?—Me mira boquiabierta mientras asiento con la cabeza, y luego sigue.—A ver, que existe el divorcio.—Veo que empieza a maquinar, los ojos fijos en el cielo raso y los labios fruncidos.—Ese tío está forrado, Allie. Podrías casarte con él. Disfrutas del sexo, su dinero y de la seguridad, y cuando Paul desaparezca para siempre, te divorcias. Te caerá una pasta.—Se ríe tanto que hasta se le escapa un gruñido, pero yo no le veo la gracia. No puedo jugar así con los sentimientos de nadie.

—No, no lo veo claro. Es un hombre bastante serio. ¿Y cómo podría hacerle creer que siento algo por él si toda mi intención es divorciarme y hacerle daño?—Niego con la cabeza y me giro, buscando a Rico. Exploro todo el parque con la mirada, en busca de

un rastro de su camiseta roja. Otro niño con camiseta roja pasa corriendo, pero su pelo es rubio, no ese tono cálido cobrizo de Rico.

Miro hacia los columpios, pero ya no está allí. Luego repaso todo el parque infantil, esperando a que algunos niños bajen por el tobogán para asegurarme de que no está simplemente atascado en el tubo gigante de plástico. No le veo por ninguna parte y el corazón me empieza a latir con fuerza.

—Eh, Sarah, ¿ves a Rico?—pregunto, poniéndome en pie. Escucho que murmura algo, pero no lo entiendo. Avanzo hacia el parque, convencida de que en cuanto me acerque aparecerá de algún escondite que aún no he imaginado, pero una sensación de pánico empieza a apoderarse de cada paso.—¡Rico!—grito, llevándome las manos a la boca. Unos cuantos niños me miran, pero yo sigo sin verle.—¡Sarah!

Sarah está a mi lado al instante, aferrándome el brazo contra su pecho.—No le veo, Allie.—Su voz suena tan angustiada como mi corazón. Me abro paso entre los niños que están con sus madres. Las mujeres me observan, recorriendo el parque con la mirada también.

—¡Rico! Esto no tiene gracia. ¡Sal ya!—. Me giro sobre mí misma, pensando que acabo de pasarle por alto. He pasado a su lado y eso es todo. Es una explicación sencilla de por qué no le veo. Pero miro en cada rincón del parque infantil y no está aquí.

—¡Mira, estaba con esa chica!— susurra Sarah, señalando, y veo a la joven pelirroja que estaba correteando con Rico hace unos momentos. Corro hacia ella, con lágrimas a punto de brotar de mis ojos. Tiene cara de susto cuando me dejo caer de rodillas a su lado y le cojo la mano.

—Cariño, ¿adónde se ha ido Rico?

—¿Quién es Rico?— pregunta, frunciendo la nariz. Una mujer vestida de un llamativo color violeta se acerca a mí con gesto preocupado.

Mi siguiente comentario va dirigido a ella.

—Señora, ¿es su hija? Estaba jugando con mi hijo. No logro encontrarle. ¿Le ha visto? ¿Ha visto hacia dónde se ha ido?

El rostro de la mujer se suaviza mientras abraza a su hija, que ahora claramente está asustada. Niega con la cabeza.—Sí, le acabo de ver. ¿Pelo oscuro, camiseta roja?— Asiento y ella continúa.—Estaba aquí mismo. Iban a tirarse por el tobogán.— Su gesto preocupado no hace más que disparar mi ansiedad.

—¡Rico!— grito, poniéndome en pie de un salto. Mi mente va a mil por hora mientras empiezo a recorrer el parque en busca de Rico, mirando tras árboles y papeleras. Al cabo de unos momentos escucho sirenas, aunque no he llamado a la policía. Sarah debió de tener la presencia de ánimo de hacerlo, porque yo estoy tan desesperada que ni siquiera soy capaz de pensar con claridad, mucho menos actuar correctamente. Se ha esfumado. No queda ni rastro de él.

Me dejo caer de rodillas, hecha un ovillo de ansiedad y terror, y un agente de policía se acerca a mí. Se agacha a mi lado y me tiende la mano.—Señora, soy el agente Tiney, estoy aquí para ayudarla. Tengo entendido que su hijo ha desaparecido. Necesitamos una descripción detallada. ¿Dónde estaba? ¿Qué ropa lleva puesta? ¿Tiene alguna foto?

Me froto los ojos y trato de pensar. Ni siquiera tengo la cartera encima. No tengo una foto suya y mi cerebro no funciona. Acabo vomitando, cubriendo la hierba con un buen charco de espaguetis, que era lo que había cenado. El agente se aleja y vuelve acompañado de Sarah para consolarme. Ella me ayuda a ponerme en pie y me rodea con el brazo.

—Vamos a encontrarle, Al. Lo he contado todo a la policía. Les enseñé una foto en el móvil de hace un par de días, cuando hice de canguro.— Me guía hacia los bancos donde estábamos sentadas antes y yo sollozo de forma incontrolable.

—Paul... se lo ha llevado. Lo sé.— Me tapo la boca, me desplomo en el banco y me encojo sobre mí misma abrazando las rodillas.—Ha sido Paul. Él tiene a mi niño.

—Shhh, no lo sabes.— La mano de Sarah acaricia mi espalda suavemente, haciendo círculos.—Escucha, vamos a encontrarle. Quizás solo se haya ido a los baños.

Solo consigo llorar aún más. Ni siquiera sé cuánto tiempo pasa mientras estoy sentada en el banco con policías haciéndome decenas de preguntas cada uno, pero el sol se pone y oscurece. El parque Central es terrorífico para los niños en la oscuridad, y no puedo imaginar a Rico allí solo.

Cuando una figura envuelta en sombras se acerca, siento renacer la esperanza. Antes de que llegue a mí, me levanto y corro hacia él. El pecho de Sven es duro como una piedra cuando entierro mi rostro en él, rodeándole con los brazos. Me sujeta y oigo cómo le dice algo a Sarah para que se marche. Entonces escucho la voz de uno de los policías dirigiéndose a él.

—Me la llevo a casa. Y, Jim, dile a la cuadrilla que ya me encargo yo. Que quede bien de cara a todos. Dadle el mérito a Danny o a quien sea.— La voz de Sven retumba en su pecho, vibrando contra mi mejilla, pero no le suelto.—¿Puedes andar?— me pregunta, pero sigo aturdida. Al no responder, me recoge en brazos y me lleva cargada.

—Sven, Paul se lo ha llevado.— Balbuceo aferrada a un hombre al que apenas conozco. ¿Por qué estoy agarrada a él? ¿Por qué esto me ha paralizado tanto que ni siquiera puedo ayudar a la policía en la búsqueda? ¿Por qué Paul me da tanto miedo?

—No, no ha sido él.— La voz de Sven es firme, como la recuerdo. Le miro a los ojos cuando me coloca en el suelo. Estamos junto a un enorme todoterreno negro, la puerta abierta.—Entra.— dice con autoridad, y no dudo un instante. Subo al asiento trasero y veo a Rico sentado allí con una consola de videojuegos portátil. Me mira con expresión mohína y pone los ojos en blanco.

—Dios mío, cariño,— suspiro, cogiéndole en mi regazo. Él se retuerce para soltarse.

—Quería irme con papá. Este pesado me ha dicho que subiese a su coche.— Frunce el ceño y suelta un bufido.—Al menos tiene Gameboy.— Con la consola aún en la mano, Rico se desliza de mis piernas y se sienta a mi lado, y yo me vuelvo hacia Sven, que sube junto a mí. Hay otros dos hombres en los asientos delanteros y Sven cierra la puerta, encerrándonos a Rico y a mí con él.

—El hombre intentó llevarse al chaval, señora, pero logramos detenerle y tuvimos una charla amistosa.— El conductor ajusta el retrovisor y me observa a través de él.—Ahora lleva un piercing nuevo, ya me entiende.

Al decir eso, Sven abre la chaqueta y me enseña el arma para que la vea. Me tapo la boca y ahogo un grito.—¿Le has disparado?— susurro, sin saber si Rico puede oírme. Sven alza las cejas y suspira.

—Su hijo está a salvo. El individuo se marchó—o salió corriendo. Me da igual la prisa que se dio para irse.

Tengo el pecho tan encogido que apenas puedo respirar, pero mi Rico está sano y salvo. Ha estado a punto de suceder lo peor. Paul podría estar ya en otro estado con mi hijo y yo no volvería a verle nunca más. Ha llegado el momento de tomármelo más en serio. Debería haberme marchado de la ciudad cuando pude, pero mi estúpido corazón y mi maldita debilidad me han mantenido aquí, hecha un lío. Tengo que proteger a Rico cueste lo que cueste.

—Mi oferta sigue en pie,— dice Sven, llevándose la mano al bolsillo. Saca un anillo y lo sostiene frente a mi cara, sujetándolo entre el pulgar y el índice. Una parte de mí se pregunta si Paul siquiera estuvo aquí o si los hombres de Sven cogieron a Rico solo para meterme el miedo en el cuerpo y hacerme creer que Paul sería capaz de algo así. Pero Rico no mentiría. Ha dicho que quería irse con su padre y estos hombres se lo han impedido. Siento el corazón desplomarse al darme cuenta de lo cerca que he estado de perderle.

—Acepto la oferta.— Digo las palabras sin pensar. Si casarme con Sven aleja a Rico de Paul, no me queda otra opción. Paul siempre irá a por mí. Siempre me encontrará, siempre buscará a Rico.—El divorcio siempre es una opción,— musito entre dientes.

—No nos hará falta. Ya lo verás.— La confianza de Sven resulta reconfortante, pero lo que necesito ahora no es consuelo, sino seguridad.—Puedo llevarte a tu casa para que cojas lo que necesites. Esta noche te mudas conmigo.

Mientras habla, los ojos de Rico se alzan un momento, pero solo durante un segundo. Vuelve a sumergirse en su videojuego y está completamente ajeno a que su vida entera está a punto de cambiar de nuevo. Solo que esta vez, será mucho más que el lugar donde vive. Trago saliva, noto cómo se me forma un nudo en la garganta y me hundo un poco más en el asiento de cuero del todoterreno. ¿Pero qué demonios estoy aceptando?

8

SVEN

Estoy de pie junto a la puerta, esperando mientras Allie mete algunas cosas en una bolsa. Algunas de las cajas que estaban apiladas contra la pared la última vez que estuve aquí ahora se encuentran en distintos sitios, abiertas, con parte de su contenido desparramado. La evidencia de que está planeando marcharse está por todas partes. Con este nuevo acuerdo estoy seguro de que su necesidad de huir de ese imbécil ha desaparecido.

—Pero, mamá, Jordan está aquí. —Rico se sienta en el sofá, con los brazos enclenques cruzados sobre el pecho de forma desafiante—. No quiero mudarme otra vez. Su pelo y ojos oscuros me recuerdan a su padre, lo cual no es precisamente bueno, pero intento separar mis sentimientos hacia ese desgraciado de este momento.

—Lo sé, campeón, pero ya no es seguro quedarse aquí. ¿Vale? Sven va a ayudarnos y ahora nos quedaremos con él. No creo que tengamos que mudarnos de nuevo en una buena temporada. —Por el tono de Allie sé que a ella también le apena esta mudanza, aunque desconozco si es solo porque su hijo está sufriendo o si, además, se arrepiente de la decisión de casarse conmigo. Puede que mi acuerdo no sea lo más normal, pero cuando veo algo bueno, simplemente lo cojo.

—Deberíamos irnos ya —digo con firmeza, recordándole que sigo esperando. Ella me mira de reojo y veo la duda en su mirada—. Puedo mandar a alguien a recoger tus cosas más tarde, si lo prefieres.

Rico le pone morritos, frunciendo el ceño cada vez que me mira. Soy una intrusión en su vida que él no parece querer en absoluto. Pero aprenderá, igual que ella, que soy lo mejor que les ha pasado. Su vida acaba de subir varios escalones.

—Mamá, ¿porfa? —El quejido de Rico es más fuerte esta vez, acompañado de una caída dramática de cabeza. Mi padre me habría dado una buena, pero Allie es paciente y simplemente le acaricia la cabeza.

—Es lo mejor, cariño. ¿Vale? —Allie vuelve a mirarme, con más miedo en los ojos—. Vamos.

—¡No! No quiero. —Rico se deja caer en el sofá y grita su descontento, pero Allie consigue tranquilizarle. Me recuerda a mi propia madre. Se sienta a su lado y lo sube a su regazo.

—Mira, me aseguraré de que puedas jugar con Jordan, ¿vale? —Le habla con la voz calmada—. Esta vez es la última, te lo prometo.

Tras varios minutos de persuasión, Rico termina de pie, llevando su bolsa hacia el coche que espera. Allie solo se lleva una bolsa, el resto lo enviaremos después. Les guío hasta el SUV, cargamos todo y salimos. Matty conduce; él y Rex han estado conmigo toda la noche. Si no hubiera sido por ellos, Paul tendría una bala en la cabeza, no en el hombro. Y Rico habría visto toda la escena en vez de ser puesto a salvo mientras yo me ocupaba de todo.

Aparcamos frente a mi enorme casa y la mandíbula de Allie cae hasta el suelo. Estira el cuello para mirar por la ventana, observando la casa victoriana de tres plantas. He invertido cientos de miles de euros en renovarla y devolverle todo su esplendor. Algunos hombres de mi posición se sentirían orgullosos de tener los muebles más

modernos y los diseños más contemporáneos. Yo estoy mucho más en sintonía con la historia y con la estética de la clase y la sofisticación, incluso aunque eso tenga su precio.

—Madre mía, Sven. Tu casa es enorme. —Rico chasquea la lengua mientras sale del coche con la bolsa al hombro—. ¿Tienes videojuegos? —me pregunta, mirándome con los ojos como platos. Le hago un gesto afirmativo.

—Tengo prácticamente cualquier consola que quieras en mi sala de juegos. Si te apetece, puedo poner tu cama allí. Puede convertirse en tu dormitorio. —Sujeto la puerta mientras Allie sale. Su boca sigue abierta de asombro mientras mira a su alrededor. La calle en la que está mi casa está llena de viviendas históricas, apretadas unas contra otras como sardinas en lata, pero la mía destaca. Así me gusta.

—Creo que no es una buena idea —murmura mientras recupera el equilibrio. Sus ojos se encuentran con los míos en una mirada firme y veo en ella una faceta terca. Me gusta. Va a ser divertido quebrarla.

—Salgamos de la calle. —Hago un gesto hacia la puerta principal y Rico sube corriendo los escalones. Cuando entro con nosotros en el vestíbulo, la fascinación continúa. Es reconfortante ver a alguien tan cautivado por todo el trabajo que he invertido en este lugar. Yo ya estoy tan acostumbrado que paso por aquí casi sin dedicarle una pizca de atención.

—¿Dónde están los juegos? —pregunta Rico, girándose bruscamente hacia mí. Me alegro de que ya no esté haciendo un berrinche. Allie le lanza una mirada fulminante, pero yo señalo escaleras arriba.

—En la segunda planta, la tercera habitación a la derecha. Probablemente te cruces con Odin. Anda por ahí en algún sitio.

—¿Odin? —pregunta Allie, arqueando las cejas.

—Pastor alemán. Es muy bueno, no te preocupes.

—¡Oh, genial, también un perro! —celebra Rico, dando palmas, y luego sube rápidamente los escalones, dejando su mochila en el suelo junto a la puerta. Tendré que acostumbrarme a tener a un niño en la casa. Y tendré que avisar a Marta de que tenemos nuevos inquilinos. Tendrá que cocinar más a menudo y, probablemente, limpiar mucho más—al menos si hay que estar pendiente de un niño pequeño.

—Bueno, diría que Rico se adaptará sin problemas. —Me giro hacia Allie, que me fulmina con la mirada.

—No vamos a poner su cama en la sala de juegos. Es un niño. Necesita disciplina y—

—No voy a decirte cómo tienes que criar a tu hijo. —Carraspeo, esperando a que la rabia de su mirada desaparezca—. Tengo una sala de juegos para mí, porque de vez en cuando disfruto de una buena partida. Puede usarla cuando quieras. Pensé que, quizá, después del incidente, esta noche se sentiría más cómodo rodeado de distracciones.

Su expresión se suaviza aún más y asiente. —Gracias —dice, y tengo la sensación de que se está tragando palabras que aún no ha dicho.

—No soy ningún maníaco, Allie. —Asiento hacia la puerta abierta a nuestra izquierda y digo—: Mi despacho… —Paso a su lado, entrando en mi despacho, y ella me sigue. —Puedes dejar tus cosas junto a la puerta. Gerard las llevará a mi habitación.

Sigo en dirección al mueble bar, pero noto a Allie dudando cerca de la entrada. Cuando miro por encima del hombro, la veo clavada al suelo justo dentro de la estancia. Parece una cierva deslumbrada por los faros, con los ojos muy abiertos y el pecho agitado. Desde luego, no pensaba que iba a tener su propia habitación viniendo aquí para ser mi esposa.

—Entra —ordeno, y ella mira el suelo cerca de la puerta, deja la bolsa y se acerca despacio. Mientras se aproxima, sirvo un vaso de

whisky para cada uno y se lo tiendo cuando por fin me alcanza en el centro de la amplia estancia, bajo la lámpara de araña.

—¿Tienes mayordomo? —pregunta, tomando el vaso.

—Y asistenta. —Bebo un sorbo de whisky y me acomodo en uno de los sofás de cuero. Allie me sigue tímidamente, aferrando la copa.

—¿Son como esclavos? —Su voz tiembla al hablar.

Me río entre dientes. —¿Crees que soy un monstruo o algo así? A mi personal le pago muy bien. Son libres de buscar otro trabajo cuando lo deseen. Disfrutan trabajando para mí porque el trabajo tiene ventajas. —La observo por encima del borde de mi vaso, dando otro sorbo.

Ella asiente y se revuelve, pareciendo algo más relajada. Este juego del gato y el ratón está resultando interesante. Si alguien está incómodo aquí, no es precisamente mi personal. Los lamentos de Allie relucen a través de la calma fingida que proyecta, como el sol colándose por una cortina traslúcida. Bebe a pequeños sorbos su whisky, mientras sus ojos devoran cada rincón de la estancia, desde la alfombra persa del suelo hasta el techo decorado.

—Actúas como si nunca hubieras visto la casa de una persona adinerada. —Mi vaso se queda vacío, así que me levanto, cojo la botella y vuelvo a rellenar mi copa y la suya. Ella intenta resistirse, pero tengo mis motivos para servirle otra ronda.

—Yo… la verdad es que no. Mis padres eran bastante pobres, apenas llegaban a fin de mes. Paul, bueno, él tenía más dinero, pero se lo gastaba todo en droga o en alcohol. —Allie baja la mirada hacia su copa—. Ser madre soltera es duro —susurra, encogiéndose de hombros.

—Bueno, ya no tendrás que preocuparte nunca más por el dinero. Me sobra para todos. Tampoco quiero que sigas en ese trabajo. Es demasiado peligroso para ti ir por ahí sola. Una vez que tu ex—

—¿Que deje mi trabajo? —Me mira contrariada, alejándose de mí en el sofá—. No lo creo.

—¿Para qué necesitas un trabajo si yo puedo darte todo lo que puedas querer?

Carraspea y se bebe de un trago la copa. Cuando deja el vaso sobre la mesa de cristal con más fuerza de la que me gustaría, veo claro que mis deseos no le hacen ninguna gracia. —Para empezar, soy independiente y quiero seguir siéndolo. Además, prefiero mantener mi trabajo para poder tener contacto con el mundo exterior, ya sabes… hacer amigos.

Cruza los brazos sobre el pecho en una protesta encantadora que no tiene ningún efecto sobre mí, salvo el de aumentar mis ganas de doblarla sobre el sofá y follarla hasta dejarla exhausta. Siempre me han gustado los retos, y puede que esta vez haya encontrado a mi rival.

—Lo hablaremos más tarde, supongo. Por ahora, puedes acostumbrarte a tener unos días libres y pensar en cómo te gustaría responderle a tu futuro marido a partir de ahora.— Mantengo la mirada fija en ella mientras resopla, con las cejas alzadas, y toma aire para decir algo. Sin embargo, no pronuncia ni una palabra; sus hombros vuelven a caer en señal de derrota.

—Sabes, no sé ni siquiera si me caes bien como persona. La única razón por la que acepté este plan es porque necesito tu protección para mantener a Paul alejado de Rico. Eso me dio un susto de muerte.— Se frota los brazos, abrazándose a sí misma. No hace falta que me diga cómo se siente porque la leo como un libro abierto, pero agradezco su sinceridad. Nos deja en sintonía, así sé con lo que estoy tratando.

Me inclino hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas, y tomo el vaso con ambas manos.— Los matrimonios concertados pasan todo el tiempo, y a algunos les va realmente bien. Ya verás que todo esto no es más que el destino jugando a tu favor.

Allie suspira y la mirada se le va hacia la puerta, por donde Gerard ya ha entrado y salido sin hacer ruido. Seguramente su bolso ya estará en mi habitación, esperando a que saque sus cosas. Su incapacidad para relajarse en mi presencia me divierte. Con el tiempo aprenderá que no tiene nada que temer de mí y que puede confiar en mis decisiones por ella. Hasta entonces, seguiremos con esta tensión incómoda, sobre todo porque es ella la que reacciona de forma incómoda conmigo.

—¿Puedo ir a mi habitación ya? Me gustaría tumbarme. El whisky me ha dejado un poco cansada. ¿Y dónde está? ¿Puedes enseñármela? Quizá pueda decirle buenas noches a Rico antes de acostarme.— Se pone en pie, incómoda, aún abrazándose la cintura.

—Pues como futuro marido tuyo espero cierto tipo de reciprocidad. Es de lo más natural que ciertas conductas que suceden entre parejas pasen también en esta relación.— Mantengo la mirada fija en ella por encima del borde de mi vaso mientras termino la bebida y lo dejo en la mesa junto al suyo. Sus ojos se entornan y frunce el ceño.

—¿Conductas? ¿Reciprocidad?

—Sí, Allie. Voy a ser tu marido. Ciertas obligaciones conyugales que tiene una esposa para su marido deberían cumplirse. ¿No crees?

—Uf...— resopla, retrocediendo un paso.— ¿Quieres sexo?

Me pongo en pie y me quito la chaqueta, colgándola en el respaldo del sofá antes de arremangarme.— Es lo más justo. Tienes un techo sobre tu cabeza, protección las veinticuatro horas y, no olvides, cómo he salvado a Rico esta noche. Ahora mismo podría estar camino de Maine, en el coche de su padre.

La expresión se le cae. Se la ve pálida, vuelve a mirar hacia la puerta. Luego se gira de nuevo hacia mí, mordiéndose el labio.

—¿No te gustó el sexo de la semana pasada?— Me acerco a ella, aflojándome el cinturón mientras camino. Ella no se aparta.

—Sí, sí me gustó,— dice, todavía protestando.— Es sólo que...

—¿Solo pensabas que todo te iba a salir gratis? ¿Sin ninguna obligación por tu parte? ¿Qué significa para ti eso de "cásate conmigo"?— Saco el cinturón de las hebillas y lo doblo por la mitad, sujetando ambos extremos con una mano. Ella parpadea varias veces, mira el cinturón y luego me mira de nuevo a la cara.

—Es solo que... Apenas nos conocemos y yo...— Se pasa la lengua por los labios.

—Así que te gusta el sexo, quieres mi protección, no sabes si te gusto, pero aun así te casarás conmigo. ¿Simplemente no quieres acostarte conmigo? ¿Ni siquiera si consigo que se te pongan los pelos de punta de placer?

Ella vuelve a pasarse la lengua por los labios. Sé que lo está pensando. ¿Qué hay que no disfrutar? No entiendo su reticencia. Entro en su espacio personal y se tensa, los hombros se le suben hasta las orejas. Sus nudillos blanquean, las manos hechas puños.

—No voy a hacerte daño, Allie, pero sí voy a reclamar lo que me pertenece. Mi esposa se someterá a mí y me complacerá sexualmente. No hay razón para que no empecemos esta misma noche.— Le rodeo la cintura con el brazo y acerco su cuerpo rígido al mío. Ella gime y retrocede, pero la mantengo pegada a mí.— ¿Quieres otro vaso de whisky primero? ¿Te ayudará a relajarte?

—Si digo que no, pararás. ¿Verdad?— Su voz tiembla al hablar. Me resulta adorable.

—Por supuesto. No soy un salvaje, ni un monstruo. Quiero sexo de mi preciosa futura esposa. Nada más.

Se ablanda ante el cumplido y sé que en algún rincón de ella hay una verdadera diablilla esperando para salir y divertirse. La vi el otro día en su baño y esa es la Allie que quiero.

—Entonces, ¿bebida sí o no?— pregunto de nuevo, y ella se muerde el labio y asiente con la cabeza.

—Por favor. La necesito...

¿Tres vasos de whisky son todo lo que necesita para dar su consentimiento? Esto va a ser más fácil de lo que pensaba.

9

ALLIE

El whisky me hace dar vueltas la cabeza, pero apuro el tercer vaso tan rápido como puedo. Quiero que empape cada célula de mi ser. No es que no desee a Sven—lo deseo, más de lo que él llegará a imaginar jamás. Es una cuestión de principios: el sexo entre dos personas debería nacer de un deseo y una atracción profundos, no por obligación. Dejo el vaso sobre su mesa y me giro para verle sin camiseta, bajándose los pantalones. Sus zapatos ya están perfectamente acomodados bajo la mesa.

—Quítate la ropa, Allie —ordena, dejando el cinturón sobre el brazo del sofá. Me pregunto qué tendrá pensado hacer con eso.

Vacilo, apartando la mirada de sus ojos. No estoy segura de querer llegar a esto, pero ya es demasiado tarde para echarme atrás. Despacio, me quito la camiseta por la cabeza y llevo la mano a la espalda para desabrochar el sujetador, dejándolo deslizar por mis brazos hasta el suelo. Siento su mirada fija en mí, abrasándome la piel.

Da un paso más, extendiendo la mano para acariciar mi pecho. Me estremezco al sentir su contacto, pero él no parece darse cuenta. Aprieta suavemente, arrancando un gemido de mi garganta.

Rozando mi pezón con el pulgar, observa cómo se endurece bajo su caricia.

Llevo la mano a los vaqueros para desabrocharlos, intentando ignorar el nudo pesado en el estómago. Mientras los deslizo por las piernas, él vuelve a acercarse, su aliento cálido rozando mi oído.

—Buena chica —susurra, sus manos recorriendo mi piel desnuda. Noto su erección presionar mi muslo y sé perfectamente lo que viene después. Apenas consigo mantenerme en pie, balanceándome por culpa del alcohol. Mis ojos están fijos en Sven cuando se apoya en mí, su cuerpo tenso y musculoso. Es casi imposible resistirse cuando está así, tan dominante y seguro de sí mismo. Sus ojos recorren mi cuerpo con hambre y veo el deseo ardiendo en su mirada.

—Esta noche eres mía, Allie —gruñe, sus labios aplastándose contra los míos en un beso feroz. Siento sus manos sobre mi cuerpo, ásperas y posesivas, mientras me empuja contra la pared.

No sé si estoy preparada para esto, pero ya no hay marcha atrás. Cierro los ojos y me entrego a sus caricias, con el cuerpo temblando de expectación. Siento cómo su excitación crece al rodear su cuello con mis brazos, mi deseo latiendo bajo la piel. No tengo ni idea de lo que ocurrirá después.

El alcohol ha barrido todas mis inhibiciones, y sus manos hambrientas y errantes empiezan a pulsar todas mis fibras. El beso se vuelve más ardiente, su lengua explora mi boca mientras me hace retroceder por la habitación. Oigo el tintineo de la hebilla del cinturón y sé que lo ha cogido, pero con los ojos cerrados y los brazos colgados de su cuello, me importa mucho más el deseo creciente que noto entre las piernas.

—Dios... tienes que hacer que me corra —jadeo contra su boca. Gruñe en respuesta y mi trasero choca contra algo sólido—su escritorio. Gimo cuando sus labios se apartan de los míos y abro los

ojos para encontrar su mirada hambrienta justo en el momento en que hunde dos dedos entre mis piernas, buscándome por dentro.

—Vas a ordeñarme la polla hasta que te llene de mi semen. Mis ojos se abren como platos al oír sus palabras y noto mis mejillas arder de vergüenza. No puedo creer que haya dicho eso, pero a la vez, un escalofrío de emoción recorre mi cuerpo.

Asiento en silencio, con el cuerpo tembloroso de anticipación mientras empuja sus dedos hasta el fondo. Sabe muy bien cómo moverlos, cómo llevarme poco a poco al borde. Siento cómo el orgasmo se acumula y el aliento se me entrecorta.

—Córrete para mí, Allie —ordena, su voz ronca de deseo. Un grito escapa de mi garganta cuando llego al clímax, mi cuerpo se sacude de placer mientras él sigue bombeando los dedos dentro y fuera de mí. Cuando los retira, oigo de nuevo el tintineo de la hebilla del cinturón. —Buena chica —dice, mordiendo con fuerza la parte alta de mi hombro—. Ahora, apóyate.

Sven me obliga a darme la vuelta y me inclina sobre el escritorio. Es fuerte, me maneja a su antojo y me somete. Después de ese orgasmo, ¿cómo resistirse? Gimo cuando mi mejilla se aplasta contra la madera fría del escritorio y mis pechos quedan presionados debajo de mí. Su polla tantea mi trasero, deslizándose en mi humedad hasta encontrar mi entrada.

—Dios... —gimo al notar cómo me penetra hasta el fondo—. Joder, eres enorme —añado, aferrada al borde del escritorio con una mano. Me da la sensación de que va a partirme en dos.

—Esa conchita tan apretada necesita aflojarse un poco para poder tragarse todo lo que tengo —dice, y me pregunto cuánto más queda por entrar. Ya lo siento tan profundo que parece que vaya a llegarme al útero, así que ni siquiera quiero preguntar. Aunque quisiera, no podría hacerlo—me está follando tan fuerte que me deja sin aliento.

—Joder... joder —gimo, justo cuando la hebilla del cinturón vuelve a sonar.

No me da tiempo ni a reaccionar. El cuero choca contra mi trasero en una sonora palmada. Chillo, pero el dolor tiene algo de excitante, llevándome a otro nivel, sobre todo cuando le oigo gruñir de placer. Sigue azotándome, alternando golpes duros y suaves, hasta que no soy capaz de parar de gemir y suplicarle que pare. Ya no puedo más, pero él no se detiene.

Vuelve a azotarme, empujando contra mi entrada al mismo tiempo. No puedo creer lo bien que se siente y grito más fuerte con cada azote, el cuerpo sacudido de placer. Estoy a punto de explotar de nuevo y noto que él también está a punto.

—Joder, estás ardiente —gruñe, y mi coño se aprieta aún más, aferrándole como un puño. Lanzo un grito cuando el orgasmo me atraviesa entera, su rabo haciéndome perder el control. Él también se viene poco después, con el cuerpo temblando mientras bombea su esperma dentro de mí. Está caliente, llenando mi interior antes de deslizarse por mi muslo.

Oigo caer el cinturón y luego siento sus dedos en mi entrada al retirarse. Extiende mis jugos, mezclándolos con los suyos que resbalan fuera de mí. —Dios, tu coño es alucinante, sigue estando tan apretado. No veo la hora de ensancharlo para que pueda tragarse todo lo que tengo.—

Tiemblo al ponerme en pie. Más de él se desliza fuera de mí y hago una mueca ante el desorden. Tengo las piernas débiles y vacilantes. No hay una caja de pañuelos, ni un pañuelo de tela. Nada con lo que pueda limpiarme, salvo la ropa que quiero volver a ponerme. Su sexo es increíble, pero aún no me siento cómoda estando desnuda y a solas con él.

—¿Tienes un pañuelo para que pueda limpiarme? —pregunto, sintiéndome tímida. El efecto del alcohol empieza a disiparse un poco. Quiero otra copa. Sven parece saberlo ya, y me sirve un vaso.

Su polla, aún bastante dura, se alza orgullosa como un pavo real. No le avergüenza estar desnudo delante de mí, pero mis brazos cruzados sobre el pecho me hacen sentir algo más cómoda.

—Aquí —dice, empujando el vaso en mi mano. Lo tomo y lo bebo con ansias mientras él cruza la habitación. Recoge sus pantalones y calzoncillos, y después algo más. Se viste mientras termino la copa y dejo el vaso sobre el escritorio detrás de mí. Al regresar hacia mí, balancea mis bragas colgando de un dedo.

—Necesito limpiarme. Tienes tu semen en mi pierna.

—No… Me gusta así —Sven me dedica una sonrisa siniestra mientras hace un ovillo con mis bragas y se mete entre mis piernas. Me asusta lo atrevido que es, y no tengo tiempo de reaccionar cuando empieza a meter la tela de encaje dentro de mí. Apoyo ambas manos con firmeza sobre el escritorio y le sostengo la mirada hasta que desaparece la prenda, y sus dedos juegan con mi clítoris—. Eso debería contener el flujo —dice, guiñando un ojo.

Vuelve a excitarme tanto que sé que podría correrme otra vez ahora mismo si él quisiera follarme de nuevo. Pero me muerdo la lengua. Este acuerdo entre nosotros será beneficioso para ambos, aunque yo saque más partido que él. Respiro hondo y él se aparta, llevándose mi vaso para volver a llenarlo.

Estoy cansada, preparada para tumbarme, pero no tengo ni idea de dónde está mi cama—ni la suya. Parece que dormiré con él. El mayordomo se llevó mi bolsa cuando no me di cuenta, y no sé si queda alguien por aquí para enseñarme mi habitación, así que permanezco cerca de su escritorio, esperando a que me llene la copa. Lo hace, luego vuelve a mi lado con lo que sé que será la bebida que me hará perder el conocimiento.

—Gracias —le digo.

—¿Por los orgasmos o el alcohol?

Sven es un enigma para mí. A veces no sé cómo tomarme sus comentarios. Quiero pensar que es noble y bueno, pero hay algo en su misterio que me hace pensar que oculta algún secreto oscuro, tal vez peor que el de Paul.

—Por ambos —respondo, y lo digo en serio.

Se aleja de mí, hacia el sofá, y yo me giro para mirar los libros en las estanterías. Esparcidos entre los libros hay fotos enmarcadas, chismes de todo tipo y piezas de arte antiguo. Mi mirada repara en una foto concreta en la que parece estar Sven junto a un hombre mayor, tal vez su padre. Recuerdo aquella cara de la televisión. Un reportaje que contaba que ese hombre—quienquiera que sea—estaba enfermo y empeoraba día a día. No recuerdo si dijeron por qué era lo bastante importante para salir en las noticias, pero jamás olvidaré ese rostro.

—¿Es tu padre? —pregunto, mientras sorbo el alcohol. Me quedo allí, mirando la foto. Cuanto más la estudio, más fácil es ver que los dos hombres de la imagen están emparentados. La misma cara, los mismos ojos. Oigo movimiento y, de pronto, siento a Sven detrás de mí. El calor de su cuerpo se expande, besando mi piel desnuda.

—Lo es —dice él.

Echo un vistazo hacia abajo y a mis espaldas. Su mano está a escasos centímetros de mi piel. Me recorren mil cosquilleos, erizándome la piel. Su cercanía hace que vuelva a desearle. El roce de la tela dentro de mí, casi acariciando mi entrada, es excitante. Él parece percibir que también me gusta que esté ahí, acercándose aún más.

—Parece un buen hombre —musito distraída, luego busco su mano. Este hombre podría hacer que me corriera diez veces y yo suplicaría por más cada vez. Guío su mano hasta mi pubis, presiono sus dedos contra mi clítoris y él toma el control, masajeando mi sensible botón mientras me embiste con su pelvis. Sigue medio duro.

—Dios mío… —gimo, dejando caer la cabeza hacia atrás, apoyándola en su hombro. El whisky me controla por completo ahora. Allie sobria jamás haría esto.

—¿Te gusta? ¿Quieres correrte otra vez? —pregunta mientras mordisquea mi cuello. Me pone los pezones duros y erectos.

—Joder, Sven… Quiero que me folles —le agarro la muñeca con una mano, notando cómo el whisky se derrama de la copa y me empapa los dedos de la otra mano.

—¿Quieres que te lama antes? ¿Que pruebe ese desorden que has hecho? —Su aliento es ardiente y hace que mi entrepierna vuelva a doler.

No llego a responder porque nos interrumpen de mala manera. Un golpe en la puerta de entrada, seguido de unos pasos apresurados, hace que Sven se aparte y yo me dé la vuelta para ver a un hombre cubierto de sangre, con los ojos como platos. Se tambalea dentro de la habitación y Sven suelta un bufido.

—Mierda, jefe, lo siento. No lo sabía… —Se desploma en el sofá, sujetándose el costado.

No tengo ni idea de qué decir o hacer. Sven se pone en acción, dirigiéndose directamente a su chaqueta, de donde saca un pañuelo y se lo lanza al hombre.—Presiónalo sobre la herida. Voy a llamar a Manning. —Sven busca en el suelo donde antes estaban sus ropas y coge su móvil.—Allie, fuera —ordena.

—¿Qué? Pero estoy desnuda —protesto, cubriéndome los pechos mientras el hombre ensangrentado sigue todos mis movimientos con la mirada.

—Lárgate, joder —vuelve a ordenar, señalando la puerta.

Corro a por mi ropa, pero el hombre tiene su enorme bota ensangrentada sobre mis cosas. Gimoteo y miro a Sven,

avergonzada de que este desconocido me vea borracha, desnuda y empapada con el semen de otro hombre.

—¡Fuera! —grita, y, notando cómo las lágrimas comienzan a acumularse, salgo corriendo al pasillo. Está oscuro y tengo miedo. Si Rico sale y me ve desnuda, no tendré cómo explicar lo que está pasando. Me pego a la pared, escuchando la voz grave de Sven resonar detrás de la puerta, que cierra de un portazo. Me quedo allí unos minutos, sollozando en silencio y preguntándome en qué infierno acabo de meterme por mi propia voluntad.

Entonces aparece una mujer, llevando una manta. Me la coloca sobre los hombros y me hace un gesto para que la siga, así que lo hago.

—Anda, cariño, ven conmigo —me dice en tono dulce, y yo estoy completamente indefensa sin ella. La sigo por un largo y oscuro pasillo hasta que abre una puerta y enciende la luz.

—¿Eres la criada? —pregunto, temblando mientras entro tras ella en la habitación.

—Sí, cielo.

—¿Quién era ese hombre? —Me abrazo a la manta y miro alrededor. Mi bolso está en el pie de la cama. Me acerco a él, atraída como por un imán.

—Ahora necesitas ducharte y tumbarte. Él vendrá aquí antes de que pase mucho tiempo. —Me sonríe mientras se dirige a una puerta cerrada dentro de la habitación. Cuando la abre y enciende la luz, veo que es un baño. Escucho cómo empieza a correr el agua y vuelve a salir.—Ya está. Ahora, a limpiarse.

—Pero…

—Nada de peros —susurra.

—¿No tienes miedo? —le espeto en voz baja mientras pasa su brazo por mi cintura para guiarme al baño. Me tambaleo mientras camino.

Ahora sí que estoy a punto de desmayarme.

—Confío mi vida a Sven. Tú también deberías. Venga, al baño —La criada me quita la manta de encima y vuelvo a quedarme expuesta. —Dentro… —me apremia.

No me queda otra que meterme en la bañera y sentarme. Se va llenando poco a poco mientras me hundo en el agua caliente, y dejo caer la cabeza hacia atrás. Estoy tan borracha que los párpados me pesan, así que los dejo cerrarse, y sólo recuerdo vagamente cómo el agua deja de correr antes de desmayarme. Tengo que salir de aquí. No es un lugar seguro.

10

SVEN

—Ese cabrón de Hensley ha sido el culpable—. David se agarra el costado, de donde la sangre mana libremente a causa de un disparo. Está manchando mi sofá por culpa del ex de Allie y, a partir de ahora, esto se ha vuelto personal. Marco el número del Dr. Manning y espero a que suene.

—Quédate quieto, David. Ahora llamo a Manning—. Mantengo el teléfono pegado al oído mientras David relata la historia entre jadeos irregulares. La forma en que toma aire no deja lugar a dudas sobre el dolor que sufre. La sangre le brota del pecho.

—Solo estábamos recogiendo sus cosas. Ese cabrón entra de repente, sin avisar, y empieza a disparar. Me ha dado aquí, de lado, y a Lenny casi le vuela la cabeza. Venía sediento de sangre, Sven. Si esa mujer hubiese estado allí, estaría muerta—. David respira con dificultad y me pregunto si la bala le ha rozado el pulmón.

—Vale, descansa—. Camino de un lado al otro, esperando que la sangre no termine goteando sobre mi alfombra persa.

—¿Sven?— Manning responde la llamada y me alejo de David para hablar.

—Doctor, le necesitamos aquí, cuanto antes. David ha recibido un disparo—. Tener un médico privado en plantilla marca la diferencia cuando pasan cosas así. La generación de mi padre recurría a una red de veterinarios para estas situaciones, pero hoy en día el crimen organizado se ha profesionalizado por lo menos un poco más.

—Dame quince minutos.

Manning cuelga antes de que pueda admitirle que quizá no tenga esos quince minutos, pero tampoco quiero decírselo delante de David. Sirvo un buen chorro de whisky en el vaso que ha usado Allie esta noche y se lo pongo en la mano a David. Balbucea un agradecimiento y apura un gran trago antes de continuar su historia entre jadeos.

—Bebe—le digo, sabiendo que le ayudará a relajarse. Dejo la botella en la mesa de centro, junto al lugar donde está desplomado en el sofá, para que pueda rellenárselo con facilidad, y observo cómo el sudor le corre por la cara pálida.

—Tienes que cogerle. No puede hacerme esto y marcharse de rositas—. La mano de David tiembla mientras se lleva otra vez el vaso a los labios. Soy muy consciente de la necesidad de eliminar a esta plaga, y con Allie fuera de peligro ahora, puedo hacerlo. Me habría conformado con tenerla bien escondida aquí o asegurándome de que saliese de mi casa siempre vigilada. Ahora, tengo una razón personal para ir a por él. Nadie daña a mis hombres y se va como si nada.

—Deja de hablar y limítate a beber el whisky—. Le ayudo a levantar la mano y vuelve a llevarse el vaso a los labios. Cuanto más beba, más relajado estará cuando Manning tenga que sacarle la bala. Repetimos el proceso varias veces mientras esperamos, y durante ese tiempo Lenny entra también, con las manos llenas de sangre. Entre los dos seguimos aplicando presión en la herida de David hasta que Manning aparece.

Me aparto, dejándoles con el estropicio, y a los de la limpieza, a los que también tendré que llamar. El ex de Allie acaba de fastidiarme los planes para esta noche. Se supone que tenía que salir en coche para acabar con el desgraciado que ronda a Red. Ahora eso pasa a un segundo plano—al menos para mí. Marco el número de Matty mientras me dirijo a mi habitación para ver cómo está Allie.

—Sí, tío, es tarde. ¿Qué quieres?— Matty suena como si ya estuviera dormido, lo cual me sorprende. No es tan tarde.

—Te paso a Red. Ese tipo le debe una buena a Dom, pero no paga. Y por lo visto, Red le ha tocado alguna fibra sensible; así que tiene que desaparecer. Es un bala perdida. Encárgate antes de que haga su movimiento, tienes una semana—. Camino más deprisa, la frustración me recorre el cuerpo. Solo hay algo peor que entregar un encargo: dejar que lo lleve a cabo uno de mis hermanos.

—Pensé que eso ya lo habías resuelto—. Matty bosteza y oigo la voz de una mujer de fondo. Empiezo a hacerme una idea de lo que ha estado haciendo toda la noche.

—Hazlo—.

Cuelgo y empujo la puerta de mi dormitorio para entrar. Allie no está en la cama, y la puerta del baño está abierta. Huelo un leve aroma a lavanda, que me atrae hacia el baño. Al asomarme y apoyarme en el marco, veo a Allie sumergida en la bañera, ya probablemente fría. Tiene los ojos cerrados y la cabeza ladeada. Se ha quedado dormida.

Observo cómo el agua deforma sus curvas, acentuando unas y suavizando otras. Esas curvas son una delicia sobre mi cuerpo y, después de la aventura de esta noche, estoy deseando descubrir de qué otras formas puede hacerme disfrutar.

—¿Sven?

Una vocecita me saca de mis pensamientos. Me vuelvo y veo a Rico en el umbral de mi habitación, así que cierro la puerta del baño y me

acerco a él. —¿Qué pasa, chaval?

—Tengo hambre. ¿Tienes algo para picar? —Se frota los ojos y puedo ver que está cansado. Lleva ya horas en la sala de juegos. Me agacho frente a él, sin saber muy bien qué hacer con un niño. Nunca he sido de los que tienen instinto maternal, pero Allie no está en condiciones de cuidarle y Marta seguramente ya se ha ido a dormir.

—Claro, campeón. Voy a llamar a Gerard y él te traerá lo que quieras. Puedes dormir en el sofá de la sala de juegos esta noche, pero imagino que tu madre no quiere que ese sea tu dormitorio. —Le revuelvo el pelo mientras cojo el móvil y mando un mensaje al mayordomo.

—¿Puedo darle las buenas noches a mamá? —Me mira y vuelve a bostezar.

—Está dándose un baño. Le diré que le has dado las buenas noches. Vuelve a la sala de juegos y Gerard te traerá un tentempié. ¿Has conocido a Odin? —Me pongo en pie y él asiente.

—Es enorme. Me gusta. —Rico se retira hacia el pasillo—. Espero que sea una buena merienda —murmura.

—Eso espero yo también. —Estoy listo para cerrar la puerta y volver al baño para reclamar a mi esposa de la bañera, pero Rico esta noche tiene el cerebro inquieto.

—¿Y mi padre? ¿Por qué no has querido que me fuera con él? ¿Por qué no le gusta a mi madre?

Diez y media de la noche y a este chaval le da por abrir la caja de Pandora. Aprieto la mandíbula y echo un vistazo a la puerta del baño, que está abierta. No sé cuánto sabe Rico de su padre ni qué decirle. Allie está completamente fuera de combate. No me apetece lidiar con esto esta noche.

—Tu padre no es buena persona. Le hizo mucho daño a tu madre. Ella teme que pueda hacerte daño a ti también. —Le doy la

respuesta más diplomática posible. Rico se queda pensativo un instante y luego asiente.

—¿Eso significa que tú eres una buena persona? —Su actitud desafiante sale a relucir. Puede que la haya heredado de su padre, o quizá la haya aprendido de Allie. Dios sabe que ella es bastante terca. Eso me gusta. Me recuerda a mí mismo cuando era joven.

—Eso de ser bueno es relativo, pequeño. Lo único que tienes que saber es que aquí estás seguro. Tendrás todo lo que quieras y necesitas para crecer sano y feliz, y tu madre estará bien cuidada a partir de ahora. —Cruzo las manos sobre el cinturón y rezo porque haya terminado con las preguntas.

—Eso diría yo que es ser bueno. —Se da la vuelta y da unos pasos por el pasillo, luego gira la cabeza por encima del hombro y dice—: Gracias por dejarme jugar en tu sala de juegos. Creo que aquí voy a estar a gusto. —Y desaparece.

Niego con la cabeza, cierro la puerta y regreso al baño. Esta noche ha sido mucho más movida de lo que me habría gustado para su primera noche aquí, pero al menos Rico se ha librado de lo peor. Allie nunca debería haber visto a David en ese estado, y seguro que tendrá preguntas. Me agacho junto a la bañera y la observo dormir plácidamente durante unos segundos. Ha bebido demasiado.

—Eh —le digo en voz baja, pero no se mueve. Meto un dedo en el agua, que no está tan fría como pensaba. Para que todavía esté así de caliente, tuvo que llenarla con agua hirviendo. Probablemente Marta la encontró deambulando desnuda por el pasillo, la trajo aquí y la metió en el baño.

Alzo la mirada hacia el lavabo, donde reposan una esponja y una pastilla de jabón. Ni siquiera se ha bañado. Seguro que simplemente se ha hundido en el agua y se ha quedado dormida. Cojo la esponja, la mojo en el agua del baño y la froto con el jabón hasta que está bien enjabonada. Cuando la espuma está lista, empiezo a lavarla con cuidado, empezando por los pechos y las axilas e yendo poco a poco

bajando por su cuerpo. Ella se remueve despacio, gimiendo, y abre los ojos lentamente.

—¿Sven? —murmura.

—Shhh, te has dormido en la bañera. —Paso la esponja por su vientre, deslizándola sobre su pubis depilado y entre las piernas. Gime, arqueando la espalda. Sus pechos se elevan fuera del agua, los pezones duros marcándose. Mientras la lavo, me acuerdo de las braguitas, metidas dentro para evitar que gotease.

—Oh —musita, abriendo los ojos con esfuerzo—. Dios... el cuello.

—Sí, te has quedado dormida con la cabeza en una postura imposible. —Me río por lo bajo y entonces deslizo un dedo dentro, buscando las braguitas de encaje. Las encuentro justo cuando ella me agarra la muñeca. Enlazo el dedo en la tela y empiezo a sacarlas poco a poco, arrancando suaves jadeos de placer de sus labios. La tela raspa su piel poquito a poco hasta que finalmente se libera.

—Otra vez no —gime, y no puedo evitar preguntarme si soñaba conmigo. Uso la esponja para terminar de lavarla, aunque en realidad preferiría estar acariciando su piel sedosa. Y cuando está limpia, quito el tapón y busco una toalla. Se pone en pie sobre las piernas temblorosas, resbalando algo al salir de la bañera. La rodeo con los brazos y con la toalla para estabilizarla y apoya la cabeza sobre mi pecho. Tal vez mañana se arrepienta, pero esta noche pienso disfrutarlo.

La llevo a la cama y la descubro con una mano mientras la ayudo a mantenerse en pie con la otra. Sus ojos vuelven a cerrarse, la cara apoyada sobre mi piel. No estoy acostumbrado a cuidar así de nadie. He vivido toda mi vida como un líder, con criadas y niñeras de niño, y personal de servicio desde que compré mi primera casa a los veinticinco. Las mujeres que entran en mi vida están para servirme, no al revés.

Allie es distinta.

La recojo cuidadosamente en brazos y la tumbo en la cama, asegurándome de que tenga una almohada bajo la cabeza para que no se despierte con más dolor. Después le echo la colcha por encima, pero enseguida la patea de un manotazo.

—Calor —musita antes de acurrucarse. Así que eso explica por qué estaba tan cómoda en el baño templado. Pongo los ojos en blanco, cruzo la habitación y me siento a fumar un puro y observar cómo duerme. Parece que me va a tocar esforzarme al máximo con ese cabrón. No pienso dejar que vuelva a acercarse a ella jamás. Ahora es mía y la voy a proteger.

11

ALLIE

Abri los ojos, sin saber qué hora es. La habitación está iluminada y tengo frío, sigo desnuda tras el baño. Mi mano sigue presionada entre los muslos, mis dedos hundiéndose en mi rajita, saturada de humedad espesa. ¿Ha sido un sueño? ¿Sven lavándome en la bañera? ¿O realmente ocurrió? Me toco suavemente, excitándome al imaginarle encontrándome bañándome y lavándome.

Todavía siento la cabeza embotada por el alcohol, y me doy cuenta de que no tuve que estar dormida mucho tiempo. Seguramente me desmayé en la bañera y la doncella me ayudó a meterme en la cama o algo así. Tendré que acordarme de agradecérselo más tarde. De momento, disfruto de la sensación sedosa de mi clítoris hinchado y del modo en que mi humedad hace que mis dedos resbalen por mi piel. Dios, estoy tan cachonda.

—¿Te gusta eso?

La voz de Sven suena ronca, y también demasiado cerca. Me quedo helada al darme cuenta de que me estaba observando; entonces me incorporo hasta quedar sentada. Mis pezones están duros, no por excitación, sino por el aire frío de la habitación. Así que ha sido él

quien me ha ayudado a acostarme y ni siquiera se ha molestado en taparme. Es curioso cómo, en cuanto sé que era él, mi gratitud desaparece por completo.

—¿Por qué me miras? —le espeto, arrastrándome hacia el cabecero hasta que mi espalda choca contra él. Me apresuro a taparme. No tiene sentido darle un espectáculo gratis. De todos modos, él siempre coge lo que quiere. No es que me fuese a quejar, pero no quiero que se le ocurra pensar que me estoy ablandando ante sus exigencias. Solo necesito protección. No tengo ninguna intención de enamorarme de él.

—Todas las noches fumo un puro antes de acostarme. —Se inclina hacia delante en la silla y veo que su polla erecta no está dentro de sus pantalones, como debería. ¿Cuánto tiempo he estado tocándome mientras dormía? ¿Y él se estaba masturbando con mi pequeño espectáculo durmiente? No puedo apartar los ojos de su entrepierna; sus dedos la rozan levemente, manteniéndola erguida.

—No veo ningún puro. —Echo un vistazo al cenicero en la esquina de la cómoda, junto a donde él está sentado. No se eleva humo alguno. De hecho, ni siquiera hay humo en el aire. O me está mintiendo o—

—Lo terminé hace una hora.

Claro… Me estaba mirando mientras dormía y me tocaba. Me estremezco por dentro, deseando poder deshacer las últimas horas y no haberme metido en ese baño. Después de ver a aquel hombre sangrando—y luego la forma en que Sven me gritó—me estoy replanteando seriamente todo esto. Aunque mi coño, ahora mismo, opina otra cosa.

—¿Así que llevas una hora mirándome dormir? —pregunto, desafiante. Puede que haya aceptado su propuesta de control, pero no tengo por qué ser su esclava. Las esposas merecen respeto, no ser usadas ni maltratadas. Eso es algo que Paul nunca aprendió, y yo debería avergonzarme de haber tardado tanto en dejarle.

—En realidad, dos —responde, envolviendo su polla con la mano y acariciándola despacio—. Y cuando hablabas dormida, era bastante sexy. Así que esto me lo has hecho tú. La parte en la que te tocabas ha sido la guinda del pastel. Muy jodidamente excitante.

La vergüenza me invade, obligándome a replegarme en mí misma cuando me doy cuenta de que los dos estamos cachondos y yo sigo desnuda. Esta es su habitación. Se supone que soy su prometida y, aunque no le conozco, le deseo.

—¿Siempre te quedas ahí viendo dormir a una mujer y te tocas pensando en ella? —Me retuerzo, sintiendo cómo se intensifica el ardor en mi sexo. Remuevo la gruesa manta granate para subírmela aún más sobre el pecho, y una ráfaga de aire recorre mi entrepierna, enviando una sensación fresca a cada parte donde mis jugos han llegado. Qué desastre tengo ahí abajo. ¿Por qué mi coño me traiciona deseándole cuando ni siquiera es civilizado para esto? Aunque esto fuera un matrimonio concertado según los estándares actuales, se supone que merezco algo más de respeto.

—Solo contigo. —Se pone en pie, dejando caer los pantalones y los calzoncillos al suelo. Está duro—muy duro, y eso hace que mi coño se contraiga. Cruza la habitación, echa hacia atrás las sábanas de su lado y se mete en la cama. Cuando apaga la luz y me da la espalda, la furia me inunda. Me desea. He visto su polla dura. ¿Por qué actúa como si fuera a dormir sin más? ¿Por qué se tumba como si no tuviera el glande pringado de preseminal?

—¿Tú me lavaste? —pregunto, molesta porque parece que se va a dormir sin más. ¿Acaso no nota que estoy excitada? Tiene que saberlo. Me estaba mirando mientras me tocaba.

—No he podido resistirme. Además, no quería que ese delicioso coño cogiera una infección. Te olvidaste de sacarte las braguitas.

Aprieto los dientes y me tenso. No le importo. ¿Por qué dice esas cosas? Solo quiere un juguete, o un trofeo, aunque no entiendo por qué sería yo un trofeo para un hombre tan rico. No soy nada para él,

solo una muñeca hinchable humana a la que puede mandar. Pero eso no impide que mi coño necesite ser follado.

—No me lo puedo creer. —Cruzo los brazos sobre el pecho y gruño por la frustración.

—¿Qué? —pregunta, girándose para mirarme por encima del hombro. En la oscuridad apenas distingo una media sonrisa en su rostro. Se está burlando de mí, jugando conmigo.

—¿Vas a dormir sin más?

¿Por qué estoy siendo tan directa con él? ¿Será el alcohol, que claramente sigue en mi organismo? ¿O es que este hombre se me ha metido tan dentro que no consigo estar en paz a su lado?

—Eso pretendía. Es lo que se hace en una habitación con las luces apagadas después de medianoche. —Se gira de nuevo y acomoda la almohada, y yo gruño a modo de grito.

Saco la almohada de detrás de mi espalda y le golpeo con ella fuerte. Gran error. Se baja de la cama de un salto, se da la vuelta y me arrastra hasta el pie de la cama cogiéndome por los tobillos.—¿Pero qué demonios haces? ¿Quién te crees que eres? Sven es fuerte, más que Paul. Tiemblo ahí, al borde de la cama, esperando a ver si va a follarme o a pegarme.

—Al parecer, soy tu juguete —escupo, intentando alejarme, pero él me agarra ambas caderas y me inmoviliza. Es lo bastante fuerte como para manejarme como le dé la gana, y siento una descarga cuando sus dedos se clavan en mis costados. Definitivamente el alcohol tiene la culpa.

—Si solo fueras un juguete, jamás te habría dejado dormir. Estarías llena de moratones desde el coño hasta las rodillas de lo duro que te habría follado. —Su aliento arde contra mi piel mientras gruñe esas palabras en mi oído.

—Entonces hazlo de una vez —le espeto, estremeciéndome al imaginar una experiencia sexual tan salvaje. Creo que es capaz de eso—de hacerme correrse tan fuerte que cada vaso sanguíneo de mi parte baja reviente por la fuerza de las contracciones orgásmicas. Casi quiero sentirlo.

—No estás lista, Princesa.

—No soy una Princesa. —Intento anotarme un último tanto contra él, pero mi cuerpo me traiciona. Cada parte de mí arde por este hombre. Ni siquiera está dentro de mí y ya tiemblo de la necesidad que siento por él. ¿Cómo puede alguien a quien apenas conozco tener tanto control sobre mí?

—Ahora duerme —gruñe, apretando mi cuerpo contra el suyo y rodeándome con los brazos mientras se mete de nuevo en la cama. Le siento desde los hombros hasta la parte trasera de mis muslos, y su polla dura se clava en mí. Me provoca.

—No tengo sueño —le digo desafiante, cruzando los brazos sobre el pecho.

—No he dicho que lo tengas. He dicho que duermas.

Me tiene. No puedo pensar cuando me envuelve con sus brazos. Soy su juguete, y si no ando con cuidado, solo seré un cuerpo para él. Tengo que asegurarme de ser algo más que eso.

—No voy a dormir —le digo, descruzando los brazos. Mis manos se desenroscan sobre sus anchos hombros y deslizo las uñas por su pecho y sus abdominales, observando cómo los músculos de su vientre saltan y tiemblan bajo mi caricia. Tengo las manos inquietas y no sé cuánto tiempo podré resistir sin tocarle.

—¿No quieres dormir? —pregunta, tensionando el cuerpo mientras le rasco suavemente arriba y abajo el torso. Siento sus ojos siguiendo mis manos, pero no levanto la mirada para encontrarme con la suya. Sigo concentrada en mis manos, viendo cómo mis uñas y mis dedos juegan con su piel.

—No —susurro, cerrando los ojos y dejando que mis manos se deslicen por su cuerpo.—Quiero hacerte correrte.

La invitación está hecha y espero la respuesta cuando su polla se desliza entre mis piernas, hundiéndose en mi humedad.—No sabes lo que quieres. Estás borracha.

—Fóllame —gruño, mordiéndole el brazo. Me froto contra su polla, permitiendo que su grosor resbale entre mis labios.—Ahora.

Sven impulsa sus caderas hacia arriba, metiendo la polla entre mis piernas con fuerza. Su pelvis choca contra la mía, y ahora entiendo lo que quiere decir con "llena de moratones desde el coño hasta las rodillas". Lo deseo con locura. Alzo una pierna, la paso por encima de su cuerpo y llevo la mano entre mis piernas para guiarle dentro de mí. En este ángulo, noto su grosor, pero no es lo suficientemente profundo como para darme la sensación de antes—él embistiéndome hasta el fondo. Lo quiero.

—Joder... Eres enorme —gimo, arañándole los costados. Cada vez que entra, vuelvo a jadear. Aprieto el suelo pélvico, ciñendo mi coño a su alrededor, gimiendo por más.

—¿Te gusta duro? —pregunta Sven, rodando sobre mí. Me agarra ambas muñecas y las sujeta por encima de mi cabeza, luego se inclina para morderme el pezón, fuerte. Grito y agarro sus caderas con las piernas mientras me folla. Toda la cama tiembla.

—Sí, fóllame duro —gimo, sintiéndole llenarme y retirarse una y otra vez.

—Eres una chica mala, Allie. Necesitas una buena follada para que se te pase esa actitud. —Su polla me da la sensación de que me desgarra, y mis gemidos de placer van en aumento.

—Sí, fóllame como a una chica mala —gimoteo.—Soy una chica mala para ti, Sven. Fóllame como a una chica mala.

—¿Te gusta... cuando te follo como a una chica mala? —pregunta Sven, con la respiración entrecortada. Está cerca. La forma en que me agarra, tan fuerte, casi duele, pero no me resisto ni me quejo. Quiero más.

—Me encanta —gimo, temblando de arriba abajo.

—Pero eres una buena chica, ¿verdad? Serás una buena chica para mí —dice Sven, dándome una embestida profunda. Su piel golpea la mía; suena como si me estuviera dando una palmada.

—Dios, me corro, me corro, me corro... —gimoteo, mi coño se aprieta a su alrededor y le estrecha la polla. Espasmos me sacuden, arqueo la espalda en la cama. Soy un desastre tembloroso cuando tengo el orgasmo.—Oh, fóllame, fóllame...

—Te estoy follando —gruñe Sven, sin dejar de embestirme hasta que quedo tan floja que todo mi cuerpo tiembla como mis pechos rebotan con sus movimientos. Se sale de mí, me agarra por las caderas apresuradamente y me da la vuelta.—Joder, voy a disfrutar esto.

Su polla se desliza entre mis jugos, arriba y abajo por mi abertura, y me da golpecitos con ella en la nalga. Sé lo que va a pasar. No estoy preparada. Gimoteo presa del pánico mientras el glande presiona mi entrada ardiente.—Sven... yo... —gimo, pero él está ahí, abriéndome. El anillo apretado de músculos cede a su presión, arrancando un grito de mi garganta. Entierro la cara en la almohada mientras se hunde en mí, sus dedos se clavan en mis costados.

—Oh, joder, sí... —Sus embestidas comienzan de nuevo, su polla enorme casi me parte de un lado a otro. Pensaba que ya me había dejado la polla destrozada, pero esto es tan intenso que araño las sábanas, rezando a Dios para no desmayarme. Es gigantesco y va a romperme.

—Sven... —musito, luego muerdo la almohada. No se detiene, pero curiosamente ya no duele tanto. De hecho, empieza a sentirse bien.

Increíble, incluso. Me toco, dibujando círculos con mis dedos sobre el clítoris, intensificando las sensaciones ahí.

Gimo y jadeo, apartando mi cara de la almohada. Él rodea mi cuerpo y aparta mi mano, encontrando mi clítoris. —Ahora tu culo es mío. Igual que tu coño. Nadie más lo volverá a tocar. —Sus palabras imperativas me recorren la columna con un escalofrío.

—Dilo otra vez —jadeo, dándome cuenta de que va a hacer que me corra de nuevo.

—¿Que eres mía? ¿Que mi polla es la única que va a estar dentro de ti otra vez? Porque es la verdad. —Sven agarra mi muñeca y guía mi mano hacia mi clítoris. Con su cuerpo golpeando el mío es difícil mantener el equilibrio, pero me toco, llevándome al borde mientras me folla.

Ni siquiera anticipo lo que hace a continuación. Mi cabeza se echa hacia atrás cuando agarra un puñado de mi pelo y tira de él. —Corre ahora —gruñe—. Eres mía. De nadie más. ¡Dilo! —Con la cabeza arqueada así, apenas puedo respirar. El mundo se vuelve borroso y respiro con fuerza.

—¡Soy tuya! —grito—. Mi coño, mi culo... ¡son tuyos! —El orgasmo me atraviesa mientras él me sigue follando. Estoy tan flácida que apenas logro permanecer consciente. Floto entre el sueño profundo y otro orgasmo cuando siento su mano azotando mi culo.

—Tienes el culo más bonito del planeta —gruñe—. Y es todo mío.

Vuelve a rodear mi cuerpo, frotando mi clítoris mientras continúa follándome con fuerza. Estoy al borde de otro orgasmo. —Joder, qué bien... —gimo mientras sus manos me agarran de las caderas, levantándome y empotrándome contra su polla. Me tira hacia arriba, sus labios buscan mi cuello. Me lo chupa, fuerte, haciéndome gemir. Siento cómo muerde y grito de dolor.

—Eso es —gruñe, sus dientes aún clavados en mí—. Eres mía. —Sus manos ascienden por mi cuerpo y me agarran los pechos,

empujándome hacia él con más fuerza. Grito de placer al sentir su polla hundirse bien hondo. Embiste tres veces más antes de gemir y llenarme de su semen.

Puedo sentir cómo se me escapa de dentro, y es tan placentero. Siento mi cuerpo ordeñándole, apretándole. Se retira, y su corrida se desliza por mi culo y mis muslos. Está caliente y pegajosa, y me derrumbo en la cama con fuerza. No puedo respirar; el sexo ha sido así de increíble.

—Eres una chica mala —dice Sven, rodando a mi lado. Yo jadeo y me doy la vuelta, quedándome mirando el techo.

Este hombre me tiene la cabeza hecha un lío. Un segundo le tengo miedo; al siguiente le deseo dentro de mí como si fuera un volcán en erupción. No puedo recuperar el aliento. Lo que acaba de hacerme ha dolido como el infierno y ha sido increíble a la vez. La mancha pegajosa en la que estoy tumbada es asquerosa, pero podría dormirme ahora mismo y dormir como un lirón toda la noche.

—¿De verdad vas a obligarme a casarme contigo? —pregunto, respiro hondo y lo suelto todo de golpe. Sven pasa un brazo por encima de mí y me atrae contra su pecho; yo me doy la vuelta para que pueda abrazarme por detrás. La acción hace que más de su semen fluya fuera de mí. Por la mañana voy a necesitar una ducha.

—Sí. Has aceptado.

Me quedo pensando un momento si de verdad siente algo por mí o qué diablos estará pensando. ¿Por qué simplemente elige a una mujer de la calle y dice: "Ésa es la que voy a casar"? ¿Acaso no ha oído hablar de romance, de citas, de amor?

—¿Y si más adelante quiero divorciarme de ti? —Busco las sábanas, mi cuerpo sudoroso empieza a enfriarse. Él me tapa, y luego me envuelve de nuevo con el brazo. En realidad me gusta sentir su calor contra mi espalda mientras me abraza fuerte. Su respuesta tarda, pero llega.

Su voz es baja y ronca cuando dice: —Nunca tendrás ese deseo, pero si lo tienes, serás libre de irte. —Casi suena abatido, y me da pena.

Me planteo lo que significa esa respuesta. Teniendo en cuenta que no nos conocemos de nada, diría que hay muchísimas probabilidades de que quiera divorciarme de él en un futuro cercano. En cuanto Paul desaparezca. Demonios, ni siquiera estoy casada ya con él y quiero divorciarme. Pero le doy el beneficio de la duda y dejo de hacer preguntas. Al menos en cuanto a lo de la boda forzada.

—El hombre que sangraba... ¿Murió? ¿Quién era?

Noto cómo Sven se tensa al oír la pregunta, y murmura: —Creo que deberías centrarte en dormir.

—¿Sven?

—Mmm —musita, antes de dejar escapar un bostezo. Su aliento caliente me roza la mejilla y dudo en lanzar la siguiente pregunta, pero me arde por dentro. Tengo que saberlo.

—¿Vas a hacerme daño como hizo Paul? ¿Eres peligroso? —Ahora soy yo la que se tensa. Él se aparta y la cama se convierte enseguida en un bloque de hielo. Se sacude, y siento cómo sale completamente del colchón. Reprimo el gemido que quiere escaparse, porque no quiero enfadarle más.

—Sólo soy peligroso para quien me desafía o se rebela. Ahora duerme. —Va al baño y cierra la puerta; veo la luz filtrarse bajo la madera gruesa.

Antes de que pueda analizar la respuesta que me ha dado, se me cierran los ojos, pesados de sueño. Mi respiración se vuelve pausada; abrazo el edredón contra mi pecho y relajo los hombros. El sueño llega deprisa.

Al menos el sexo es increíble...

12

SVEN

Las cosas están patas arriba. Los envíos no se están recibiendo correctamente; los pedidos no se están registrando. Y no hablo de las ventas de pescado fresco que movemos por esta nave. Dominic va a enfurecerse cuando se entere y va a echarme la culpa. He estado tan centrado en mantener a Allie lejos del peligro que estoy descuidando mis tareas.

Doy un golpe con el puño en la mesa de la oficina principal y los bolígrafos del vaso se ponen a bailar. Jen da un respingo, sorprendida por mi arrebato, y me mira con los ojos como platos, aterrada. Después de lidiar con el lío que el ex de Allie me ha dejado con David y Lenny, no tengo ni pizca de ganas de leer lo atrasados que estamos. Llevamos tiempo con problemas, pero ahora, bajo mi supervisión, va a tocarme solucionarlos y no tengo tiempo. No hasta que haga que ese cabrón pague por disparar a uno de los míos.

—Señor, solo he hecho lo que me dijo Nick. Los números cuadran; simplemente no hemos...—

—¡Basta! —le corto de golpe. Ahora estoy furioso, ese tipo de rabia que me empuja a la violencia. Llevo días sin que nada me salga bien y me siento como un león enjaulado—. Nada de excusas. Llama a

Fischer, dile que pague la factura ahora mismo o recibirá la visita de Rome. Y no aceptes un no por respuesta.

—Pero señor, Rome está...—

Esta vez mi mirada basta para callarla. Mi hermano pequeño se encarga de resolver los flecos y eso hará si le doy la orden.— ¿Dónde está Nick?

Tras intentar manipularme para que le hiciese la jugada a Dom el otro día, ese imbécil hizo lo que le dio la gana y pasó de lo que yo le dije. Los números no engañan. Me da igual los millones que podamos ganar, si no hay lealtad en la familia no hay nada. El dinero no se va contigo a la tumba.

—Señor, no lo sé. Estaba con Leo antes, hablando de ir a comer a Amelio's. —Jen tiembla mientras habla, señal clara de que mis gritos han surtido efecto—. Frunzo el ceño y me dirijo a la sala de producción con los puños cerrados. La puerta golpea algo al empujarla y piezas de armas salen volando por la sala. Varios de los míos levantan la vista, sorprendidos, y algunos incluso sueltan una risita.

—¡Nick! —grito, escaneando la sala. Veo la carretilla llevando un palé lleno de cajas hacia los muelles, donde espera un tráiler por cargar. Nick no está allí, y tampoco lo localizo entre las cajas de pescado—. ¿Alguien ha visto a Nick? —pregunto, recibiendo a cambio un murmullo de respuestas variadas.

—En la oficina de atrás, jefe —grita uno de mis hombres por encima del pitido de la carretilla, y me encamino en esa dirección cuando oigo disparos. Todo el mundo se queda paralizado y unos cuantos se tiran al suelo, pero todos sacamos el arma y la preparamos para entrar en acción.

—¿Pero qué demonios...?

—¿Quién dispara?

—¿Qué ha sido eso?

El aluvión de gritos me llega a los oídos, pero no me sorprende nada oírlo. Me agacho tras un gran bidón de aceite de pescado y saco mi pistola, cargando una bala. Dominic me advirtió del atentado contra su vida, que alguien iba tras él y le creí. Sé que tiene que estar relacionado. Oigo disparos desde el pasillo que lleva a la oficina trasera, así que señalo a varios de los míos para que me sigan. Lenny asiente y Rex se pone en fila con nosotros.

—Agachaos. Todavía no sabemos qué está pasando. —Nada más salir las palabras de mi boca, la puerta del pasillo se abre de golpe y veo a Nick irrumpir con las armas en alto. Dispara varias veces en mi dirección.

—¿Pero qué coño, jefe? —grita Rex antes de levantarse para disparar unas ráfagas contra Nick—. ¿Por qué nos está disparando?

Nos guarecemos todos tras palés grandes de tinas de pescado. Cualquier bala que les disparen la frenará el pescado gelatinoso y el hielo de las tinas. Los disparos retumban por encima, las balas rebotando en las paredes. El conductor de la carretilla detiene la máquina y se escurre, sacando el arma también. Espero que apunte a Nick y descargue unas balas, pero nos apunta a nosotros. Su puntería es buena y acierta a Lenny en el hombro.

—¡Joder! —Lenny deja caer el arma, ahora tirado en el suelo, y yo me levanto disparando cuatro tiros seguidos, avanzando contra el conductor hasta que cae al suelo bañado en sangre. Nick aprovecha para disparar unas cuantas veces más, pero las balas impactan contra las estanterías de metal entre las que me deslizo.

La rabia nubla mi visión. No veo más que rojo. Doblo la esquina y me asomo más allá de las estanterías, disparando varias veces más. Consigo darle a algunos hombres más, aunque ya no tengo claro quién dispara a quién. Hay tantas armas descargándose al mismo tiempo, que en ese estruendo resulta casi imposible saber quién está del lado de quién. Hago una pausa, me retiro detrás del estante y

veo cómo Nick desaparece por la puerta. Rex va tras él, pero yo me encuentro acorralado. Vuelvo a mirar por la esquina y oigo el silbido de una bala que pasa rozando mi cabeza. Siguen quedando varios tiradores, pero también hay varios hombres tirados en el suelo, retorciéndose de dolor.

—Esto va a acabar en un baño de sangre, Gusev.— Oigo una voz conocida, pero no logro ubicarla. No es ninguno de los hombres a los que más cerca tengo, lo que significa que probablemente no es ningún familiar cercano.

—¡Tú y cualquiera de tu bando vais a morir!— Giro bruscamente la esquina, disparando sin parar mientras avanzo hacia el centro del almacén. Los hombres se agazapan, ocultándose tras estanterías y cajas. Allá donde detecto el más mínimo movimiento, apunto y disparo, sin importarme ya si mato a los leales. Cualquiera que no esté de mi lado es un enemigo, y estoy desatando hasta la última gota de rabia contenida en mi pecho.

—¡Sven!— oigo un grito y me giro por encima del hombro para ver a Matty con una pistola en la mano. También alcanzo a ver fugazmente un arma apuntándome y caigo de rodillas, esquivando por los pelos otra bala. Matty aprieta el gatillo y el bastardo que intentó dispararme cae al suelo, y yo me levanto de un salto. Cuando doblo la siguiente esquina con paso apresurado, me encuentro de frente con el cañón de un arma sostenida por una mujer a la que no reconozco. Es joven, probablemente de unos veintitantos, de largo cabello oscuro que le cae en ondas por la espalda. Sus ojos son fríos y calculadores, y sé que no ha venido a jugar.

Levanto mi propia pistola, notando su peso en la mano mientras intento calcular la situación. Esta mujer no es una matona cualquiera; hay algo en ella que la distingue de los otros. Se nota que la han entrenado, y muy bien.

—¿Quién demonios eres tú?— exijo, manteniendo mi arma apuntada a su pecho.

No responde. Simplemente me sostiene la mirada con esos ojos de hielo. Puedo sentir la tensión en el aire, espesa, pesada y peligrosa. Esta mujer es una auténtica incógnita, y no tengo ni idea de lo que es capaz de hacer.

Pero no soy de los que se achican ante una pelea. Doy un paso adelante, acortando la distancia entre los dos, y ella ni siquiera parpadea. No me tiene miedo, eso seguro. Sin embargo, puedo ver cómo trabaja su mente, haciendo cálculos sobre la mejor forma de tumbarme.

No le doy la oportunidad. Disparo, apuntando a su hombro, pero es rápida. Se agacha a tiempo y su propia pistola me apunta directo a la cabeza. Siento cómo la adrenalina me recorre las venas y el corazón me late desbocado en el pecho. Me escondo detrás de una estantería y compruebo mi cargador: sólo me quedan dos balas. Si fallo, estoy muerto, a no ser que Matty la alcance antes.

—¡Matty!— grito, y escucho el estrépito rápido de su arma descargándose y sé que está luchando por su vida. Tengo que llegar hasta él, y rápido. Pero esta mujer está en medio y no va a dejarme pasar sin pelear.

Me asomo por el extremo de la estantería y la veo acercándose, el arma todavía apuntada a mi cabeza. Sé lo que tengo que hacer. Inspirando hondo, me tiro desde atrás de la estantería y la derribo al suelo. Rodamos por el suelo de cemento, forcejeando por el control del arma. Siento su fuerza y sé que me espera una pelea dura.

Pero no voy a dejar que gane. Con un arranque repentino de energía, la empujo y me pongo en pie.—¿Quién eres?— insisto, mi voz temblando por la adrenalina.

Me escupe a la cara, y la saliva va seguida de sangre, mucha. Una bala le atraviesa la nuca, esparciendo masa cerebral sobre mi cara y mi pecho, y bajo el arma, creyendo que ya ha terminado. Un destello en una esquina de la sala llama mi atención, y levanto el arma para disparar rápidamente mis dos últimas balas, quedándome

sin munición. Caigo de rodillas mientras Matty se encarga del rebelde final, y suelto un suspiro aliviado.

Sigo de rodillas, recuperando el aliento cuando Matty se me acerca corriendo.—Sven, ¿estás bien?— pregunta, tendiéndome la mano.

—Estoy bien,— gruño, ignorando su mano y poniéndome en pie. Lo aparto de un empujón y camino hacia el muelle por donde vi salir corriendo a Nick antes. Ese cabrón está detrás de todo esto, lo sé. Y va a pagarlo. Compruebo otra vez el arma, echando la corredera hacia atrás, furioso por no tener balas. Tendré que estrangularle con mis propias manos.

—Sven, tío, has disparado a los tuyos sin pensarlo.— Matty me sigue como un perrito que no se calla, y yo lo ignoro, avanzando con más rapidez mientras me abro paso entre cadáveres tirados como moscas.—¡Joder, para ya, Sven!— grita, y me giro, apuntándole a la cabeza con mi pistola. Levanta las manos en señal de defensa y niega con la cabeza.—¡Eh, tranquilo!

—Cierra la maldita boca. ¿Te enteras?— Cada célula de mi cuerpo arde de odio hacia Nick. Dominic confió en mí para dirigir este almacén y yo confié demasiado en una rata que sólo buscaba sangre. Ahora va a pagar. Sólo tengo que encontrarlo.

—Sven, tranquilízate. Sabes que si Dom te viera, él—

—Que le den a Dominic. Este es mi almacén y yo me encargo.— Me giro y bajo el arma. Oigo un único disparo fuera y me pregunto a qué se debe. Cuando abro la puerta, con Matty pisándome los talones, veo a Rom y Leo ya avanzando hacia el lugar de donde llegó el tiro. Proviene del callejón, tras la esquina. Doy unas zancadas rápidas para alcanzarles.

—Joder, Sven, ¿qué ha pasado? —Rome revisa su pistola, probablemente también sin munición.

—Nick ha entrado disparando. La mitad de los nuestros ahí dentro están muertos, algunos de los nuestros, otros no. No tengo ni puta

idea de lo que ha pasado. —Utilizo el dorso de la manga para limpiarme la sangre de esa mujer de la cara y noto el roce de algún tipo de hueso arañándome la piel. Riachuelos de sudor me recorren el rostro y noto un leve sabor metálico cuando mi sudor arrastra la sangre.

—¿Quién era esa mujer? —pregunta Matty, incorporándose ahora al paso con todos nosotros.

—No tengo ni idea —espeto, metiendo la pistola en la cinturilla del pantalón.

—¿La morena? La mujer de Nick. Ha estado por aquí mandando como si esto fuera suyo. Se dice que trabaja con los albaneses. —Rome señala un coche más adelante y veo a Dominic allí, con una mujer aferrada a él. Está sangrando.— ¿Qué ha pasado ahí?

—¿Dom? —llama Matty, corriendo hacia él. Los demás nos acercamos, rodeando a Dominic y a su novia. Nick yace muerto en el suelo; el ángulo de la pistola y la forma en que tiene la boca abierta me dicen que Dom le ha obligado a pegarse un tiro.

—Chicos —dice Dom, la voz ronca. No está mortalmente herido, pero le duele, lo veo en su expresión. No digo nada. Sé que en gran parte es culpa mía. Si hubiera estado más atento aquí abajo en lugar de andar detrás de faldas, habría pillado el plan de Nick mucho antes. Como estaba, nadie más sabía que había un topo, solo Dominic y yo.

—Rome, llévalos a casa. Leo, la policía va a aparecer en cualquier momento. No hay tiempo para limpiar nada. Simplemente consigue que el detective Sikes se encargue de esto. Y Matty, búscame algo para limpiarme la cara. —Con Dominic herido, me toca dar la cara, pero lo único que quiero es largarme. Todo esto solo ha hecho crecer mi rabia hacia el ex de Allie.

Matty corre y vuelve con un trapo húmedo, y me limpio la cara. Tiene cara de fastidio y algo de miedo, quizá porque le he apuntado

con una pistola a la cabeza. No lo sé.— ¿Qué? —le espeto, lanzándole el trapo. Necesito largarme antes de que llegue la policía porque tengo antecedentes. Si saben que he estado aquí, acabaré otra vez entre rejas.

—Mira, he perdido a ese tipo. El que dijiste que me encargara de él. Ha desaparecido. —Matty se pasa la mano por el pelo empapado de sudor y patea una piedra.— Lo siento, tío. Se me ha ido totalmente de las manos.

—¿Y Red? ¡Joder, Matt! ¿Pero qué demonios? ¡Te pido un trabajo sencillo y la cagas! —Le empujo bruscamente y él se aleja. Estoy dejando que la rabia me domine otra vez. Necesito alejarme antes de hacerle daño a mi hermano, así que me aparto.

Dominic seguro que me va a echar una bronca de campeonato ahora. Todo esto va a ser culpa mía. No hay escapatoria. Me largo, directo al coche. Las sirenas a lo lejos me avisan de que mi tiempo aquí se ha acabado. Paso junto a varios coches de policía al salir, las luces parpadeando y las sirenas atronando. Todo el puerto de mercancías está iluminado como si fuera Navidad.

Al llegar a casa Allie está allí. Acabo de cruzar la puerta cuando empieza a interrogarme. Sus pies resuenan en el suelo de baldosas mientras me sigue desde el vestíbulo hacia el despacho y me quito el abrigo.

—Estás cubierto de sangre. ¿Pero qué pasa? ¿Estás herido? —Su preocupación no suena muy auténtica, pero claro, la estoy obligando a casarse conmigo, así que tampoco espero que sea cariñosa de repente.

—Es de otra persona —gruño, buscando mi botella de whisky escocés añejo.

—¡Eso no! —exclama señalando mi brazo. Miro mi bíceps izquierdo y veo sangre allí. Ni siquiera siento dolor, pero me han dado. De un

tirón arranco la manga de la camisa hecha trizas y la uso para limpiar la sangre y ver mejor la herida.

—Solo es un arañazo de algún metal de una estantería, o algo —le miento porque no hace falta que sepa lo que ha pasado.

—¿Y la sangre de tu cara? —espeta, cruzándose de brazos mientras me observa terminar de servirme la copa.

—Sangre de pescado. —Levanto la copa delante de ella, ofreciéndole un trago, y me fulmina con la mirada.

—¿A qué te dedicas, Sven? Porque no pienso estar con otro hombre violento. —Ese tono tan desagradable me toca nervios que ni sabía que tenía. Me bebo el vaso de un trago y lo dejo sobre la mesa con tanta fuerza que lo hago añicos.

—Te lo dije anoche, no soy como él. No voy a hacerte daño. —Como si el interrogatorio de anoche no hubiera sido suficiente, ahora solo está echando sal en la herida. No tiene ni idea de por lo que acabo de pasar, así que intento mantener la calma, pero estoy tan alterado que podría echarla de casa y ni inmutarme.

—Ya sabes que le dejé porque era violento. Ahora tienes hombres sangrando en tu casa. Vuelves lleno de sangre ajena. Estás herido y—

Estallo, abalanzándome sobre ella y agarrándola del cuello. Antes de darme cuenta, la tengo contra la estantería y la fulmino con la mirada.— He dicho que no soy como él. —Aflojo el agarre y la suelto, pero no me aparto.— Ahora puedes tranquilizarte de una puta vez y dejarme relajarme, o puedes hacer las maletas y volver a la calle de donde te recogí y defenderte tú sola de ese cabrón.

Veo cómo me observa buscando respuestas, el pecho agitado y una vena latiéndole en el cuello mientras ordena sus pensamientos. No pienso rebajarme a su nivel. Es lo único que nunca haré. No la voy a dañar ni a controlarla, pero sí exigirá que me respete.

13

ALLIE

—Lo siento.— Sven tiene un carácter fuerte; lo tendré en cuenta para el futuro. Sé lo que es pulsar esos botones. He visto a Paul explotar en cuestión de segundos. Al menos a Sven le ha hecho falta un poco de insistencia. Pero necesito saber a qué se dedica. Mi ansiedad está por las nubes, el miedo demasiado reciente. Sea lo que sea en lo que trabaja, es peligroso; la sangre lo demuestra de sobra. Por lo que sé, podría ser policía o detective o algo por el estilo, y quizá yo sólo esté haciendo una montaña de un grano de arena, pero no es como si nunca hubiera estado antes con un hombre violento. No puedo volver a repetirlo. No tiene ningún sentido seguir con él si es igual que Paul.

Pero, como Paul, Sven debe tener alguna forma de desahogarse, alguna manera en la que yo pueda ayudarle a relajarse y soltarse para que hable conmigo. No he enfocado esto bien. Está claro que no va a responder a mis exigencias ni a mi insistencia.

—¿Cómo puedo ayudarte a relajarte? Ha sido insensible por mi parte pensar que podía exigirte respuestas así. Debería haber sido más comprensiva.— Me acerco a él y rozo con suavidad la herida de su brazo.— ¿Quieres que le eche un vistazo? Hay que limpiarla, si no se infectará.

—Estoy bien —murmura, ignorando el reguero de sangre que gotea por su bíceps. Se aleja y se dirige al mueble bar para servirse una copa.

—Entonces, ¿quizá prefieras que te dé un masaje en los hombros? O puedo rellenarte la copa.— Le sigo, ofreciéndome a coger la botella, pero él la agarra con fuerza y la lleva hasta la mesa de centro. Le sigo, alucinando al ver que la sangre que ayer manchaba el sofá ha desaparecido por completo. Jamás habría imaginado que aquí se sentó un hombre sangrando.

—Un buen polvo me ayuda a relajarme —dice con suficiencia, apoyando los pies en la mesa. Se bebe de un trago el whisky del vaso y lo deja sobre la mesa, aunque sigue sujetando la botella.— Me sigue con la mirada mientras me siento en el sillón de piel al otro lado de la mesa. No era sexo lo que ofrecía, pero probablemente no tenga alternativa.

—¿Sí? —pregunto nerviosa.— Es un sexo increíble, no me malinterpretes; pero ahora mismo quiero respuestas, no orgasmos. — ¿No tienes hambre? Quizá una ducha caliente. Podría ayudarte con la herida.

—¿Quieres que me relaje o que vaya al médico? —Inclina la botella hacia sus labios y da un largo trago. Las burbujas suben por el líquido color miel hasta que vuelve a bajarla.

—Por supuesto que quiero que te relajes.

—Entonces quítate la ropa y deja que te vea.— Sven se inclina hacia delante, deja la botella de whisky sobre la mesa y vuelve a poner el tapón, que tenía en la mano. Trago saliva, sabiendo que tengo que hacer algún tipo de espectáculo, a pesar de que su tono imperativo me resulta muy excitante. Siempre me han atraído los hombres muy dominantes, probablemente por eso acabé con un maltratador.

—Quítate la ropa —insiste, su voz es baja y ronca—. Quiero verte.

Trago saliva y me descalzo. Coloco los zapatos en el sillón, después desabrocho los vaqueros y me los quito moviendo un poco las caderas. Los doblo y los coloco junto a los zapatos. Llevo puesta una camiseta blanca que me quito por la cabeza. Cuando él señala el sujetador y las bragas y hace un gesto para que también me los quite, le obedezco. Mi cuerpo empieza a reaccionar ante ese nivel de autoridad de una manera que no me esperaba.

Me quedo de pie unos instantes, nerviosa. No me avergüenza mi cuerpo, pero no estoy delante de un hombre al que tenga que seducir. Estoy delante de un hombre que quiere controlarme y tendré que seguirle el juego.

—Ven aquí —gruñe. Me acerco, pero me detengo a un par de pasos. Mira mi pecho, mis caderas, mis piernas, y luego sus ojos suben de nuevo hasta mi cara. Me mira a los ojos y después baja la mirada al suelo.— Date la vuelta y enséñame ese culo.

No sonríe ni está bromeando. Me doy la vuelta y siento su mirada recorriéndome.

—Abre más las piernas —ordena.

Lo hago, y siento sus manos en mis caderas. Sus dedos se clavan en mi piel. Y después me empuja hacia delante. Salgo de su alcance y avanzo unos centímetros más.

—Agáchate —dice. Me inclino hacia delante, poniendo las manos en el suelo. Sus manos vuelven a mis caderas, descienden por las curvas de mi trasero hasta llegar a mis rodillas. Noto el calor de su aliento en la parte trasera de mis muslos. Sigo agachada cuando siento sus dedos subir por mi muslo interior. Tiemblo levemente y me quedo inmóvil al notar su mano entre mis piernas.

—Vaya con el coñito más bonito y apretado —dice, su voz es grave y áspera. Su mano se desliza entre mis labios y sus dedos empiezan a moverse. Suben y bajan, separando mis labios y jugando con mi clítoris. Empiezo a mojarme. Gimo suavemente.

—Joder, apuesto a que sabes a gloria —gruñe Sven, empujando un dedo dentro de mi coño. Me estremezco, ansiosa de más. ¿Cómo consigue provocarme esto siempre? Y luego vuelvo a sentir sus manos, agarrándome las nalgas. Las separa, y siento el calor de su aliento en mi sexo. Estoy nerviosa, pero también excitada.

—Oh, sí —susurra, y su lengua recorre mi raja. Empieza a lamerme, y puedo oír cómo disfruta de mis jugos. Su lengua va más rápido, y logra que tiemble. Luego se mueve, y noto sus dedos en mi agujero trasero. Su lengua juguetea con mi clítoris y sus dedos juegan con el anillo apretado de músculos. Me echo hacia atrás, presionando contra ellos. Quiero más.

—¿Te gusta así? —gruñe Sven. Esparce mi humedad por toda mi piel. Es una tortura, la forma en la que me provoca y juega con mi clítoris a la vez.

—Mmmhmm —gimo. Me pego más a él, deseando que me penetre, y parece que me lee el pensamiento.

—Seguro que te encantaría que te follara, ¿verdad?

Introduce un dedo en mi coño, y después otro. Gimo y jadeo arqueando la espalda y presionando contra sus dedos.

—Te gustaría que te follara, ¿verdad? —vuelve a preguntar.

—Sí... —gimo.

—Buena chica —dice suavemente. Sus manos abandonan mi cuerpo y oigo cómo se baja la cremallera del pantalón. Un instante después, le siento detrás de mí. Su polla presiona contra mi sexo y luego se desliza dentro de mí. Me folla despacio.

—Mmm, sí —gruñe. Me agarra de las caderas, manteniéndome en mi sitio mientras embiste. Va profundo, tan profundo que me deja sin aliento. Se lo toma con calma, y yo no paro de gemir y jadear.

—Te gusta que te follen, ¿a que sí? —susurra.

—Sí... —gimo.

—Te gusta que te folle, ¿verdad?

—Mmm, sí... —murmuro.

—Pues dime qué quieres.

—Quiero que te corras dentro de mí —jadeo. Su polla dura se restriega contra mi cérvix, masajeándolo. Da la impresión de que quiere hacerme su depósito directamente en el útero, y joder si no es una sensación increíble. Me agarro a las rodillas e intento mantener el equilibrio.

—¿Qué?

—Quiero que te corras dentro de mí —gimo de nuevo.

—Súplica —gruñe.

—Por favor, córrete dentro de mí —gimo, con la voz aguda y tensa.

—Dime que te folle —dice con voz áspera.

—Fóllame —gimo, con la voz alta.

—Te voy a follar tan fuerte... —susurra.

—Y entonces me dirás quién eres de verdad... —gimo, sabiendo que esto le pincha las narices tanto como a mí, pero no obtengo lo que esperaba. Sven se queda en silencio, sus dedos encuentran mi clítoris y lo pellizcan y retuercen mientras arremete contra mí.

Me golpea con tanta fuerza que empiezo a convulsionar a su alrededor, contracciones fuertes y poderosas que aprietan su polla tanto que le cuesta seguir entrando en mí. Empieza a follarme con más fuerza, como si luchara por recuperar el aliento. Ahora me está embistiendo con todas sus fuerzas, y yo gimo, jadeo y me retuerzo. Él intenta aguantar, y yo también, pero los dos estamos perdiendo.

—Por favor... —gimo.

—¿Por favor qué? —gruñe.

—Por favor, córrete dentro de mí —suplico.

—Te gustaría, ¿verdad? —gruñe—. Necesitas ser castigada, Allie. Porque tienes que aprender a no meterte en lo que no te importa.

Me folla duro y rápido, su polla martilleando dentro de mí, y no hay nada que pueda hacer. Exhalo, gimo y trato de no gritar. No puedo evitar correrme de nuevo, porque él se está conteniendo. Lo único que puedo hacer es agarrarme a él, y eso es justo lo que hago. Me aferro a él, gimo y respiro.

Cuando por fin me inunda y el calor de su explosión escurre por mi muslo, estoy exhausta. No puedo ni pensar en presionarle para que me cuente más. Me desplomo de rodillas en el suelo de madera, jadeando, y le oigo subirse de nuevo la cremallera del pantalón.

—Sí, eso ha sido relajante —dice, y escucho sus pasos alejándose, el chapoteo del whisky en la botella. Luego desaparece.

Me quedo allí de rodillas un rato; no sé cuánto tiempo. Su semen se acumula en el suelo debajo de mis piernas. Lo dejo estar. Yo no soy la criada y no pienso limpiar su desorden. Y menos después de desarmarme así. ¿Quién se cree él, utilizando el sexo para ponerme de rodillas —literalmente—? No sé nada de él, ni dónde trabaja ni a qué se dedica, ni siquiera su apellido. Estas son cosas que una prometida debería saber sobre el hombre con el que se va a casar.

Me incorporo del suelo, recojo mi ropa y me visto. El desastre entre mis piernas está pegajoso y me da asco. Me ducharé esta noche, pero no antes de hablar con Sven. Él tiene que entender que si voy a mantener este acuerdo, necesito saber a qué se dedica realmente. El arreglo ya es bastante loco de por sí, pero si añades un poco de violencia y sangre, soy una loca por aceptarlo. Con Paul estaría mejor. Al menos él no ocultaba nada. Era completamente él mismo.

Ya vestida, me dirijo hacia el dormitorio. Puedo oír el leve eco de disparos bajando las escaleras y sé que Rico está jugando a uno de

sus shooters en primera persona. Aunque sean violentos, al menos sé que está a salvo; no son armas reales y puedo apagarlas en cualquier momento con apretar un botón. Pero Sven, en cambio, no hay manera de controlarle, y juega con fuego.

La puerta del dormitorio está entornada, así que la empujo y entro. Sven está tumbado en la cama, apoyado en el cabecero, mirando la televisión que hay encima de la cómoda. Me echa un vistazo pero no dice nada, y yo cierro la puerta suavemente detrás de mí. Me acerco a la cama y vuelve a mirarme. Noto el brillo del alcohol en sus ojos, pero la sangre de su brazo ha dejado de manar.

—¿Rico está contento con la sala de juegos? —me pregunta. Sorprendentemente, no se le nota nada arrastrada la voz. Está tumbado como un rey. Ni siquiera se ha quitado la ropa manchada de sangre. Eso sí, al menos se quitó los zapatos.

Me siento en el borde del colchón, sintiendo la humedad entre las piernas. Es desagradable, pero aguanto el tipo, sabiendo que pronto me la lavaré. —Le gusta mucho. He pasado un rato con él antes. También le encanta Odin; siempre ha querido un perro. —Mi mano cae sobre la rodilla mientras tiro de un hilo suelto en el lateral de mis vaqueros.

—Bien —gruñe, volviendo a centrar la atención en la televisión.

—Sven... —respiro hondo y me armo de valor—. No voy a insistir más sobre a qué te dedicas. Sólo prométeme que no estás metido en una banda o algo así.

—No estoy en una banda —responde seco—. Estoy viendo la tele. ¿No puede esperar esto?

—Quiero volver a trabajar. —Sé que ya me ha dicho que no iba a pasar, pero nunca pensé que tendría que cambiar quién soy solo por casarme—. Echo de menos a mis amigas. Necesito salir de casa y hacer cosas.

—Es demasiado peligroso.

—Pero...

—He dicho que no. —Ni siquiera me mira, ni le importa que yo tenga deseos.

Me levanto y me dirijo al baño, medio esperando que me llame, pero no lo hace. Estoy enfadada, pero después de esa exhibición, sé que es mejor no cuestionarle. Así que entro en el baño y empiezo a desnudarme. La puerta ha quedado entornada, sin querer, así que cuando su teléfono suena, la curiosidad me puede. Me apoyo contra la pared, de pie y desnuda, y escucho lo que dice.

—Red... ¿Cómo que le han disparado...? ¿Muerto...? Joder, Dom. —Ese último comentario suena a pura rabia—. Esos cabrones lo van a pagar...

Y con esa palabra, me doy cuenta de que todo esto me queda grande. ¿Quién es Red? ¿Y por qué le han tiroteado? Sven debe estar metido con gente muy peligrosa y yo no quiero tener nada que ver con ello. Rico y yo no podemos seguir aquí. Aunque eso suponga arriesgar las cosas con Paul. Quiero salir de esto.

14

SVEN

La tensión se puede cortar en la habitación, las emociones a flor de piel. Mis cuatro hermanos están de pie cerca de mi padre, que permanece sentado con su bastón en la mano. Apenas puede andar ya, y Dominic se ha convertido, de facto, en el líder. Aun así, papá ha dado la cara hoy para rendir homenaje a Red, caído en la caza del topo, que también ha muerto, solo unas horas demasiado tarde.

—Lo has hecho bien, Dominic —dice papá, con la voz aún marcada por su acento ruso. Papá emigró aquí con sus padres, que solo hablaban ruso, pero todos nosotros nacimos aquí. Primera generación de americanos y una de las familias más poderosas de la ciudad. Todos miramos a Dominic como nuestro líder, y él asiente a papá con respeto.

—Ha tenido un precio. Hoy hemos perdido a demasiados buenos hombres —Dominic mantiene los hombros firmes, pero noto por el tono de su voz que lleva un gran peso encima. Todos queríamos a Red, yo especialmente. Teníamos edades parecidas y siempre recurría a él para tantas cosas, incluidas esas charlas sinceras entre dos amigos. Voy a echar de menos a ese cabrón más de lo que imagino.

—Esto no debería haber pasado, eso seguro —balbucea papá—. ¿Cómo hemos dejado que esto dure tanto? —Dirige la mirada hacia Leo, el segundo más mayor. Leo baja la cabeza, avergonzado, los hombros caídos como una planta marchita. Nick era su mejor amigo y nunca lo sospechó ni por un instante.

—Nos engañó a todos —le dice Dominic a Leo, con una mano sobre su hombro.

—Pero era mi mejor amigo. —Veo cómo Leo aprieta y suelta los puños, luchando consigo mismo—. Debería haberme dado cuenta.

—Hay un viejo dicho —interviene mi padre—, que dice: 'Ten a tus amigos cerca y a tus enemigos todavía más cerca.' Nos recuerda que debemos saberlo todo en todo momento de todos. Si no son tus amigos, son tus enemigos. Tu error fue pensar que Nick era un amigo y sospechar de otros. Esta familia tiene que escrutar a todos, siempre, porque un poder como el nuestro no sale gratis—. Las palabras de papá se ven interrumpidas por un ataque de tos. Todo su cuerpo se estremece, y Rome, el menor, le pasa un pañuelo.

Esperamos a que se calme. Es duro ver sufrir a mi padre, pero así es la vida. Nos lo recuerda cada vez que mostramos cualquier emoción ante su muerte inminente. Cada uno de nosotros permanece con un gran peso encima, pero salvo Leo, ninguno lo muestra en su lenguaje corporal. Somos hombres, criados para liderar y exigir respeto.

—Papá tiene razón. Todos tenemos una gran responsabilidad: no confiar en nadie. Debemos proteger el apellido y el poder que conlleva. Nick era un parásito entre nosotros, pero ya no está. Ahora nos toca reconstruir. No se puede confiar en nadie, porque no sabemos quién de los que quedan le era leal. Todos deben pasar de nuevo el filtro, y nosotros debemos mantenernos unidos. —Dominic entrelazó los puños y los frotó con fuerza.

Una de mis tías, hermana de mi difunta madre, se abre paso en el círculo y llora un momento sobre el hombro de mi padre. Red no le

importaba nada, pero como polilla a la llama, revolotea siempre que puede cerca del dinero y el poder presentes en esta sala. Papá la aparta y Leo la acompaña fuera, y quedamos de nuevo sumidos en otra crisis de tos. El pañuelo que sostiene papá está salpicado de sangre, señal de que su estado es peor de lo que sabemos, pero jamás va a reconocerlo. Dobla el pañuelo y lo guarda en el bolsillo del pecho.

—Todo esto es una tontería —dice, agitándose la mano en el aire. Los dedos ligeramente encorvados, la piel tan fina que revela todas las venas bajo la superficie traslúcida—. Cuando me muera, ya sabéis lo que quiero. —Nos señala a cada uno, justo cuando Leo vuelve a su sitio—. Me convertís en cenizas y me arrojáis por el Puente de Brooklyn. Que mi alma descanse donde más en casa me siento: el mar.

He escuchado este discurso cien veces, en cada funeral por el que hemos pasado desde que enterramos a mi madre cuando yo era solo un chaval.

—Y nada de una ceremonia ridícula. Seguid con vuestra vida. La muerte es definitiva; no hace falta conmemorarlo con comidas y reuniones. —Se apoya en el bastón para ponerse en pie, obligando a su débil cuerpo a incorporarse. Leo se acerca por si necesita ayuda, pero papá le aparta de un gesto. Avanza dando tumbos hacia la puerta y Leo, Rome y Matty le siguen.

Dominic y yo permanecemos como centinelas junto al ataúd de Red durante otra hora, permitiendo que todos los dolientes le den su último adiós antes de que lleven su cuerpo al cementerio. Papá se negó a hacer una ceremonia junto a la tumba, así que solo Dominic acompañará el cuerpo. Cuando el último de nuestros familiares pasa, le hago a Dominic la pregunta que llevo todo el día deseando que me responda.

—Así que este tipo nuevo, Jimmy… ¿De verdad crees que podemos confiar en él? —No miro a mi hermano mientras hablo. Me irrita su decisión de reemplazar a Red con un forastero. Jimmy Slater no es

de la familia. Ni siquiera es ruso. Es más, ni siquiera sé si no será algún infiltrado de nuestros enemigos—o peor aún, un poli.

—¿No has escuchado nada de lo que ha dicho papá? —Dominic se estira y cierra el ataúd, ocultando a Red bajo la madera de arce—. No confíes en nadie.

—¿Pero Slater, de verdad? Lo has metido en la familia porque—

—Me voy a casar con su hermana. Eso ya es suficiente familia. Nick tampoco era sangre y—

—Justo a eso voy, Dominic —me giro de golpe y me planto delante de él, hinchando el pecho—. Nick no tenía ninguna lealtad hacia nosotros porque no era sangre. Ese tal Slater—

—Sabe que mataré a cualquiera que me traicione —el dedo de Dominic me pincha el pecho—. Incluida la sangre. —Sus narices se ensanchan—. Así que ponte en tu sitio, Sven, porque no quiero asistir a otro funeral de la familia.

Su amenaza ni siquiera es velada. Es directa. Me está diciendo que me matará sin dudar, como debe hacer el líder de esta familia. Incluso mi propio padre me quitaría la vida si eso significara proteger el legado. Asiento, furioso pero sin sentirme amenazado. Sé cuál es mi lugar. Y ese lugar es obedecer órdenes, aunque las odie. Me aparto, pasándome una mano por el pelo. Necesito una copa.

Me dirijo al pub donde ahora se reúne la familia—un local antiguo llamado Al's, en la esquina, a una manzana de donde solía trabajar Allie. Siempre pienso mejor en este bar viejo. Aquí venía a echar unos tragos con Red cuando necesitaba consejo, así que me parece lógico brindar en su honor.

Tony, el camarero, alza la barbilla a modo de saludo cuando entro, y me deslizo en un taburete vacío de la barra entre dos hombres más que están con la cara metida en la copa. —Lo de siempre —le digo, y él asiente, alejándose para servirme mi mejor whisky escocés. Casi pierdo a Tucker. David quedó gravemente herido. Ese cabrón de Paul

me tiene en el punto de mira porque protejo a su ex y a su hijo. Y ahora tengo que lidiar con Jimmy Slater como mi informador—un hombre del que no sé nada pero que ya intuyo que no le conviene a nuestra familia. Ese imbécil puso en peligro a Red. Es culpa suya que Red esté muerto. ¿Cómo puede Dominic no verlo?

—¿Qué tal fue el funeral? —pregunta Tony, deslizándome el vaso por la barra. Meto la mano en la cartera, saco un billete de veinte y se lo lanzo.

—Quédate con el cambio… —Cojo la copa y me la bebo de un trago, luego la dejo en la barra—. Rellénala otra vez, al menos un doble esta vez. —Suelto un suspiro, sin ganas de repasar los detalles del funeral, pero sé que Tony también era muy allegado a Red—. Ha estado muy bien, Tony. A Red le habría gustado. Hasta mi padre habló.

—Mmm, qué pena haberme perdido eso. —Coge la botella de whisky escocés de la estantería tras él y la deja junto a mi vaso en la barra —. En honor a Red. —La empuja y hace una leve reverencia con el hombro, luego se aleja, dejándome solo con mi bebida y un poco de introspección tranquila.

Empiezo a pensar en cómo habría manejado Red a Paul si estuviera aquí, qué clase de cosas buscaría para ayudarme a encontrar al tipo. Sigo sin tener ni idea de dónde se esconde, aunque parece que siempre va un paso por delante de mí. Ni siquiera Red se enteraba de sus movimientos. No hay manera de que Slater lo haga mejor para echarle el guante al ex de Allie. Me bebo otro trago, y luego otro. Y pronto estoy bastante borracho. Pasará un rato antes de que pueda conducir a casa, pero rumiar parece justo lo que quiere mi cuerpo y mi cabeza ahora mismo.

Restregándome la cara, permanezco encorvado sobre la barra, con la botella de whisky casi vacía al lado del vaso vacío. Desde que vi a Allie supe que la quería. No tengo ninguna duda de que estamos hechos el uno para el otro. Esa chispa especial se manifiesta de forma distinta en cada persona—algunos lo llaman romance. Yo lo

llamo destino. Ella necesita protección. Yo soy un protector. Un emparejamiento hecho en el cielo, sencillo, y pienso anular pronto su necesidad de protección, así solo quedará el deseo. Y de eso, por ella, voy sobrado.

—¡Eh, amigo! —Un hombre choca contra mi espalda, haciéndome saltar tan fuerte que el brazo tira la botella de whisky escocés y la manda rodando, derramándose por el suelo. Me levanto de un salto y me lanzo a repartir. Ni siquiera vi quién me empujó, pero con dos tipos ya soltando puñetazos, mis puños encajan perfectamente en la pelea. Lanzo un golpe fuerte, directo al estómago de uno. El hombre se dobla y jadea, y yo subo la rodilla con fuerza contra su cara.

—¡La madre que te parió, tío! Le has roto la nariz. Solo estábamos de buen rollo. —El segundo tipo se inclina sobre el primero, mirando el reguero de sangre que ya le llega hasta la barbilla y mientras el primero se zafa, lanzándose a por mí como un tren de mercancías.

Me embiste con el hombro en el estómago y caemos de espaldas, chocando contra la barra. Oigo algo crujir en mi espalda, y le meto un cabezazo brutal. Él se encoge de dolor, suelta varios puñetazos y luego se aparta. Los puños siguen volando, se astillan taburetes y las copas caen mientras otros parroquianos se apartan a toda prisa. Y, antes de darme cuenta, noto unas manos fuertes agarrándome los hombros por detrás.

Rome se planta delante de mí, bloqueando mi vista de los cabrones que interrumpieron mi duelo, y me giro para ver a Matty. Él me ha sacado de esa pelea y ahora me está mirando con furia.—Tony ha llamado. ¿Pero qué coño, Sven? Dom te va a arrancar la cabeza. Lárgate de una vez de aquí.—Me empuja hacia la puerta y yo fulmino con la mirada a los hombres sangrando mientras me veo obligado a retirarme.

Matty vuelve a empujarme por el hombro al salir del pub y yo me aparto bruscamente.—No me toques.—

—¿Pero en qué demonios estabas pensando? ¿El mismo día del entierro de Red?—Me tiende la mano, la palma hacia arriba.—Las llaves.—

Meto la mano en el bolsillo, saco las llaves del coche y se las dejo caer en la palma mientras abro la puerta del coche. Habría matado a esos tipos si Matty y Rome no me hubieran interrumpido. Al sentarme en el asiento del copiloto veo a Rome subir en el coche de Matty. Que mis hermanos pequeños me tengan que llevar a casa no es algo de lo que me sienta precisamente orgulloso, pero al menos tendré un viaje seguro con un conductor sobrio.

—Eres impulsivo e irracional. Vas a acabar muerto o entre rejas.—Matty pone el motor en marcha y se incorpora al tráfico, rumbo a mi casa.—Sí, bueno, tú solo necesitas dejar que salga tu demonio interior de vez en cuando. No tienes ni idea de lo liberador que es soltarse.—Ojalá hubiera podido terminar el último trago de whisky, que seguro Tony está fregando del suelo en este momento. Tendré que recordarle darle algo de dinero para reponer los taburetes rotos. No es la primera vez que tengo que hacerlo. Probablemente no será la última. Hizo bien llamando a mis hermanos.

—¿No te dijo Dom que maduraras? Sabes que todavía sigue las órdenes de papá.—A Matty le importa demasiado lo que piensan nuestro padre y nuestro hermano. Aún no ha roto esa necesidad de contentar a los demás. Algún día lo hará.

—Yo también pensaba que tú ibas a echarle un par, pero ya veo que no.—Tiro del tirador para reclinar el asiento y acomodarme. Me duele la cabeza, me da vueltas por el dulce y penetrante whisky. Puede que no exprese mis emociones como los demás, pero eso no significa que no esté de luto. Esos puñetazos eran mis lágrimas. Y habrá muchos más antes de empezar a asumir que Red se ha ido. Con suerte, alguno de ellos le acabará impactando a Paul.

El trayecto es silencioso y Matty me sigue hasta la casa, entregando las llaves a Gerard—probablemente para asegurarse de que no me vuelva al pueblo a darles otra paliza a esos tipos. Cuando me siento

en el sofá del despacho, Allie entra. No tengo ni idea de qué aspecto tengo después de aporrear a esos dos idiotas, pero noto la cara palpitando. Ella mira a Matty y luego a mí, preocupada.

—¿Qué ha pasado?—pregunta, esquivando a mi hermano de puntillas.—Dijiste que ibas a un funeral.—

Matty resopla y niega con la cabeza.—Pelea de bar—después del funeral. ¿Y tú quién eres?—Levanta la barbilla y la mira por encima del hombro un momento.—Eres la del restaurante.—

—Allie,—dice, pero solo me mira a mí.

—Vete a la mierda, Matty,—gruño, y noto que tengo la voz pastosa.

—No le dejes conducir.—Matty se va y oigo la puerta principal cerrarse, mientras Allie cruza la habitación, frunciendo el ceño. Su figura menuda resulta tentadora. Me gustaría tenerla, pero con el whisky que llevo encima no creo que pudiera ni ponerme en pie, y mucho menos acostarme con ella. Los párpados me pesan, parpadeo despacio mientras ella se queda de pie, encima de mí. Huele a fresas en verano. Alzo la mano para agarrarla pero se aparta.

—Tienes la cara fatal.—Su tono no tiene compasión, es de reproche. —Estás sangrando otra vez… De verdad, estar aquí parece más peligroso que cualquier cosa con Paul.—

Intento ponerme de pie, pero a duras penas logro inclinarme hacia adelante y apoyar los codos en las rodillas mientras aguanto su sermón. Ni siquiera puedo culparla. Ha llegado a mi vida en un momento de mierda y le ha tocado ver lo peor de todo esto.

—No me siento segura aquí, Sven. Quiero volver a mi piso antes de que el casero lo alquile a otro.—

—¿O sea que quieres huir, verdad?—pregunto, tambaleándome. Alzo la vista a su rostro, pero la visión se me nubla.—Porque no piensas quedarte por aquí mientras tu ex, ese cabronazo, te sigue a la caza.

¿Dónde vas a desaparecer esta vez? Sabes que volverá a encontrarte. No podré protegerte otra vez. Te va a matar, ¿lo sabes? Y se llevará a Rico de verdad.—

—¡Cállate!—espeta, entre dientes.—Él te da mil vueltas. Al menos él nunca volvió a casa empapado en la sangre de otro.—

—¡A tu cuarto, ahora mismo!—Me pongo en pie, forzando el equilibrio.—Aceptaste este acuerdo. Así que, haz lo que digo y punto.—

Me lanza otra mirada fulminante, pero no replica, lo cual agradezco, porque en cuanto vuelvo a sentarme el alcohol me vence y cierro los ojos, cayendo en la oscuridad.

15

ALLIE

Apretando la taza de té entre mis palmas, miro fijamente a los ojos de Sarah. Sven me dejó usar su coche y a su mayordomo para poder visitarla un rato, después de que yo montara otro numerito. Él insistía en que no era seguro, pero cuando le dije que Rico se quedaba en casa, por fin lo permitió. Ahora solo quiero sentirme mejor. Mi corazón lleva días subido a un yoyó. Sven ha cumplido realmente su promesa: protegerme de Paul. Pero por cada momento en el que me siento a salvo de mi pasado, aparece otro en el que temo por mi futuro con Sven.

—¿Pero has intentado hablar con él sobre eso? —insiste Sarah, bebiendo de su propia taza. Ni siquiera estamos tomando té; es solo refresco, pero a Sarah le gustan las cosas elegantes y por eso las tazas de té.

Todo su piso es una sucesión de cosas refinadas. Es modesta, así que nada es demasiado caro, simplemente tiene muy buen gusto. Un viejo diván victoriano junto a la ventana, por ejemplo, que encontró en una tienda de segunda mano por solo cinco dólares. Luego lo tapizó con terciopelo sintético y pintó el desgastado armazón de madera con pintura dorada en spray. Me encanta ese diván antiguo. Es en cosas como esa donde me pregunto si la gente

puede cambiar también, o si en el fondo no dejan de ser ese viejo mueble usado que acabará cediendo bajo un trasero pesado.

—Eso no salió muy bien —le confieso, dando un sorbo a mi bebida de color verde lima con gas. No es de marca—ella es demasiado ahorradora para eso—, pero es una bebida. —Probablemente fue culpa mía por atacarle con preguntas y acusaciones en vez de hablar, pero tenía miedo.

El antiguo sillón de cuero cruje cuando ella estira el brazo para dejar su taza en la mesa. Imito su gesto y yo también la dejo. Los vasos tintinean sobre el cristal, donde aún quedan los anillos de copas anteriores, que dejaron marcas al condensar y gotear en la humedad calurosa de Nueva York.

—Mira, que no sabes a qué se dedica en realidad. Pero, ¿te ha hecho daño alguna vez? ¿Te ha levantado la mano, o te ha golpeado...? —Sarah recoge las piernas y se sienta en la silla a lo indio, como una niña pequeña. Me entran ganas de recordarle que no debe sentarse así, pero me muerdo la lengua. No tiene ni idea del desgaste que le causará eso en las caderas y la espalda baja. Acabará pasando por quirófano si no cambia esa costumbre. Algo que mi madre solía recriminarme, allá cuando aún le importaba.

—Eh, tú... Allie. —Chasquea los dedos delante de mi cara y yo sacudo la cabeza.

—No, no me ha pegado. Quiero decir, una vez me agarró del cuello, pero paró de inmediato y se apartó. Sven no es violento conmigo. Y siempre que le he visto interactuar con Rico, me ha parecido la persona más honesta y auténtica que conozco. Rico le quiere de verdad. —Se me caen los hombros. La pregunta de Sarah me ha dado de lleno.

—Y evitó que Paul se llevara a Rico —añade, señalándome con el dedo, literalmente. Señala hacia mí. Odio cuando lleva razón. Me siento impotente en casa de Sven. No estoy acostumbrada a eso. He estado huyendo de Paul tanto tiempo que conseguí independencia.

Odio sentirme encerrada. Quiero libertad, aunque al mismo tiempo disfruto de la seguridad.

—¿Qué daño hay en confiar en él, simplemente? —Sarah deja caer la mano en su regazo y se encoge de hombros—. Recuerda que siempre puedes pedir el divorcio después. Ahora solo tienes esa valentía porque eres intocable. Paul no puede alcanzarte donde estás. Si él estuviese aquí mismo, en este piso ahora, mirándote fijamente, ¿seguirías queriendo dejar a Sven? ¿Seguirías pensando que Sven es más peligroso?

—¡Argh! —gruño. Me tapo la cara con las manos y me dejo caer de espaldas en la silla. Sabe que tiene razón, y le encanta. —Odio esto.

—Le necesitas. Aguanta hasta que Paul desaparezca. Luego ya decidirás si sigues sintiendo lo mismo. Llevas allí como una semana. —La oigo sorber su falso té y dejar la taza otra vez, y entonces bajo las manos.

—Controla literalmente cada movimiento que hago. He tenido que pedirle permiso para venir aquí. —Sé que me estoy quejando, pero Sarah es mi mejor amiga. Si no puede soportar un poco de quejica, no sé adónde acudir.

—Pero estás a salvo. Piénsalo como si tuvieras un guardaespaldas que sabe cosas que tú no. —Entonces me lanza una mirada pícara, moviendo las cejas—. Y encima, el sexo es una pasada brutal.

Me río. En eso también tiene razón. El sexo con Sven es increíble. Me hace sentirme viva otra vez, probablemente más que nunca. Y ni siquiera creo que hayamos explorado todo lo que él desea hacer conmigo físicamente. Cada vez es como una aventura nueva.

Su secadora suena y ella salta de golpe. —Tengo que sacar la colada. Vuelvo enseguida. —Sarah se va corriendo por el pasillo y me quedo a solas con mis pensamientos. La única forma que me imagino para que esto funcione es recuperar algo de mi vida independiente. Necesito volver a trabajar, aunque eso implique un

riesgo. Quizás Sven simplemente mande guardaespaldas o algo así, como dijo Sarah.

Saco el teléfono y llamo al restaurante, rezando para que mi encargada sea razonable. He faltado a cuatro turnos sin avisar siquiera. Dana tiene que echarme de menos tanto como yo a ella. Contengo la respiración cuando al otro lado suena la conexión y una voz se escucha en mi oído.

—Amelio's…

—Hola, jefe, soy Allie.

—¿Allie? ¿Jefe? ¿Y tú crees que sigues teniendo trabajo después de no aparecer en toda la semana? —se burla, y me lo tengo merecido. Espero que me cuelgue, pero dice—: ¿Qué quieres? ¿Tu último pago?

—En realidad, quiero volver al trabajo. He tenido muchos líos. Mi ex ha venido a la ciudad, secuestraron a mi hijo. Todo ese jaleo en el parque. Seguro que lo viste en las noticias. —Me muerdo el labio y espero su respuesta.

—No vi las noticias. Siento oír eso. —Su tono cambia. Ahora suena más compasivo, y no es precisamente un hombre conocido por su compasión. Es un hueso duro de roer y exprime a sus empleados para que trabajen más por menos salario que en otros locales, pero la posibilidad de encontrar ahora otro trabajo es escasa, sobre todo con Sven controlando todo lo que hago.

—Te lo juro, no era mi intención. No dejaré que vuelva a ocurrir. Me encanta este trabajo. Puedo volver ahora mismo. —No tengo ni idea de cómo lo voy a hacer, dada la situación en casa, pero sé que tengo que lograrlo. Es lo único que me mantiene cuerda.

—Sabes que es difícil encontrar gente que merezca la pena —. El insulto velado duele, pero me lo dejo resbalar.

—Lo sé. Te juro que soy buena trabajadora. Me necesitas —. Intento convencerle suplicando un poco—. Por favor, te prometo que no volverá a pasar.

—Vale —dice él, y yo suspiro aliviada—. Mañana ven a tu turno normal. No llegues tarde. —Cuelga y yo estoy tan contenta que casi salto mientras vuelvo a meter el móvil en el bolsillo. Sarah regresa llevando una cesta de ropa. La deja sobre el sofá y empieza a sacar las cosas una a una para doblarlas.

—¿Quién era?

—Mi jefe del bar. No me va a despedir. Puedo volver al trabajo —. Me levanto y cruzo la habitación para ayudarla a doblar las toallas. Están calientes, y con este calor es una tortura añadida, pero estoy inquieta ahora, ya pensando en cómo convencer a Sven de que me deje trabajar.

—¿Tú crees que Sven va a aceptar eso? —Sacude una toalla y unas cuantas hebras salen volando, cayendo dentro del cesto. Sus manos hábiles doblan la toalla de algodón azul y yo me encojo de hombros.

—No le queda otra. Voy a ser su esposa, no su prisionera. Es lo que va a pasar. Voy a plantar cara y buscar la manera —. Y lo haré. Sven no puede controlarme; al menos, no creo que pueda.

Cuando termino la colada con Sarah, vuelvo al coche que me espera abajo y le pido a Gerard que me lleve a casa. Es educado y silencioso. Me trata como si tuviera la misma autoridad sobre él que Sven, y me pregunto si tendría éxito ordenándole que me lleve al trabajo o si Sven le ha dado órdenes estrictas de no hacerlo. Mientras conducimos, repaso todos los posibles escenarios de cómo podría llegar al trabajo y qué excusas usar con Sven para convencerle, o bien cubrir lo que realmente estoy haciendo. Si le miento, seguramente lo descubrirá, pero puede que sea mi única opción. Al menos hasta que vea que es lo bastante seguro para mí.

Y cada céntimo que gane ahora lo podré ingresar en el banco y ahorrar. Sven paga todo lo que necesito y no tengo más facturas de las que preocuparme. Será mi fondo de emergencia para cuando inevitablemente me vaya de su lado, porque no creo en los matrimonios concertados. No si no sé nada del hombre con el que me pienso casar y él se niega a contármelo. Lo tengo decidido. Ahorraré ocultándome para ir a trabajar hasta que haya reunido lo suficiente para sacar a Rico y a mí de aquí para siempre.

Cuando entro por la puerta, Rico está allí, en el vestíbulo, jugando con Odin. El enorme pastor gruñe ferozmente como si quisiera matarle, pero sólo está jugando. Gerard chasquea los dedos y el perro acude deprisa, sentándose sobre las patas traseras y moviendo la cola. Rico se pone en pie de un salto, cubierto de pelos de perro y algo de baba, y sonríe como un tonto.

—Parece que alguien se lo está pasando demasiado bien. Ahora tengo que sacarle, disculpe —. Gerard se aleja y Odin le sigue obediente. La bola de pelo es mucho más perro de lo que jamás pensé que tendríamos, pero Rico le adora. Se me acerca y me rodea la cintura con los brazos.

—Hola, mamá. ¿Te lo has pasado bien con Sarah? —Me mira desde abajo y veo que tiene la cara colorada de tanto correr. Parece acalorado y sé que yo también lo estoy. Ahora mismo me tomaría una bebida fría o un buen helado.

—Ha estado bien —. Le aparto el flequillo de los ojos y le pellizco la barbilla—. Tienes baba de perro en la cara.

—A Odin le gusta lamerme —dice, sonriente—. Tengo hambre. ¿Podemos coger algo para picar?

—Me has leído el pensamiento. —Asintiendo en dirección a la cocina —. ¿Qué te parece un helado o algo así?

—¡Sí! —Rico da un grito de entusiasmo y sale disparado hacia la cocina. De verdad que ha aprovechado todos los lujos de vivir en

una casa tan elegante. Cuando nos vayamos, no se conformará con lo poco que yo pueda darle. Me parte el corazón no poder ofrecerle lo mejor, pero parte de mí se alegra de que haya estado tan protegido. Que se haya adaptado tan rápido a la casa de Sven se debe, sobre todo, al lujo que la rodea. Jamás ha vivido nada parecido.

Le sigo a la cocina, donde Marta ya está sacando una tarrina de helado del congelador, seguramente porque mi hijo se lo ha pedido. Me guiña un ojo y coloca la tarrina sobre la encimera, luego saca dos cuencos y cucharas. Me siento al lado de Rico en la mesa y le tomo de la mano. Sé que mi noticia le va a sentar mal, pero espero que no le hunda.

—Cariño, hay algo que necesito contarte.

Me mira a los ojos con ilusión, sin idea de lo que voy a decirle. Le gusta tanto este sitio, y hasta Sven, que temo destrozarle.

—¿Qué?

—Oye, sé que te gusta mucho estar aquí...

—Siempre quise tener un perro, mamá. Es genial. Videojuegos, un perro, mi propia habitación, y Sven es muy majo también. Ha dicho que me enseñará a jugar al béisbol si quiero. Gracias, mamá, por traerme aquí —. El corazón se me cae al suelo, desinflando la ilusión con la que soñaba mi futuro.

—Enano, sé que te encanta, pero no podemos quedarnos aquí —. Echo un vistazo a la criada, que parece no prestar atención—. Mañana vuelvo al trabajo. Cuando haya ahorrado lo suficiente, nos mudaremos, pero esta vez nos vamos muy, muy lejos. No sé, quizá Chicago o Miami —. Le aprieto los deditos regordetes, pero los aparta.

—No quiero. Sven me cae muy bien —. Hace un puchero y frunce el ceño—. ¿Por qué siempre haces esto? ¿Por qué no podemos

quedarnos en un sitio? ¿Y por qué no puedo ser normal y ver a mi padre como los demás?

Me está haciendo preguntas muy difíciles para las que no tengo respuestas. Al menos, no unas que él pueda comprender. Aprieto la mandíbula, sin ganas de entrar en una conversación profunda con la criada de Sven rondándonos. No sé lo que irá a contarle o, si lo hace, qué pensará él de todo esto. Ese hombre es mi único escudo frente a quien sé que trataría de matarme, así que, me guste o no, tengo que portarme bien, aunque eso suponga moverme a escondidas sólo para ahorrar y marcharme lejos de él.

—No es justo —dice, cruzándose de brazos. Odio que esté disgustado, y sabía que pasaría.

—Cariño, es una lección que todo el mundo tiene que aprender. La vida no siempre es justa. Aprendes y sigues adelante —. Intento acercarme de nuevo, pero se aparta.

En cuanto Marta nos sirve el helado, él coge su cuenco y cuchara y dice—. Me lo llevo a mi habitación. —Y sale enseguida. No es que me falte al respeto; jamás lo permitiría. Pero está dolido, y me siento fatal por ser yo quien le cause ese dolor. Le veo alejarse y, de repente, pierdo el apetito por el dulce que tengo delante.

Marta me deja sola con mis pensamientos y va al fregadero a lavar algunos platos, mientras yo me quedo mirando mi cuenco de Rocky Road. Ahora no lo entiende, pero algún día lo hará. Sólo intento darle una vida mejor, protegerle. Nadie hizo nada así por mí, y sé que es lo correcto. Paul no puede quedarse con mi hijo, y mi instinto me dice que Sven —aunque protector y rico— no es el tipo de ejemplo que quiero para mi niño. ¿Y si Rico hubiera visto al hombre sangrando, o a Sven llegar maltrecho? Sus preguntas habrían superado las mías, y también sentiría miedo. No puedo permitirlo.

Voy a ahorrar y me marcharé de este sitio, aunque Sven se enfade, aunque Rico no lo entienda. Es lo que tengo que hacer.

16

SVEN

Del despacho de Dominic sale un olor a whisky y sexo. Es su día de boda y no pudo aguantarse los deseos hasta después de la ceremonia—o quizás ha sido otro quien ha aprovechado para un revolcón rápido aquí dentro. La silla en la que me siento, rígido, está justo frente a él, con su escritorio de por medio. Está furioso conmigo. Un hombre a punto de casarse no debería tener esa expresión tan agria, pero Dominic es un maestro ocultando emociones. En cuanto salga de este despacho cargado y entre en el jardín para recibir a su esposa, mostrará un gesto sereno. Incluso puede que consiga sonreír. He visto a la mujer—Nanette—es atractiva. Pero no es Allie.

—No sé en qué demonios estabas pensando. ¿Sabes que tres de los hombres que mataste eran leales? Ahora mismo soy el único que lo sabe, pero si papá se entera…—

—¡No se va a enterar! —le corto, gruñendo por la frustración—. Sé perfectamente lo imbécil que fui disparando y cruzando esa planta de producción sin tener ni idea. No necesito que me lo recuerdes. Estaba tan cabreado por lo de Paul, y porque Nick acababa de demostrar ser el topo; no pensaba con claridad—. Matty ya me lo ha soltado todo. No necesito otra charla.

—Sven, estás fuera de control —escupe Dominic, inclinándose hacia delante y cruzando las manos sobre su escritorio. Su chaqueta de esmoquin se arruga, pero parece no importarle—. Solo puedo tapar hasta cierto punto. Jimmy me ha puesto sobre aviso esta mañana. Tienes que sacar la cabeza de donde la tienes metida y centrarte en tu trabajo. Tienes una familia que proteger, y no entiendo por qué insistes en perseguir a un fantasma.—

—No es un fantasma. Es una amenaza para Allie. —Me llevo la mano al cuello y aflojo la corbata. Odio las corbatas, y odio las bodas. Tiene suerte de que siquiera haya venido. Estoy malgastando un tiempo valioso en este estúpido evento cuando debería estar buscando información. Aunque Allie se hubiese ido, seguiría buscando a su ex. Jugó sucio y ni de broma pienso dejar que se salga con la suya.

—Me queda claro que te gusta esa mujer, pero tienes que preguntarte si de verdad merece la distracción. Nos está costando caro, Sven. Y no me gusta que la gente pierda el foco por tonterías. Deja que ella resuelva lo de su ex por su cuenta. Concéntrate, o te vas al banquillo.—

—¿Qué se supone que significa eso? —pregunto, poniéndome de pie.

Los ojos de Dominic lo dicen todo. No está bromeando. No puedo volver a cagarla, por ninguna razón. Nunca quise cometer los errores que he cometido, y tampoco he pretendido fallarle a la familia. Me giro, negando con la cabeza, y camino hacia la puerta. —Allie no es una cualquiera, Dom. Voy a casarme con ella. Seguro que lo entiendes.— Espero un segundo de espaldas a él, pero no dice nada. Así que salgo al pasillo, donde oigo voces. Cuanto más me acerco, más bajito hablan, hasta que se reducen a murmullos. Jimmy Slater y Allie están teniendo una conversación muy seria. Jimmy carraspea y me mira con toda la profesionalidad cuando me acerco, y me pregunto de qué demonios estarían hablando. Que yo sepa, Allie ni

siquiera le conoce, aunque yo sé de ella casi tanto como le dejo saber sobre mí.

—Hola, Sven. Dominic me ha dicho que puede que necesites mi ayuda con algunas cosas.— Jimmy me tiende la mano y yo me quedo mirándola. Allie parece culpable, con los ojos abiertos como platos, evitando mirarme.

—Dominic se equivoca. —Le cojo a ella del codo y la atraigo hacia mí; ella se apoya tímidamente a mi lado, como si ese fuera su sitio. Los ojos de Jimmy van de su cara a la mía—. ¿De qué hablabais?—

—De la boda...—

—De la decoración del jardín...—

Hablan los dos a la vez, y entonces Jimmy dice: —Que la boda es en el jardín, y que la gente de Dominic ha hecho un trabajo fantástico con la decoración.— Se ajusta la corbata y retrocede un paso—. Si me disculpáis, tengo que comprobar que Dom no necesita nada antes de casarse con mi hermana.— Le guiña un ojo a Allie—. Encantado de conocerte, señorita Clarke.—

Espero a que se marche y me vuelvo hacia ella como una víbora.— ¿A qué ha venido eso?— Odio a ese tipo, pero ver a mi futura esposa tramando algo con él delante de mis narices me saca de quicio.

—Nada. Si respondieras honestamente a mis preguntas no tendría que ir a espaldas tuyas a preguntar cosas que ya debería saber.— Se da la vuelta y camina hacia el jardín, donde otros invitados ya están sentados esperando que empiece la boda. Su vestido claro de flores se balancea con cada paso, moviéndose de un lado a otro con un vaivén provocador de sus caderas. La sigo, frustrado pero fascinado. ¿Cómo consigue hacerme sentir tan cabreado y tan ansioso a la vez?

—Entonces pregunta lo que quieras, pero no te sorprendas si no te gusta lo que oyes.— Me pongo a su paso y le paso el brazo para que parezca que estamos juntos. Las cabezas se giran a nuestro paso

por la fila de familiares, cerca del frente. Allie no se detiene. Habla con una sonrisa forzada y tensa, apenas moviendo los labios.

—¿Todos tus parientes son así de ricos? ¿O solo tú y tu hermano? ¿Esto tiene que ver con a lo que te dedicas? —Su tono no es solo de enfado; también está impregnado de miedo. Hace bien en temer a mi familia y a lo que hago para ganarme la vida.

—¿Te dedicas a criticar cuánto dinero tiene la gente? ¿Se te ha pasado por la cabeza que mi padre es un hombre adinerado y que nos crió con ese dinero? —Es cierto, aunque la mayor parte de lo que tengo me lo he ganado yo solo, gracias a mi esfuerzo. Papá nunca nos dio ni un céntimo. Nos hizo ganarnos la vida.

Nos sentamos y comienza la boda. Su cuerpo está rígido, lleno de todas las preguntas que quiere hacer, pero cada vez que abre la boca, le lanzo una mirada fulminante. Durante la boda de mi hermano no es el momento para tener esta conversación.

Allie es una mujer irritante a veces, y hoy está colmando mi paciencia. Cuando me dice convencida que va a trabajar esta noche, inmediatamente me pregunto qué ha estado haciendo las noches anteriores. Ha salido con su amiga Sarah, o eso es lo que me ha dicho. Le cojo el codo con firmeza y la aparto de la multitud que comienza a entrar en el comedor para disfrutar del banquete y la tarta.

—Ya te he dicho que no es seguro —le espeto entre dientes, inclinándome para hablarle al oído. Apenas puedo controlar mi mal genio, pero ella sabe apretarme las tuercas como nadie. Es mi kriptonita, lo único capaz de hacerme caer de rodillas. Por fuera solo consigo mostrar enfado, pero por dentro siento cosas por ella. Cosas que no he sentido por una mujer en años. Cosas que volverían débil a cualquiera si sus enemigos lo descubren.

—No me importa, Sven. Quiero mi libertad para vivir mi vida. Los cónyuges son compañeros, no esclavos. Quiero tener un trabajo. Necesito interactuar con la gente —gime mientras la arrastro hacia

un pequeño recibidor en el pasillo, fuera del comedor—. Además, ni siquiera estamos casados aún. No tengo que hacer todo lo que me ordenas. No soy parte del servicio.

En ese momento, algo despierta en mí que no puedo controlar. Veo al cura y luego a Tucker, y pierdo los papeles.—Tú, y tú —les señalo y me miran— ahora. —Con un movimiento de cabeza les indico que quiero que me sigan, y llevo a Allie a través del vestíbulo hasta el despacho de Dominic mientras protesta todo el camino. Ya ha dejado claro que no tiene claro si quiere casarse conmigo, así que, en lugar de posponerlo y que tenga más tiempo para pensar en todo lo que teme, prefiero que sea ahora.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta, girándose mientras entran el cura y Tucker. Tucker cierra la puerta tras mirar si nos seguían y clavo la vista en el rostro sonrojado de Allie. Sus mejillas están sonrosadas, igual que el pecho. Está ruborizada y es increíblemente sensual, pero no he venido aquí para excitarme.

—Cásanos ahora —le ordeno al cura sin apartar mis ojos de los de Allie.

—¡¿Qué?! —susurra enfadada.

—Señor, no estoy seguro de poder—

Oigo el chasquido metálico cuando Tucker monta su arma, y el cura interrumpe su frase.—Te cuesta creer que pueda ser un buen marido y darte todo lo que necesitas. Insistes en que necesitas un trabajo propio y contacto con otras personas, pero no tienes necesidad de dinero. Y ya tengo más que suficiente personal para que interactúes con ellos. Joder, monta un club de jardinería con la nueva esposa de Dominic. Si no puedes respetarme ahora, entonces cásate conmigo ahora. A lo mejor así me respetas.

Allie retrocede. Sus manos tiemblan y los ojos le desvían al cura y luego bajan.—Sven…

—Haz lo que te digo o lárgate de mi casa. Entonces, ¿quién te protegerá de Paul? —Le susurro al oído, tan cerca que noto su respiración agitada en mi cara. Veo miedo en sus ojos y sé que no es por mí, sino por su ex. Odio tener que recurrir al miedo como ultimátum para recuperar su obediencia, pero no me deja otra opción.

—No me imagino que a tu hermano le haga gracia compartir el aniversario de su boda —Su tono ha cambiado, es más dócil, pero no está realmente dispuesta a ceder. Veo en sus ojos que planea rebelarse contra mí.

—Señor, si me permite… —La voz del cura tiembla de emoción. Me vuelvo para mirarle.—Tengo que bendecir la comida para el señor Gusev. —Tucker baja el arma y la enfunda, y yo asiento al cura, que sale disparado como un gato asustado.

—Déjanos solos, Tuck. —Al instante, mi mano derecha sale del despacho de Dominic y me quedo solo con Allie. Ella se deja caer en una silla y se cubre la cara con las manos, con los codos apoyados en las rodillas.—Allie, hago todo lo posible por protegerte, pero si no escuchas lo que te digo, no vas a estar segura.

—Solo quiero una vida normal.

Camino de un lado a otro, sin estar siquiera seguro de lo que es una vida normal. Mi mundo no lo es, aunque viva en la misma ciudad y respire el mismo aire. Allie no lo entiende. He visto cosas que harían mear de miedo a un adulto. He atravesado cosas que me cambiaron, que me convirtieron en la máquina de matar que esta familia necesita—que Allie necesita.

—No puedo permitir que te hagan daño. No voy a permitirlo.

—Sven, por favor. No me está pasando nada. ¿Por qué no me puedes poner un guardaespaldas o algo así? —Se levanta y camina hacia mí, y yo la encaro.

—La respuesta es no.

Abre la boca para hablar y la puerta se abre de golpe. Matty entra pavoneándose, sonriente, y su expresión cambia a seria.—Perdón, no quería interrumpir. —Levanta las manos en señal de defensa, seguramente porque le estoy echando una mirada fulminante.

—No interrumpes —dice Allie, y se dirige hacia la puerta. Se ha ido antes de que pueda detenerla, y Matty continúa avanzando hacia la vitrina de licores.

—¿Qué ha pasado aquí? Dominic me ha pedido su buen whisky. No quería estropear nada. —Se acerca al mueble de Dominic y saca una botella de licor marrón cálido.

Ni siquiera le respondo. Estoy en modo de caza, siguiendo a Allie fuera de la habitación y atravesando el vestíbulo. Tengo que mantenerla siempre al alcance de la mano. No me importa si descubre mi secreto; prefiero que sea en mis términos, no porque se ponga a fisgonear.

17

ALLIE

Llevo cinco noches a la semana fuera de casa y ni siquiera me creo que esté funcionando. La primera semana usé a Sarah como excusa. Luego, en la boda de Dominic, cuando Sven intentó acelerar los planes de boda, me di cuenta de que probablemente se había dado cuenta de algo, o al menos me estaba siguiendo. Así que me volví más cautelosa. Planeé dos noches en la biblioteca—mentí. Sarah quedó conmigo en la sala de atrás y se llevó a Rico a su casa y yo me escabullí por la salida trasera para ir a trabajar. Cuando terminó mi turno de tres horas, regresé a la biblioteca y salí por la entrada principal con Rico, cortesía de Sarah una vez más. Por ahora, mi plan está funcionando.

Esta noche dejé a Rico con la asistenta. Estoy de pie sosteniendo dos vestidos, fingiendo dudar entre ellos. El matón de Dominic, Tucker, ronda por mi alrededor. Sus gafas de sol tan llamativas en interiores lo delatan como guardaespaldas al instante, algo muy propio de película, pero ignoro lo ridículo de su estética y me centro en mi plan para despistarle. No me entusiasma ninguno de los dos vestidos, pero los llevo ambos al probador, donde los hombres no pueden entrar, y le sonrío a la encargada.

Ella me mira, luego a Tucker, y después vuelve a mirarme. —¿En qué puedo ayudarte?— Su tono seco me deja claro que quizá no es la mujer más servicial del mundo, pero para eso también tengo un plan preparado.

Echo un vistazo por encima del hombro y, al girarme hacia ella, pongo mi mejor cara de asustada. Tucker está ahí, vestido con ese traje absurdo, las manos cruzadas delante de sí y dándome la espalda. No entiendo por qué Sven manda a estos tíos a seguirme. La culpa es mía. Si me hubiera callado la boca con el tema del trabajo, ahora estaría saliendo a hacer lo que quisiera y él no sospecharía nada.

—Quisiera una sala, por favor.— Finjo miedo en mi voz, hablo tímidamente y en tono bajo. Tucker no se gira para mirarme, así que al menos eso va bien. Ella vuelve a mirar a mi guardaespaldas y frunce el ceño. Entonces, coge una llave de la pared que tiene detrás, donde cuelgan varias llaves en ganchos numerados. —Sígueme—, dice, y esta vez su voz también es baja. La sigo por un largo pasillo de puertas hasta el fondo. Otra puerta en la pared—una distinta de las de madera con ranuras de los probadores—se yergue ante mí. Sé que es simplemente la puerta al almacén, que siempre está cerrada, porque trabajé aquí como unos seis meses mientras me escondía de Paul.

—Cariño, ¿está todo bien?— susurra, volviéndose hacia mí.

—Solo quiero que me ayudes a alejarme de él.— No le acuso de nada ni miento diciendo que me maltrata. No soy tonta. No quiero a la policía husmeando y liándolo todo ahora. Eso podría atraer la atención de Paul. Y lo único que quiero es una vida normal. Así que, si mandar todo a paseo y no decirle a Sven dónde estoy me concede eso, lo haré. Además, mi turno vuelve a ser de solo tres horas esta noche. Sarah puede llevarme a casa, y para cuando el patán del guardaespaldas se dé cuenta de que me he ido, tendrá que recorrer todo el centro comercial buscándome antes de tener que volver para decirle a Sven que me ha perdido.

—¿Va todo bien?— sisea ella, metiendo la llave en la puerta del almacén. Supe en cuanto la cogió que era la llave del almacén. La puerta cinco. Yo misma la usé un par de veces cuando alguna madre necesitaba un sitio para cambiar el pañal a su bebé, y otra vez cuando una mujer tuvo que usar los baños. No se suponía que ayudáramos, pero aún queda gente buena. Así que lo hice. Y esta mujer—Gretchen, según su placa—debe de tener un buen corazón también.

—Lo estará si consigo alejarme de él.— Sonrío de forma cortés y le entrego los vestidos mientras entro en el almacén. Ella mira a su alrededor, nerviosa, y señala la puerta del fondo. Hay paredes de estanterías que atraviesan la enorme sala, repletas de cajas con todo tipo de inventario. Una fina línea marcada por cinta amarilla a rayas indica el camino por el pasillo hasta la puerta trasera, que tiene una luz encima señalando que es una salida.

—Mira, cariño, ¿quieres que llame a un taxi?— Gretchen tiene una mirada bondadosa y un aire maternal. No me imaginé esto de ella al acercarme, pero la verdad es que me cae bien.

—De verdad, muchísimas gracias. Puedo pedir un Uber.— Mantengo el papel de nerviosa mientras avanzo por el camino que he recorrido cien veces hacia la puerta de atrás. Cuando la calidez del sol del atardecer acaricia mi cara y la puerta se cierra de golpe tras de mí, me siento en libertad. Solo hay que caminar cuatro manzanas hasta la cafetería y estaré en el trabajo.

Salgo por el callejón hacia la calle que cruza perpendicular a la del local. Tengo que mantenerme una manzana más al sur para evitar que Tucker dé conmigo cuando salga por la puerta principal a buscarme. Paso calor, llevo la ropa superpuesta porque debajo de la blusa blanca y la falda negra con volantes visto ya el uniforme de trabajo. Dejé mis zapatos en el trabajo hace dos días, así que cuando llegue al menos tendré algo más cómodo que los tacones, pero por ahora me duelen los pies.

Los cigarrillos los llevo enterrados en el bolso, debajo de la cartera y el móvil. Abro el bolso con una mano—las asas colgadas del hombro —y busco entre el contenido hasta encontrar los cigarrillos y el mechero. No soy una enganchada, pero disfruto de un buen pitillo de vez en cuando. No me siento a gusto fumando en casa de Sven. Nunca me ha parecido correcto fumar en las casas o coches de otras personas, así que estas semanas he estado deseando mi rato de fumar. Volver al trabajo unos días a la semana, lo admito, me ha ayudado mucho a calmar los nervios.

El tráfico es ligero, solo unos pocos coches pasan a toda prisa junto a mí, pero el flujo de peatones es el habitual para una calle de Nueva York. Camino con la cabeza baja, evitando mirar a los ojos a nadie mientras deslizo un cigarrillo de la cajetilla y lo sujeto entre los labios. La primera calada, justo cuando la llama prende, es el paraíso. Aspiro el denso humo y lleno los pulmones, notando cómo la nicotina me quita el filo del estrés de inmediato. Seguramente debería dejarlo, pero algunos placeres simples de la vida son esenciales, y este es el mío.

Dana me espera fuera, en la parte de atrás, cuando bajo por el callejón acabando mi cigarrillo. Da un chillido de alegría y salta un par de veces. Solo hemos coincidido en tres turnos desde que regresé, así que seguro que tiene algún cotilleo jugoso.

—Oh, Dios, ¡no te imaginas quién ha conseguido un ascenso! —me tiende mis zapatos de golpe y yo dejo caer la colilla al suelo y piso la brasa hasta apagarla.

—¿Quién? —pregunto, soltando el humo. El viento se lo lleva mientras cojo los zapatos. Lleva las uñas perfectamente hechas y los labios pintados de un rojo intenso y brillante. Está guapísima y me muero de envidia. Intento disimular mi manicura destrozada mientras me quito los tacones y meto los pies sin calcetines en las zapatillas.

—¡Yo! —exclama Dana, aplaudiendo y agachándose para agarrar mis tacones justo cuando intento atarme las zapatillas dando saltitos

sobre un pie—. Justo ayer. Ahora soy subdirectora, y como el jefe no está, ¡hoy toca fiest-*ón*! —Su manera exagerada de decir "fiesta" me hace soltar una carcajada. Se nota que está encantada con la noticia.

Me incorporo y le paso el bolso para poder quitarme la capa de ropa de más.—Enhorabuena. Me alegro mucho por ti.—Podría haber sido yo la ascendida. Trabajé el doble y nunca llegaba tarde, hasta que Sven me convenció para que me escapara con él. Ahora me toca apechugar. Pero no puedo estar enfadada. Dana se lo merece.—¿Te suben el sueldo también?—Pregunto mientras me quito la camisa y se la entrego, y ella la mete en mi bolso a la vez que intenta no perder el equilibrio con los tacones en una mano.

—Dos dólares la hora más.

Por dos dólares más la hora podría estar ahorrando muchísimo más rápido, así que me cabreo conmigo misma por no haber plantado cara antes. Falté esos días y ni siquiera llamé. —Está genial —le digo, feliz por ella y con una punzada de celos a la vez. Trasteo con la cremallera de la falda, pero se ha enganchado en la tela de debajo. No consigo soltarla, así que me giro.—Ayúdame —le pido, y me devuelve el bolso y los zapatos para poder arreglar la cremallera atascada.

—Vaya lata. Ojalá no tuvieras que hacer esto. —Tras unos segundos forcejeando, Dana me libera de la trampa de poliéster y me bajo la falda con cuidado, procurando que no arrastre por el suelo del callejón.

—No puedo dejar esto… —Recojo la colilla, deseando tener un poco más de tiempo para encender otro, pero ya es hora de empezar el turno. Meto la falda en el bolso y tiro la colilla en el cubo de basura, luego sigo a Dana hacia dentro, donde los clientes hambrientos esperan a que las camareras tomen nota de sus pedidos.

El turno transcurre como suele hacerlo una cafetería llena a la hora de la cena. Las propinas son una miseria; tengo clientes mandones y

maleducados y acabo hecha polvo cuando termina el turno y veo el coche de Sarah aparcar delante. Cuando salgo, cojo el bolso y los zapatos, me quito las zapatillas en la oficina del encargado y me encamino hacia la puerta principal, pero Dana me agarra del brazo.

—Estaba tan emocionada de contarte lo del ascenso que se me ha olvidado decirte que ese hombre ha vuelto a buscarte otra vez. — Sus ojos están serios y oscuros. Se la nota inquieta, así que, naturalmente, mi corazón entra en modo alerta.

—¿Qué hombre? —¿Ha venido Sven preguntando por mí? Pero si yo estaba en casa. ¿Por qué habría de buscarme si sabía dónde estaba?

—Sí, el raro ese que dijiste que era tu ex. Se pasó la noche entera merodeando por la puerta trasera. Tuve que llamar a los de uniforme para que lo echaran.

Trago saliva con dificultad. Está hablando de Paul. Ha venido a buscarme otra vez, lo que significa que quizá no estoy tan a salvo como creía. —Gracias, Dana. Iré con cuidado.—

El corazón me late a mil mientras salgo y me subo al coche de Sarah. Ella está distraída hablando de alguien nuevo en su trabajo a quien detesta, así que me cambio de ropa, de vuelta a la de la calle, y encajo mis pies doloridos en los tacones. Simulo tranquilidad mientras conduce, aunque me vendría bien uno o dos cigarrillos… o diez. Me tiemblan las manos al abotonarme la blusa y, para cuando Sarah me deja en casa de Sven, estoy a punto de tener un ataque de ansiedad. Solo entonces me pregunta qué me pasa, pero le digo que tengo que irme.

No puedo dejar que Sven tenga razón. No puedo mostrar debilidad, así que ¿por qué me tiemblan las rodillas y el estómago me da vueltas?

Dentro, Sven me espera. Está plantado en la entrada del dormitorio, con los hombros cuadrados y la mandíbula apretada.—Hola — murmuro, esperando que no mire dentro de mi bolso donde he

escondido el uniforme sucio que apesta a comida grasienta. Tropezando llego hasta la cómoda y dejo caer el bolso, luego me quito los tacones. Estoy agotada y aterrorizada. No tengo fuerzas mentales para soportar una bronca.

—¿Dónde estabas? —pregunta con severidad, y sé que sabe que he dejado tirado a Tucker.

—Pues… —contesto bruscamente, girándome de golpe. Soy una experta en fingir cuando hace falta. He interpretado este papel infinidad de veces con Paul. Con Sven me cuesta más, pero es lo que tengo que hacer. Solo necesito unos cuantos sueldos más y podré empezar de cero.—Si tu saco de carne inútil y torpe no se fuese de paseo mientras hago la compra, habría llegado a casa hace horas. —Doy largas, desviando su pregunta sin mentirle directamente... todavía.

Sven respira hondo y me observa con atención mientras me quito los pendientes y los dejo en la cómoda.—Ha dicho que entraste al probador y no volviste a salir.—

Me burlo, dándole la espalda mientras me desabrocho la blusa para que no me lea la expresión al mentirle.—Si no desapareciese cuando me cambio, no me perdería. Busqué por la tienda unos veinte minutos y luego llamé a Sarah. Fuimos a tomar un café. ¿Ahora puedo ducharme tranquila?—

La camisa resbala por mis brazos y cae al suelo, y bajo la cremallera de la falda, esta vez sin que se enganche la percha. Miro nerviosa de reojo el bolso, donde el uniforme de trabajo seguro que desprende un olor que me va a delatar. Si lo encuentra, estoy sentenciada. Empujo la falda sobre las caderas, dándome cuenta de que me estoy desnudando delante de él. Se me ocurre una idea—una forma de hacer que se olvide de dónde puedo haber estado… o no.

—¿Quieres unirte a mí? —pregunto, dejando que la falda caiga al suelo. Luego me quito las horquillas del cabello castaño rojizo y lo dejo caer sobre mis hombros, deshaciéndose del desordenado moño

francés. Él gruñe, y sé que se lo está pensando. Así que cuando desabrocho el sujetador y me lo quito, sé que ya le he enganchado. La prenda de encaje cae al suelo y mis pezones se endurecen con el frescor del aire acondicionado, después de haber estado empapados en sudor toda la noche. No me doy la vuelta para mirarle. En su lugar, camino con seguridad hacia el baño y abro el agua, dejándola correr hasta que esté bien caliente y empañe los cristales de la ducha.

Percibo cómo entra en la habitación justo cuando me inclino para quitarme las bragas y le miro por encima del hombro. Hay un bulto en sus pantalones y sus manos se apresuran a despojarse de la ropa. Con una media sonrisa, sabiendo que me he salido con la mía un día más, entro en la ducha y, instantes después, él está allí, colisionando contra mí.

Las manos de Sven recorren mi cuerpo, acariciando mis tetas y pellizcando mis pezones antes de deslizarse entre mis piernas y frotar mi clítoris. Sus labios buscan los míos con ansia, bebiendo de mis besos mientras el agua resbala por nuestros cuerpos. No es que tenga muchas ganas después de mi turno tan estresante, pero si esto le impide sospechar de mí, haré lo que tenga que hacer. Además, su polla se siente increíble y no me importa tener un orgasmo para calmarme cuando no puedo fumarme un cigarrillo.

—Has estado fumando —gruñe, atrapándome contra la pared de la ducha.

—Tú has estado bebiendo —replico. El suave aroma a whisky en sus labios es dulce. Y tentador.

Llevo mi mano entre nuestros cuerpos, cogiéndole la polla y acariciándola de arriba abajo. Ya está durísimo, como si hubiese estado esperando que yo llegara a casa solo para hacerme esto. Es halagador que me desee de esta manera.

—Dime que has estado pensando en mí —exige, sujetando mis muñecas y levantándolas por encima de mi cabeza.

—He estado pensando en ti —digo sin aliento, intentando imitar su gruñido.

—Buena chica —dice, apartando mi pelo mojado para besarme el cuello. Gimo, aunque me hace sentir sucia el disfrutarlo. No soy una cualquiera. No lo soy. Pero puedo fingirlo por él.

—He estado pensando en ti toda la noche —le digo, arqueando la espalda contra los fríos azulejos de la pared.

—Quiero oírlo —dice despacio.

—Pues pensaba en lo mucho que quería tu polla en mi boca —susurro con voz ronca y provocadora—. Quería mamártela hasta que te corrieras por toda mi cara. Nunca se me pasó por la cabeza, pero él no lo sabe.

Él gime, su polla se estremece en mi mano. —Has sido una chica mala toda la noche, ¿verdad? Cada vez que tensa los músculos, su polla salta. La aprieto y acaricio, sacándole una gota de preseminal en la punta.

—Lo siento —digo—. Intentaré portarme mejor.

—Voy a conseguir que lo lamentes —responde. Me aparta la polla de la mano y la presiona contra mi hendidura mojada, deslizándola arriba y abajo hasta que casi le suplico que me folle. Cada vez que la cabeza de su polla roza mi clítoris, me recorre una oleada de excitación. El agua resbala sobre nuestra piel, haciendo que se deslice fácilmente entre mis muslos. Es una tortura; le quiero dentro de mí.

—Por favor, fóllame —suplico. Es mucho más fácil decirlo sin mirarle a los ojos. No estoy segura de qué es más humillante, si suplicarle que me folle o mirarle a los ojos mientras lo hago. O quizá sea que realmente le deseo—cuando solo inicié esto para quitármelo de encima. Da igual, su polla se desliza dentro de mí, llenándome y arrancándome un gemido.

—Dime en qué pensabas cuando estabas ausente —dice, moviéndose dentro y fuera de mí. Su grosor en este ángulo estira mi coño y es una sensación gloriosa. Gimo de placer. Sus manos me agarran las caderas con destreza, inclinando mi pelvis lo justo para que su cuerpo me frote el clítoris con cada embestida.

—Estaba pensando en ti —respondo—. Estaba pensando en lo mucho que quería mamártela.

—Eso es —dice él—, estabas pensando en chuparme la polla porque eres mía.

Gimo, apoyando la espalda contra la pared para no perder el equilibrio. Sus palabras logran excitarme, o quizá sea solo su voz. Quizá sea adicta a la forma en que me habla.

—Soy tuya —gimo—. Soy toda tuya.

—¿Ah, sí? —dice—. Dime para qué eres mía.

—Soy tuya para follar —respondo.

—Eso es. Eres mía para follar.

—Soy tuya para follar —repito—, y puedes hacer conmigo lo que quieras. Le araño la piel, desesperada por sentir cómo las olas del orgasmo recorren mi cuerpo.

—Eso es —dice. Acelera el ritmo, embistiendo con más fuerza, su polla deslizándose dentro y fuera de mí. Puedo oír el chapoteo del agua golpeando nuestros cuerpos y cayendo al suelo. Levanto la pierna y él me sujeta bajo la rodilla, y casi me corro en ese instante. El nuevo ángulo es intenso. —Puedo hacer contigo lo que quiera, ¿verdad?

Asiento. No estoy segura de si puedo hablar. Los gemidos han tomado el relevo.

—Dilo —me ordena—. Dime que eres mía para hacer contigo lo que yo quiera.

—Soy tuya… para que hagas… lo que quieras conmigo —digo deprisa, jadeando entre frase y frase—. Soy tuya para que hagas lo que quieras conmigo —repito, esta vez con la voz más alta, desesperada. Le necesito.

—¿Sí? —responde.

—Sí —respondo.

—¿Eres mía para casarme contigo? —gruñe, y contengo la respiración, arañando su piel mientras mi coño se contrae en torno a su grosor.

—¿Eres mía para quedarte? —dice, y gimo al sentir cómo me embiste con fuerza y comienzo a perder el control.

—¿Eres mía para follarte? —pregunta, y caigo sobre el abismo del placer, mi cuerpo se retuerce y estremece contra el suyo, cada espasmo de mi coño enviando una nueva oleada de placer a través de mí. Cuando su calor me inunda, gruñe y me muerde el hombro, sin molestarse en apartar los mechones mojados. Sus dientes pellizcan mi piel y se me escapa un grito, pero estoy demasiado ocupada temblando a su alrededor como para detenerle.

Puede que esta noche le haya distraído para que no siguiera insistiendo con el tema, pero dudo tener tanta suerte mañana. Tengo que tener más cuidado. Quizá necesite un plan mejor.

18

SVEN

Me aclaro y le doy a Allie una buena palmada en el culo—lo suficientemente fuerte como para dejar la marca de mi mano en su nalga izquierda. Ella ahoga un grito y luego se ríe, dándome la espalda, y yo la dejo ahí para que se duche. Está ocultando algo, usando el sexo como una manera de tapar sus mentiras y su comportamiento engañoso. Si no fuera a mí a quien está mintiendo, tendría que admitir que me sentiría hasta impresionado por lo bien que se le da la táctica. Me seco y me visto mientras no dejo de maravillarme de que esta mujer es mi media naranja y ni siquiera lo sospecha todavía.

Estaba convencido de que iba a montar un número cuando ese cura dijo mi apellido la semana pasada, pero Allie ni siquiera parpadeó. Puede que el nombre Gusev no signifique nada para ella. Si es así, está muy alejada del mundo del crimen organizado, lo cual no es necesariamente malo. Solo implica que el día que por fin le explique quién soy y a qué me dedico, el shock será todavía mayor. Simplemente espero el momento de desvelar mi verdad, cuando resulte más conveniente, del mismo modo que ahora mi protección parece el mal menor.

Vestido y ya con un propósito claro, me encamino a mi despacho. De camino, le mando un mensaje a Tucker para que regrese a la oficina, situada en el extremo noroeste de mi casa. Esta noche ya ha tenido bastante conmigo por haberla perdido en ese centro comercial y, después de escuchar su versión, sé que no ha sido culpa suya. Ahora le encargaré otra cosa. Es algo que podría hacer yo mismo, pero quiero dejarle claro quién manda. Dominic quiere que todo el mundo pase el filtro, y aunque confío plenamente en Tucker como mi mano derecha, tengo que ponerle a prueba.

Está esperando cuando entro, pero al menos tiene el detalle de aguardar fuera de mi puerta. —Jefe —dice, abriéndome la puerta. Le esquivo y voy directo a mi mesa, donde enciendo la lámpara. La antigua lámpara Tiffany de concha de tortuga ilumina la estancia, que huele a cuero y whisky, dos de mis cosas favoritas. Me siento tras el escritorio y señalo la silla vacía frente a mí, donde Tucker toma asiento y retuerce el sombrero entre las manos.

—Hoy la has cagado —comento, metiendo la mano en el cajón del escritorio, un bloque de madera de los años 1800 que pesa más de ciento ochenta kilos. Hicieron falta tres hombres fornidos para mover este chisme hasta aquí, pero tiene un aire de la Guerra de Secesión que no he encontrado en ninguna otra parte. Me encanta.

Tucker agacha la cabeza, avergonzado, y aprieta aún más su sombrero entre los dedos. —Lo siento.

—Te voy a dar la oportunidad de redimirte —digo, sacando la pequeña baliza de rastreo y colocándola sobre la mesa. Mi móvil se conecta automáticamente a la señal cuando la activo, así que solo tengo que abrir la aplicación y pulsar un botón para saber en todo momento dónde está ese diminuto chip. Se la acerco y me echo hacia atrás; él la coge.—Mañana, cuando lleves a Allie adonde quiera que te pida, metes esto en su bolso.

—¿No podrías meterla tú esta noche? —Su pregunta tiene todo el sentido. Podría hacerlo yo. O él podría hacerlo por mí. Además, si

vacía el bolso y descubre que he colocado algo dentro, lo dejará abandonado.

—Hazlo. Y si desaparece, llámame enseguida. Así de sencillo —digo, entrelazando los dedos sobre mi estómago. Él se encoge de hombros.

—Parece una tarea fácil, Sven. No lo entiendo —comenta, enderezándose en la silla, liberándose en parte de la vergüenza que pesaba en su cuerpo alto y delgado.

—Mira, no me cuestiones. Dominic quiere que todos estén controlados. Yo confío en ti. Esta es tu misión. Hazlo bien y seguiremos como hasta ahora. Ahora sal, tengo cosas que hacer.

Tucker se pone en pie y se encasqueta el sombrero antes de salir de mi despacho. Con Red fuera y mi única opción de información siendo Jimmy "El Desastre" Slater, me he visto obligado a rebuscar a fondo. Necesito llamar a un amigo en la comisaría, alguien en nómina de mi padre con quien preferiría no tratar, pero que sin duda puede ayudarme. No quiero que los agentes descubran en qué ando metido, pero no tengo más remedio.

Saco el móvil y marco su número, guardado en mi teléfono por defecto como contacto por si alguna vez me meto en líos. El tipo antes patrullaba a pie, pero ahora está en antiterrorismo y tiene acceso a la tecnología más puntera y a toda la información policial disponible. Lo que más odio del mundo son los polis.

—¿Hola? Aquí el sargento Monroe. —Incluso su voz me crispa los nervios, como uñas arañando una pizarra.

—Sí, soy Gusev… —Dejo que el nombre retumbe en sus oídos un par de segundos antes de continuar. Mi nombre—el de mi padre—tiene peso y la gente lo sabe. Allie parece la excepción, pero me divierte su ignorancia al respecto ahora mismo.

—Dominic, me alegro de oírte.

—Sven. —Soy brusco y lo sé. No voy con rodeos. —Necesito información.

—Ah, sí, perdone. Señor Gusev, disculpe la confusión. —Me encanta cómo se retuerce. Es entretenido. Puede que no sea el Pakhan, pero tengo autoridad y ser el zapato a punto de aplastar una cucaracha sienta muy bien.

—Mira, necesito información sobre Paul Hensley y Allie Clarke. Él tiene antecedentes; lo sé. Solo que no sé cuáles. —Espero su respuesta y oigo movimientos de fondo. Es tarde. Sé que no está trabajando, pero me da igual. Cuando uno está a sueldo de la Bratva, debe cumplir cuando se le exige.

—Un segundo —murmura, y oigo toqueteos y luego tecleo—. ¿Número de la seguridad social? ¿Carnet de conducir?

Aprieto los dientes. Por supuesto que no tengo nada de eso; ni siquiera sé cuándo es el cumpleaños de Allie. —Solo sé que tienen un hijo juntos que se llama Rico.

Tras unos segundos de silencio, oigo más tecleo y Monroe se aclara la garganta. —Parece que tiene un delito de conducir ebrio. Sin órdenes de arresto, aunque está relacionado con un par de casos de violencia doméstica. —Más silencio y más tecleo—. Ella no tiene nada, solo unas multas de aparcamiento impagadas de hace siete años. Hay una nota en su expediente de varios hospitales donde los médicos sospechan que es víctima de malos tratos, pero nunca puso denuncia.

Ya me lo imaginaba; Allie, con la ayuda delante, y sin aceptarla. Realmente teme por su vida con ese cabrón, lo que me da aún más ganas de pillarle. —Necesito saber más sobre él. Lo que sea que sirva para cazarle. Tengo que encontrarle ya.

—Señor —dice, y suenan más teclas de fondo—, el señor Hensley está relacionado con un robo a mano armada y un intento de apuñalamiento, pero nunca conseguimos el arma para hacer pruebas

balísticas. En cuanto al apuñalamiento, eso fue hace solo tres semanas y el hombre sigue recuperándose. Apenas salió vivo de la operación. Estamos esperando a que despierte para poder identificar al atacante. Si resulta ser Hensley, podríamos—

—¡Ubicaciones! —lo corto de golpe. No tengo tiempo para titubeos. Sé que ese tipo es basura y hay que tirarla; solo necesito saber dónde encontrarlo.

—El apuñalamiento fue en la esquina de la Noventa y Cuatro con Broadway. El intento de robo, a tres manzanas de ahí, en la Noventa y Uno con Amsterdam.

—¿Dónde vive? —Respiro hondo, intentando calmar el corazón desbocado. Por esto mismo necesito a Red. Él se encarga de estas mierdas por mí y así yo no acabo tan mal. Tamborileo los dedos sobre la mesa mientras espero la respuesta.

—No tiene dirección conocida, aunque la última registrada fue hace seis meses, en el Lower East Side.

—Consígueme más detalles. Llamaré mañana. —Cuelgo antes de que pueda poner excusas. Mientras me sube la rabia porque Paul realmente se ha esfumado, meto el móvil en el bolsillo y me pongo en pie. Ya no puedo seguir perdiendo tanto tiempo en buscarle. Tengo que volver a enderezar el negocio de envíos, lo que significa contratar empleados de verdad y seleccionar bien a los que trabajen en nuestro arsenal. Esas dos cosas no pueden mezclarse demasiado porque la ETT no ve con buenos ojos buscar traficantes de armas, y los que quieren trabajar honradamente empaquetando pescado no quieren tratar con la mafia. Es un verdadero quebradero de cabeza.

Apago la lámpara y vuelvo al dormitorio. Seguramente Allie ya estará durmiendo en la cama, otro truco para evitar mis preguntas. No pasa nada. Mañana simplemente la seguiré con el pequeño localizador que Tucker pondrá en su bolso. No necesito sacarle información esta noche. Sospecho que se escabulle para ir a trabajar, lo cual me cabrea, pero al menos no me está engañando

con otro. Aun así, tengo que saberlo. Dominic me cortará el cuello si Allie es el eslabón débil.

Cuando paso por el vestíbulo veo que las luces siguen encendidas en la sala de juegos, así que subo las escaleras. Rico mira la pantalla como un zombi, con Odin en el sofá a su lado. La cola de Odin se agita cuando doy unos pasos en la habitación, pero él ladea la cabeza con desgana, como diciendo que no piensa dejar a su chico. Me gusta que haya hecho suyo a Rico. Me parece apropiado que mi mascota y el hijo de Allie hayan creado un vínculo.

—Eh, chaval, es tarde. Deberías estar durmiendo.— Me apoyo en el marco de la puerta y él parpadea lentamente antes de mirarme. Puedo ver el cansancio en sus ojos. No sale nunca de esta habitación salvo para comer, y la mitad de las veces se trae la comida aquí.

—Mamá ya me lo ha dicho.— Incluso su voz revela lo agotado que está. —Solo una partida más.—

—Creo que ya es suficiente.— Me acerco y le cojo el mando de las manos con cierta resistencia, y él bosteza. —Sé que te gustan estas cosas, pero si sigues mirando una pantalla todo el día, todos los días, se te van a estropear los ojos.—

Rico se levanta y se estira. —He sacado a Odin al jardín a jugar antes. No he estado todo el día con el juego.— Pasa junto a mí, sus dedos tamborileando en su costado, y Odin salta del sofá y le sigue por el pasillo. Apago la televisión y le sigo, apagando las luces al salir de la sala de juegos.

—¿Puede venir Jordan a jugar? Le van a gustar los juegos. Nunca pude invitarle a nuestro piso porque siempre quiere jugar a videojuegos y yo no tenía mi propio juego.— Rico arrastra los pies cubiertos con calcetines por el suelo brillante. Cada vez me recuerda más a mí mismo, y me doy cuenta de que, en el fondo, de verdad empiezo a desear ser padre. Jamás habría imaginado que querría algo tan normal, tan alejado de la mafia, pero lo quiero.

—Claro, creo que podemos arreglarlo.— Le acompaño hasta su habitación y él apoya la mano en el pomo de la puerta.

—¿Puede dormir Odin conmigo? Sé que Gerard siempre le manda dormir abajo, pero le gusto.— Sus ojos soñolientos y el pelo revuelto le hacen parecer adorable. No puedo resistirme.

—Por supuesto, solo deja la puerta abierta por si necesita salir a escondidas para usar el árbol.— Empujo la puerta y le hago una señal a Odin para que entre. Es un perro guardián muy bien entrenado, pero veo que Rico está sacando a relucir su lado más protector y tierno. Odin no duda en saltar a la cama de Rico, encantado. —Buenas noches, chaval.—

—Eh, Sven?— dice Rico, quitándose la camiseta. La usa para frotarse los ojos y luego me mira, parpadeando, con sus ojos cansados.

—¿Sí?— Me quedo un instante en la puerta.

—Gracias por dejarme quedarme aquí. Me gusta. Creo que a mamá también le gusta. Solo quiero que ella quiera quedarse.—

—Yo también quiero que se quede, chaval. Buenas noches.—

Cuando bajo otra vez a mi habitación, yo también estoy listo para dormir. Entro y me doy cuenta de que tengo razón. Allie o es muy buena fingiendo que duerme, o se ha obligado a desconectarse para evitarme. Me quito la ropa y me meto en la cama a su lado. Al hacerlo, la acerco a mi pecho. Sigue desnuda, su cuerpo aún húmedo de la ducha. En realidad está dormida.

El trabajo debe de haberla dejado agotada y ojalá las cosas no fueran como son. Me gustaría haber escuchado cómo le fue el día, celebrar sus triunfos y lamentar sus fracasos con ella. Simplemente, no sé cómo dejarla salir ahí fuera, a un mundo donde solo le esperan cosas horribles.

Mientras la tengo entre mis brazos, pienso en mi madre. Se suicidó. Yo no vi nada, ni la sangre ni siquiera su habitación después. Dominic se llevó la peor parte de aquel trauma psicológico en la familia. Pero sé cómo me sentí cuando simplemente desapareció. Estaba aquí; y luego, no. No voy a permitir que eso me ocurra de nuevo. Allie es mía, y aunque no entiendo por qué se ha convertido en la piedra angular de mi corazón, así es. Solo tiene que hacer el maldito favor de escucharme para que yo pueda mantenerla a salvo. Porque si ese cabrón la mata, o le hace daño aunque sea un pelo, esta vez no voy a volver a ser el mismo.

¿Dominic cree que ahora mismo estoy un poco fuera de control? ¿Cómo se sentirá cuando me convierta en *John Rambo* y arrase esta ciudad dejando salir hasta el último vestigio de rabia que llevo acumulada porque alguien ha amenazado o dañado a Allie Clarke?

19

ALLIE

La manera en que Sarah come sus patatas fritas es ridícula, las moja en su batido de chocolate. Nos sentamos en la mesa de picnic detrás del restaurante para cenar, ya que Sarah tiene la noche libre. Hacía días que no habíamos tenido la oportunidad de quedar porque he estado trabajando, y como la verdad es que ella suele ser mi excusa para salir de casa la mayoría de los días, siento que tengo que pasar tiempo con ella para tranquilizar mi conciencia culpable.

—Eso es asqueroso —le digo, comiendo mis patatas fritas de la manera normal, con kétchup. Ella se ríe entre dientes y se encoge de hombros, masticando su invento con total tranquilidad. Es una noche cálida. Las patatas y los batidos son justo lo que necesitamos, pero aún me queda una hora de trabajo antes de pensar en una buena excusa sobre con quién he estado y por qué dejé tirado a Tucker antes en el supermercado. Tenía pensado usar a Sarah de excusa una vez más, ir a su casa durante unas horas antes de venir al trabajo, y luego volver a colarme antes de que Tucker viniera a recogerme, pero Sven me pidió que me quedara con él un rato más esta tarde. No tenía ninguna razón de peso para evitar estar con él, y cuando por fin salí de allí, Sarah ya estaba en su turno de trabajo

al final de la calle. Me vi obligada a mentir y decir que necesitaba tampones y que Tucker tenía que llevarme a la tienda.

—¿En qué piensas? —pregunta ella, llevándose otra patata frita bañada en helado a la boca. Suspiro y me limpio los dedos, llenos de grasa y sal.

—Estoy harta de tener que andar con escondites. Quiero que esto sea mi vida de verdad y no tener que mentir. A ver, Sven está bien. El sexo está bien. Me deja hacer prácticamente lo que quiero en casa. Estoy ahorrando suficiente para que, si las cosas siguen bien, pueda irme de aquí en sólo unas semanas, pero el estrés me empieza a pasar factura. —Arrugo la caja de las patatas y la tiro al cubo de basura detrás de mí y cojo mi batido para darle un sorbo con la pajita.

—¿A qué te refieres? —Las patatas de Sarah casi se han acabado, lo que significa que tendrá que volver a trabajar pronto. Y eso implica que yo también tendré que volver y terminar mi turno. Esta noche no tengo preparada ninguna excusa lógica. Sólo sabía que si no me presentaba en el trabajo, me despedirían.

—Quiero decir, anoche Sven casi me pilla en una mentira. Salí de Gimbels y me vine a trabajar, dejando a su guardaespaldas allí. Cuando volví, tuve que usar el sexo como distracción para evitar que me preguntara cosas sobre las que tendría que mentir. Soy una pésima mentirosa. Y él lo sabe.

Sarah se ríe y levanta las cejas. —¿Y qué tal fue? —Por supuesto que quiere detalles sobre mis aventuras sexuales porque ella no está teniendo ninguna.

—Que no me malinterpretes, hacerlo en la ducha es una pasada. —Me río y continúo—. Pero no quiero sentirme culpable por mentir.

—Entonces no te sientas culpable. Haz lo que tengas que hacer. —Se encoge de hombros y tira su basura a la papelera—. ¿Qué daño hay en eso?

—No sé… Es que tengo la sensación de que Sven puede ser más peligroso de lo que pensamos. —Muerdo mi labio. Sé que ya le he dado vueltas a esto con ella y me dijo que le diera una oportunidad, pero sigo sin estar cómoda sin saber nada de él. Hay cosas que no cuadran.

—Te lo he dicho ya. Nunca te ha puesto una mano encima. ¿Eso no significa nada? Paul te dejó hecha polvo y trató de secuestrar a tu hijo. —Se levanta, se sacude los pantalones y coge su bebida.

Algo me punza la conciencia. En la boda sentí que estuve a punto de sacar algo en claro de Sven, pero cuando pulsé el botón equivocado, se puso irracional, incluso insistente. Puedo ver que tiene un problema de control de impulsos y muchísima rabia contenida. No sé lo suficiente de él como para justificar sus mecanismos de defensa, como harían otras mujeres. Puede que le maltrataran, o que viera cómo disparaban a su hermano o algo por el estilo. No lo sé. Lo que sí sé es que tiene sus cosas.

Lo que también sé es que es muy reservado. Lo único que sé de él es lo que me contó un cura. Su apellido es Gusev, o al menos así lo deduzco. El cura llamó "señor Gusev" a su hermano, así que tiene sentido que Sven lleve el mismo apellido, y eso podría ser una pista para saber en qué me estoy metiendo realmente.

—¿Qué pasa? —pregunta Sarah, esperando. Sé que le quedan apenas unos minutos, pero ella conoce esta ciudad mejor que yo. Quizá sepa si el apellido tiene algún significado.

—Pues he oído al cura en la boda del hermano de Sven llamarle señor Gusev. —La miro a la cara y suspiro. Veo en su rostro un destello de terror antes de que se lama los labios—. ¿Sabes algo de los Gusev?

Se deja caer de nuevo en el banco de la mesa de picnic y mira hacia la puerta del restaurante, entreabierta con un ladrillo para que pueda volver a entrar. Se inclina, bajando la voz. —Tía, ¿tú te crees que Sven es un Gusev?

El corazón me da un vuelco y empiezo a notar cómo se acelera. —¿Eso es malo? —pregunto, ahora pasándome la lengua por los labios. Quiero otro trago de mi batido para quitarme la bola de algodón que siento en la garganta.

—Eh, ¿no has oído hablar nunca de la Familia Criminal Gusev? Tía, son la mayor organización criminal de la ciudad. Bratva… ¿rusos? —Sarah me mira como si fuera tonta por no saberlo, pero nunca había oído nada sobre eso. Cuando era más joven, sólo me interesaba mi vida, la moda, el colegio, salir con chicos. Y después de Paul, lo único que he podido hacer es huir. La vida nunca me dio tiempo a parar y prestar atención a las noticias ni a las cosas que pasaban en la ciudad.

—No… —No puedo creerlo. Me niego a creer que estoy viviendo bajo el techo de un criminal famoso—. Es que Sven no haría eso…

—Para. Escúchate. Se llama Sven. Suena de lo más ruso, ¿verdad? —Vuelve a levantarse y retrocede un paso—. Me tengo que ir a trabajar. Si hubiera sabido quién era ese tipo desde el principio, jamás te habría animado con él. Tienes que alejarte rápido de ahí, tía. Vente a mi casa. Trae a Rico. Tengo un hueco en el ático que puede usar como cuarto. Tendremos que buscarle un aire acondicionado, pero con la ola de frío que viene ahora seguro que está fresco unos días.

—¡Espera, Sarah! —grito, poniéndome en pie, pero ella sigue retrocediendo.

—Voy a llegar tarde. Solo digo que, por favor, hazme caso. Ven a quedarte conmigo. —Y entonces desaparece, gira la esquina deprisa para volver al trabajo, y yo me quedo plantada con un envase de batido vacío y la boca seca.

Tiro el envase y me estremezco de miedo mientras vuelvo a entrar en la cafetería. No quiero creer que Sven sea ese hombre, que su familia sea esa familia, pero sé que todo encaja. El hombre desangrándose, su pelea en el bar, la forma en que mataron a su

primo, el hecho de que el cura temblaba ante él y su guardaespaldas sacó una pistola sin que él ni siquiera pronunciara una orden. Me paso la mano por el pelo y me doy cuenta de que estoy helada, la ansiedad apoderándose de mí.

Paul es letal. Lo sé. Pero Sven también lo es, probablemente peor. Mi instinto ha estado en lo cierto todo el tiempo. Necesito alejarme de él; simplemente no sé cómo hacerlo y mantener a salvo a Rico al mismo tiempo. Sven me ofrece la protección que necesito a cambio del sexo más increíble que jamás habría imaginado. No parece un mal trato… hasta que tienes en cuenta que voy a casarme con un mafioso.

—¿Te pasa algo? —pregunta Dana cuando entro. —Estás blanca como un fantasma.

—No... N-nada —balbuceo, mirando los platos de comida preparados para servir.

—Bien, esto va a la mesa cuatro. Este, a la ocho. Te necesito ahí fuera. —Dana empuja una bandeja hacia mí y coge la suya, y yo me quedo temblando mientras observo la comida.

Mi mente es un torbellino de confusión. Durante las últimas semanas, de verdad me he adaptado a la vida con Sven. Hemos tenido nuestras diferencias, claro, pero estoy cómoda. Me he sentido más segura con él en este tiempo que en toda una década. Y no es solo cuestión de sexo. Su presencia imponente me tranquiliza. No le tengo miedo—ni a él ni a nadie—cuando estoy a su lado. Ningún hombre me ha hecho sentir así antes. Me gusta esa sensación.

¿Pero la mafia? ¿La Bratva? ¿Es uno de ellos? ¿Y cómo puedo aceptar criar a mi hijo en esa familia? Rico merece una vida sin sangre ni delito. No quiero que mi niño acabe siendo un pandillero, recibiendo disparos o matando gente. No puedo. Necesita libertad para ser lo que quiera, y la familia de Sven es peligrosa.

Pero Paul... dios. Si Paul pone las manos en Rico, la única vida que le espera será huir de la policía, de las drogas y de las prostitutas. ¿Y quién me asegura que Paul no va a matarme y maltratar a Rico por el camino? No es una buena persona. Debería estar entre rejas; simplemente no le han pillado por todo lo que ha hecho. Estoy a punto de romper a llorar cuando Dana irrumpe de nuevo en la cocina, frunciendo el ceño.

—Allie, que seamos amigas no significa que puedas escaquearte. Ahora soy tu jefa. ¡Tienes que ponerte a trabajar! —Su tono está cargado de enfado con un toque de reproche. Parpadeo para contener las lágrimas y levanto la bandeja, equilibrándola sobre el hombro. Luego retrocedo hasta la puerta batiente y salgo al comedor. Dana ni siquiera debería estar sirviendo mesas, lo que me demuestra cuánto quiere ayudar. He estado pasando demasiado. Intento apartar mis sentimientos y centrarme en el trabajo, pero en cuanto dejo el último plato de la bandeja frente a un cliente, veo a Sven entrar con Tucker. Está enfadado.

Coloco la bandeja bajo el brazo y me doy cuenta de que Dana me observa con mala cara. —Perdona —le susurro con los labios mientras pasa junto a mí.

—Dos minutos, ni uno más. —Su hombro choca con el mío y casi se me cae la bandeja, pero consigo sujetarla y me dirijo hacia él.

—Vamos a sentarnos —dice él, pero yo me planto junto al atril.

—No puedo —le espeto entre dientes—. Estoy trabajando. —Tucker me fulmina con la mirada mientras se marcha y Sven me agarra del codo con tanta fuerza que sé que me va a dejar un moratón.

—No te lo he pedido. —Me obliga a sentarme en un banco y dejo la bandeja sobre la mesa. El cuero rojo chirría cuando nos sentamos. Estoy realmente incómoda, pero curiosamente me siento tranquila; no tengo nada de miedo, aun sabiendo quién es ahora.

—Sé quién eres —suelto de golpe—. Sé quién es tu familia.

Alza las cejas. Espero que estalle, que se enfade y grite. Pero ni siquiera sube la voz.

—Entonces sabes cómo puedo protegerte. —Su mirada firme me deja atrapada, escudriñando mi corazón hasta lo más hondo. Hay compasión ahí, bien oculta. Un hombre como Sven no muestra emoción, ni empatía, ni amor. Pero cuando le miro, puedo verla, lo que hace aún más difícil lo que tengo que decir.

—¿Así que me hiciste seguir? —Estoy molesta, pero no sorprendida. Lo veía venir.

—Seguir no, rastrear. Tengo un micrófono en tu bolso. —Pasa la lengua por los dientes y suspira—. Mira, Allie, solo intento protegerte, como me pediste. Yo quiero una esposa; tú quieres seguridad. Salimos ganando los dos. —Cruza las manos delante de sí y se inclina sobre la mesa. Está a punto de decir algo cuando Dana se acerca.

—Allie, necesito que vuelvas al trabajo. Y tú, tienes que irte. —Recoge la bandeja vacía y lanza a Sven una mirada de odio, que abre el abrigo y le enseña el arma. Otra vez, nada sorprendente. Ahora que todo ha encajado en mi cabeza, ya nada de lo que haga me sorprende. Está acostumbrado a salirse con la suya porque es el dueño de esta ciudad.

—Lárgate o llamo a la policía. —Dana se marcha pisando fuerte y yo sollozo.

—Necesito este trabajo, Sven. Tengo que volver. —Las palmas me sudan. La gente me observa. Seguramente saben quién es este tipo y yo he sido tan ciega todo este tiempo.

—No necesitas trabajar, Allie. Yo me encargaré de todo lo que necesites.

Me pongo de pie, arreglándome la falda. —No lo entiendes, ¿verdad? Dejé a Paul porque hacía cosas como las que hace tu

familia. No quiero criar a mi hijo rodeada de criminales. Ya no puedo aceptar tu protección. Me iré a casa de Sarah.

Él también se levanta y ahora el dolor le asoma a la frente, donde se le marcan profundas arrugas, y a sus labios, que se tensan en una mueca de rabia. Sigo sin tenerle miedo. Nunca me hará daño. Para él, soy su tesoro, más valiosa que todo el oro del mundo. Lo veo en su mirada.

—No puedes decir eso en serio.

Una sirena a lo lejos aúlla y me tenso. —Será mejor que te vayas.

—Te llevo a casa cuando termines.

Sven sale rápidamente de la cafetería y yo hago el camino de la vergüenza de vuelta al comedor para terminar mi turno. Sé que me espera una bronca cuando llegue a casa, pero al menos he dejado clara mi postura. Aunque se me rompa el corazón por dentro. ¿Por qué me duele dejar a Sven? ¿Por qué siento que era importante para mí? No significaba nada para mí—solo era sexo y protección. ¿Verdad?

—Espabila, Allie. Vuelve al trabajo. —Dana ahora está siendo implacable, y lo entiendo. Ahora sí que mi puesto corre peligro. Necesito cobrar estos últimos sueldos y largarme de este sitio de una vez. Paul no es seguro. Sven no es seguro. Y si ellos no lo son, Rico tampoco lo será.

20

SVEN

No me puedo creer que sea tan insolente. Me planto entre ella y su maleta después de llevarla a casa en coche, y aun así se niega a escucharme. —Quítate de en medio, Sven. Ella trata de esquivarme, pero yo también me muevo, bloqueando su paso.

—No te vas a ir. —No puede. No voy a permitirlo. Esta es su casa ahora. Debería haber obligado al cura a seguir adelante, casarnos en ese mismo instante. El corazón me late a mil, la rabia me bombea el pulso hasta las nubes.

—Muévete de mi camino y déjame hacer la maleta. Ya te he dicho que esto se ha acabado. —Vuelve a rodearme y abre la maleta, metiendo un montón de ropa dentro. Mi insistencia y mis órdenes no surten efecto. Si no cambia de opinión, me veré obligado a impedir físicamente que se vaya, algo que juré no hacer. No pienso ponerme físico con ella como hizo aquel cabrón.

—Vale, bien, puedes trabajar. Te pondré un guardaespaldas. —Si eso es lo que quiere, lo usaré a mi favor. Pondré a Tucker a vigilarla, dejaré que haga sus turnos en el restaurante. Tal vez eso saque a Paul de su escondite y tenga mi oportunidad con él. Dios sabe que,

si Monroe no le encuentra primero, va a hacerle daño a otra persona. Tengo que tomar medidas drásticas.

—No. Te agradezco el intento, pero simplemente no puedo. Mi hijo se merece algo mejor. —Vuelve a la cómoda y me doy cuenta de lo mucho que se ha instalado aquí. Otro montón de ropa comprada para ella y ya no cabe en la maleta.

—¿Mamá? —La voz de Rico en el umbral nos detiene a los dos en seco. Llevamos un rato gritándonos y él parece asustado. —¿Estás bien? ¿Por qué estás enfadada? —El labio inferior le tiembla y Allie corre hacia él, abrazándole la cabeza contra su vientre.

—Oh, cariño, no estoy enfadada. ¿Vale? —Le rodea la cara con las manos y le hace mirarla—. Nos vamos a quedar en casa de Sarah unos días, ¿de acuerdo? Ve y mete tus cosas en una bolsa.

—¿Qué? No. Aquí me gusta —protesta, retrocediendo—. Sven, haz que pare.

El corazón se me encoge. Recuerdo lo que es sentir esa sensación, la tristeza y el amor. Yo también fui un niño con el corazón rebosante de emociones y compasión. Ahora soy una máquina de matar. Es lo único que conozco. Entiendo de órdenes y respeto, represalias y victorias. No sé qué decirle. Solo puedo quedarme mirando a una madre abrazando a su hijo con el corazón roto.

—Venga, haz la maleta ya. —Le da un empujoncito para que salga y él me suplica:

—Sven, por favor. No quiero irme. Aquí me gusta. —Rico solloza, lágrimas como lagrimones de cocodrilo rodando por sus mejillas.

—Venga, hazle caso a tu madre. —Suelto un suspiro, todavía creyendo que puedo frenar todo esto. Si no consigo otra cosa, al menos pienso matar a ese cabrón de Hensley y convencer a Allie de que sigue necesitándome. No sé cómo lo haré, pero lo haré. —Coge lo que quieras de la sala de juegos.

Allie me mira, el alivio reflejado en sus ojos. —Sí, lo que quieras. Ahora vete a hacer la maleta. —Le empuja de nuevo y él sale corriendo, llorando a mares. Me cabrea profundamente que ella haga sentir así a su hijo cuando está claro que quiere quedarse. Esa rabia me absorbe por completo y cierro los puños con fuerza. Pero en cuanto cierra la puerta y se gira hacia mí con compasión en los ojos, yo también me ablando.

—Gracias. Sé que esto es duro para él. Te agradezco tu amabilidad.

—¿Amabilidad? Eso no era amabilidad. Era respeto. Te lo ofrezco porque así es como he elegido vivir.

Ella se queda junto a la puerta, con la mano todavía en el pomo. —Los hombres como tú no entienden a mujeres como yo. Sven, no puedo criar a mi hijo entre violencia.

—Veintidós cargos de agresión sexual.

Sus cejas se fruncen al oírme. —¿Qué?

—Tres cargos por intento de asesinato. Siete identidades distintas en siete estados diferentes.

—¿De qué estás hablando, Sven? ¿Es tu historial? ¿Me estás confesando ahora quién eres realmente para que me quede? ¿Crees que contarme tus secretos va a cambiar algo ahora? —Allie niega con la cabeza y camina hacia la maleta, cierra la tapa y empieza a cerrarla con la cremallera. Mis siguientes palabras la dejan helada.

—Paul Marcus Davenport, alias Paul Hensley. Es un asesino, un violador y un estafador, Allie. Es peligroso. He hablado con el policía del centro que va a emitir una orden de detención. Le pedí a Tucker que entregara al sargento un mechón de pelo de Rico, de su cepillo. El ADN de Paul está vinculado a crímenes horribles.

Ella se gira para mirarme, el rostro totalmente pálido. —No puedo criar a mi hijo contigo, Sven.

—Entonces, al menos quédate hasta que lo atrapen. —Se me quiere escapar un temblor en el labio, pero no entiendo el porqué. Todo lo que quiero es que ella esté a salvo.

—No puedo. Necesito ir a casa de Sarah. —Los ojos de Allie se llenan de lágrimas. Inspira hondo y suelta el aire despacio.—Me importas, Sven. Te has metido tanto en mi cabeza que joder, ahora te quiero. Y pasar otra noche contigo sabiendo quién eres, sabiendo que no puedo quedarme contigo, eso va a destrozarme el corazón más de lo que los puños de Paul destrozaron mi cara. —Parpadea y las lágrimas le corren por las mejillas.

—Quédate… —se lo suplico de nuevo, pero ella niega con la cabeza con determinación.

Le acaricio la mejilla y la acerco a mí. —No puedo —susurra.

—Te necesito aquí. —Algo se apodera de mí. Algo que no había sentido en años, quizá décadas.—Te quiero aquí.

—No puedes tenerme, Sven. Mi hijo es lo primero. Ahora necesito que esté a salvo.

No se resiste cuando me inclino y la beso, nuestros labios rozándose suavemente. —Puedo protegerte.

—¿Puedes protegernos de tu familia? ¿De hombres al azar que entran en tu casa sangrando? ¿De gente como la que mató a tu primo? ¿De—?

La beso otra vez, sujetándole la cabeza con firmeza. Mi vida es un jodido campo de batalla. Paso el día cruzando terrenos minados a punto de explotar y acabar conmigo en cualquier instante. Soy un asesino y un descreído, y ella es todo lo puro y bueno de este mundo. Tiene razón. Estar conmigo no es seguro. Pero yo no estoy seguro sin ella. Jamás voy a estar seguro sin ella. La beso de nuevo, como si fuera la última vez que la fuera a ver. Conociendo a su ex, puede que bien lo sea.

—Sven —gime ella, llorando en mi boca. Sus palabras protestan contra mi avance, pero sus manos se aferran a mis bíceps.

—Allie, por favor, no te vayas. —Cuando se unen nuestros labios, siento cómo se enciende un fuego dentro de mí. Un fuego que no puedo apagar. Puede que Allie no esté segura conmigo, pero hay algo de lo que estoy seguro: no puedo dejarla ir. No ahora; nunca. Esto es temporal; solo hasta que Paul salga de su escondite.

La tomo por la parte trasera de los muslos y la alzo, separándole las piernas. Ella me rodea la cintura con ellas, aferrándose a mis hombros. El aroma de su excitación asciende entre nosotros, y sé que me desea. Es ligera como una pluma en mis brazos.

La llevo hasta la cama y la tumbo, mirándola con una intensidad feroz. Mi corazón late con una necesidad cruda y desesperada de tenerla. Ella me mira desde abajo, con los ojos abiertos y vulnerables, y sé que ya no puedo contenerme más. Bajo la cremallera de mis pantalones, saco mi miembro y me subo a la cama, cerniéndome sobre ella. Deslizo besos por su cuello, disfrutando de la suavidad de su piel. Allie gime, arqueando la espalda mientras busco sus pechos, cubriéndolos con mis manos a través de la tela de su camiseta. Sus pezones se endurecen bajo mi tacto, y bajo el escote de su camiseta y sujetador y tomo un pezón en la boca, chupando y mordiendo suavemente.

Ella se retuerce bajo mí, sus dedos se clavan en mi espalda. Desciendo por su cuerpo, besando y lamiendo cada centímetro de piel que consigo dejar al descubierto camino a su centro. Odio este maldito uniforme de trabajo. Tengo que esforzarme para subirle la camiseta y poder morderle el costado y la cadera. Allie jadea cuando le separo las piernas y aparto las bragas a un lado, abriéndole los pliegues, y mi lengua recorre su clítoris. Sabe dulce y salada, y no puedo cansarme de ella.

Me entierro entre sus muslos, devorándola con largas y lentas lamidas. Ella grita, su cuerpo se retuerce de placer. Sigo, perdido en sus sensaciones, y deslizo unos dedos en su abismo. Es perfecta en

todos los sentidos. Quiero recordar este instante. Mis dedos la penetran, dándole placer, y sus manos se enredan en mi pelo.

—Sven —gime, dejando escapar gruñidos guturales mientras le chupo el clítoris. Quiero oírla gritar mi nombre. Quiero sentirla correrse alrededor de mis dedos, sus paredes apretándome. Necesito poseerla por completo. Sus muslos aprietan los lados de mi cabeza, estrujándola. Sus caderas se alzan para encontrarme, frotando su coño en mi cara y gruño por lo hambriento que eso me hace sentir por ella.

Hundo los dedos en ella, y se deshace debajo de mí, gritando mi nombre. Paso la lengua sobre su clítoris mientras palpita a mi alrededor y su cuerpo tiembla. —Dios, Sven —susurra, el aliento entrecortado y tembloroso. Baja la mano para tirar de mí, y me subo sobre ella, besándola con hambre, dispuesto a saborearla de nuevo. Allie es una obra de arte; sus curvas perfectas, sus pechos redondos y llenos, sus caderas hechas para acogerme. Sus piernas tonificadas y bronceadas tiemblan al rodearme con los muslos. Mis pantalones se deslizan sobre sus músculos, cada uno tensándose por el deseo. Ella gime, y sus labios están rojos e hinchados.

El aire está impregnado del aroma almizclado del sexo, y cuando deslizo mi polla dentro de ella, el olor de su excitación me hace estremecer de deseo. Gime en mi boca y empujo hacia delante mientras arquea la espalda, dándome acceso total. Cada embestida la vuelve aún más húmeda, hasta que mi polla entra y sale de ella con absoluta facilidad. Sus piernas se aferran con fuerza a mi cintura, los tobillos enlazados en mi espalda. No consigo llegar lo bastante profundo; quiero fundirme con ella. Quiero retenerla aquí conmigo para siempre.

Lo único que llenaba mi mente, al penetrarla, era cuánto la deseo, cómo meterme hasta el fondo de su ser es lo único que importa. Y mientras me hundo en ella, el mundo estalla en una explosión de color bajo mis párpados. Está tan apretada y húmeda a mi alrededor,

como terciopelo sobre diamante. Sus músculos fuertes me aprietan, extrayéndolo todo de mí, y empujo con más fuerza.

Allie rodea mi cuerpo con los brazos, sus uñas clavándose en mi camisa. La alzo para poder mirarla a la cara, mi polla enterrada en su interior. Es tan hermosa, me embriaga los sentidos, y la necesito. La aprieto contra mi pecho y me muevo con mayor rapidez, embistiendo en esa calidez acogedora y deseosa. Mis movimientos se vuelven erráticos, y sé que estoy a punto. Siento mis testículos encogiéndose, una presión intensa que se acumula.

—Oh Dios, Sven, voy a correrme otra vez —musita ella. El sonido de su voz, la sensación de su cuerpo bajo el mío, el perfume de su piel, de su pelo, el sabor de sus labios, todo ello me hace perder la cabeza. Es como una droga, y estoy tan colocado de ella que no quiero volver a la realidad jamás.

—Yo también voy a correrme —gimo.

—Hazlo, córrete dentro de mí —susurra, y sus palabras me llevan al límite. Bombeo en su interior un par de veces más y me corro con un gruñido, mis caderas agitándose sin control. Sigo dentro de ella cuando también llega su orgasmo, sus paredes palpitando a mi alrededor mientras echa la cabeza hacia atrás. Su cuerpo se estremece y convulsiona bajo el mío.

Allie está preciosa en pleno éxtasis, las mejillas sonrojadas, los labios hinchados, los ojos cargados de deseo y humo. Los sonidos que emite, como si intentara contener los gritos, son música celestial para mis oídos.

Todo mi cuerpo tiembla, y la visión se me nubla. Jamás había eyaculado con tanta intensidad, y sigo duro. Allie aún se retuerce debajo de mí, sus piernas todavía rodeando mi cuerpo. Su coño me aprieta tanto alrededor de la polla que no quiero salir nunca de allí. Me entierro en su cuello, respirando su aroma, inhalando su esencia. Huele a sexo, a limones y a mar. No me canso de ella.

—Quédate —le pido una vez más, pero sus sollozos me indican que no conseguiré lo que quiero, no esta vez, no con ella.

Me retiro, sintiendo el roce de sus bragas en mi polla mientras me alejo lentamente de su cuerpo. Luego le tiendo la mano. Se incorpora y se arregla las bragas, frunciendo el ceño ante el semen en sus dedos. Cuando vuelve de lavarse las manos en el baño, va directa a la maleta e intenta cerrarla. Me guardo la polla dentro del pantalón y, usando la rodilla sobre el voluminoso equipaje, le ayudo a cerrarlo.

—Gracias por cuidarnos tan bien. Y gracias por protegerme. —Sus ojos brillantes esconden tantos miedos que desearía poder borrar para siempre, pero en realidad no es mía. Quería que lo fuera. Necesito que lo sea. Pero está eligiendo marcharse.

—Quédate —repito, sabiendo que no lo hará, pero dar órdenes es lo único que sé hacer.

—¿Me llevas a casa de Sarah? —pregunta, y el corazón se me encoge. Asiento, aceptando a regañadientes algo que no deseo. —Voy a ver cómo está Rico. —Se pone de puntillas y me besa en la mejilla. Es agridulce verla salir por la puerta.

Agarro su maleta de la cama y la sigo hasta la puerta. Cuando ella gira para subir las escaleras, me dirijo a la puerta principal y dejo la maleta allí. Una vez intenté ser tierno y romántico, con Lacy. Entonces era otro hombre, antes de que el cáncer me la arrebatara igual que el suicidio me quitó a mi madre. Ahora no siento emociones. Es mejor así. Soy menos irracional, más dueño de mí mismo. ¿O no? Porque estar con Allie me ha hecho centrarme como un láser, y ahora nada en mi mundo volverá a encajar.

Me quedo mirando el último peldaño de la escalera, como si pudiera hacerla cambiar de idea. Como si alguna palabra que se me ocurra decir le hiciera olvidar que soy un asesino y miembro de la Bratva. Pero la sangre Bratva corre por mis venas. Es mi vida, es todo lo que he conocido, todo lo que soy. Cambiar eso sería convertirme en

alguien que no soy, en alguien a quien ella no ama. Ella ha admitido que me quiere, así que ¿por qué no puedo reconocer que significa algo para mí aparte de obedecerme?

—¿Listo? —pregunta, cargando la maleta de Rico. Su rostro está sombrío. Lleva una Xbox y algunos cables en la mano.

—No. —Mi respuesta es firme, pero no la obligaré a quedarse. Tiene que ser su decisión. No pienso hacerla mi esclava.

—Mamá, por favor —suplicó Rico una última vez, pero ella aparta la mirada hacia la puerta.

Detesto las despedidas.

21

ALLIE

Sven mete mis cosas en el coche mientras Rico se aferra al cuello de Odin. La pobre bestia no sabe lo que está pasando, pero a Rico se le ha roto el corazón. Estoy convencida de que, si el administrador del edificio de Sarah le permitiera tener perro, Sven mandaría a Odin con él solo para ver sonreír a Rico. Tal y como están las cosas, el equipo de videojuegos ocupará demasiado espacio.

—¿Listo? —le pregunto, y él se dirige al coche de mala gana, arrastrando los pies. No entiende lo difícil que también es esta situación para mí. Le sigo despacio, sabiendo que estoy pasando de la buena vida a una de trabajo duro y de ir corriendo de un lado a otro. Sven fue lo mejor que me pasó hasta que me di cuenta de que, literalmente, salté de la sartén para caer en el fuego.

Sven mantiene la puerta abierta para que Rico suba y se abroche el cinturón. Después me abre la puerta a mí.—No tienes por qué hacer esto. Sus ojos me suplican que me quede, pero ya se lo he repetido suficientes veces.

—Sí, tengo —le digo mientras subo y busco el cinturón de seguridad. Sven cierra la puerta y se sienta al volante. No dice nada mientras

nos conduce cruzando la ciudad hasta el piso de Sarah. Tengo que indicarle dónde es, lo que me hace darme cuenta de que quizá no me espiaba tanto como yo pensaba al principio. Algunas de mis duras opiniones sobre su trabajo ahora me hacen dudar de mí misma, de lo que estoy haciendo. Sven nunca me puso una mano encima—no lo haría jamás. De hecho, le tengo cariño, de una forma que nunca sentí por Paul. Ojalá no estuviese implicado en algo tan violento y tan peligroso.

—¿Quieres que suba tus cosas? —pregunta mientras aparca en plena calle y deja el coche en punto muerto. Miro hacia el edificio. El piso de Sarah está en la última planta y no hay ascensor. Solo son tres pisos, pero la bolsa pesa lo suyo.

—No —respondo mientras desabrocho mis cosas. Tendré que llevar tanto mi bolsa como la de Rico, y él se encargará de los videojuegos.—Estaré bien. Abro la puerta y bajo, y Sven ya está allí, abriendo la puerta de Rico. No me había dado cuenta de cuánto le importaba él también a mi hijo. Realmente nunca les vi interactuar mucho, aunque en realidad no sé nada sobre cómo fue criado Sven ni cómo le trataba su padre. Por lo que sé, esto podría ser la máxima expresión del cariño para alguien nacido en la Bratva.

—Mamá, no quiero quedarme en casa de Sarah. No me da buena espina. —Los ojos color chocolate de Rico me miran fijamente. No sé si está usando una de mis frases o si su instinto le está avisando de algo que el mío no siente. Nos quedamos el uno frente al otro mientras su labio inferior tiembla y Sven saca nuestras bolsas del maletero.

—Cariño, esto es lo mejor, ¿vale? Ya lo verás. —Le revuelvo el pelo, aunque ahora es mi estómago el que da un vuelco. Sven ha sido mi apoyo y mi refugio durante las últimas semanas y sé a ciencia cierta que Paul ha estado buscándome en la cafetería esta semana. Si estoy tomando la decisión equivocada y ni siquiera me doy cuenta, no sé cómo tragarme el orgullo y volver atrás.

—Toma —dice Sven, dejando las maletas a mi lado en la acera.—Si cambias de idea, tienes mi número.

—Sven, dile que se equivoca —suplicó Rico, y Sven se agacha frente a él. Le aparta un par de mechones de la cara y después le pellizca suavemente la barbilla.

—Respeta a tu madre, ¿de acuerdo? Te quiere mucho y haría cualquier cosa para asegurarse de que estás a salvo.

—Pero—

—Es una orden —le dice Sven a mi hijo y no sé muy bien qué habrá pasado antes entre ellos, pero Rico asiente con la cabeza, serio.

—Sí, señor. —Rico tiene los hombros caídos mientras camina hasta la puerta del edificio. Yo recojo las maletas, aún sin estar preparada para cerrar del todo esta etapa de mi vida. Ojalá las cosas fueran distintas, ojalá la vida de Sven no fuera tan… delictiva, por decirlo de alguna manera.

—Adiós, Sven…

—Me llamo Stephen. —Su tono es sereno y controlado.—Stephen Victor Gusev, hijo de Alexsi Roman Gusev, Pakhan de la Bratva, aunque ya sabías casi todo eso. —Saca pecho y me mira fijamente. Puedo ver el dolor y la añoranza en su mirada, pero también hay orgullo, e incluso cierto ego.—No puedo cambiar mi sangre. No puedo cambiar a mi familia, ni mi trabajo, ni a los hombres que llamo hermanos. Siento que esto no haya funcionado.

Si esta es su manera de decir que me quiere o que está destrozado, le queda mucho camino por recorrer antes de conseguir conmoverme. Asiento con la cabeza y me marcho. Siento cómo me arrancan el corazón del pecho y no puedo darme la vuelta para mirarle, ni siquiera cuando oigo que se cierran las puertas del coche y arranca el motor.

El camino hasta el tercer piso es largo, pero llegamos a la puerta de Sarah, un poco sin aliento y cansados, pero enteros. Sarah nos da la bienvenida. Es tarde y estoy lista para desplomarme, pero primero tenemos que acomodar a Rico, así que nos guía a través de un pequeño armario en su segunda habitación, hasta una puerta y una estrecha escalera. Está oscuro y hay olor a humedad, pero alcanzamos el desván del viejo edificio de alquiler y Sarah enciende la luz.

—¿Este es mi dormitorio? —pregunta Rico, mirando la pequeña habitación. Hay cajas alineadas contra las paredes, telarañas en cada esquina. Una ventana pequeña está abierta, y se oye el trueno retumbar a lo lejos. Pronto llegará el frente frío, trayendo una brisa para refrescar la habitación.

—Sí, todo para ti —Sarah le da una palmada en el hombro y se acerca a una cama minúscula, pegada a la pared junto a la ventana —. Tengo una tele para que conectes la Xbox mañana. Esta noche es un poco tarde para videojuegos.

—Mamá —se queja, girándose hacia mí.

—Tiene razón, cariño. Duerme esta noche. Mañana tendremos todo el tiempo del mundo para videojuegos. Dejo su bolsa junto a la cama y me paso una mano por el pelo. No es el Ritz, pero es un hogar, y está lejos de mi antiguo piso, donde sé que Paul nos encontraría en cuestión de minutos—. Sven traerá mañana el resto de tus cosas, ¿vale?

—Vale —resopla, dejando la consola sobre una caja—. Solo déjame dormir. —Rico se quita los zapatos y se derrumba en la cama. Sarah me mira preguntando silenciosamente si todo va bien, y luego sale por la puerta. No me gusta que Rico esté disgustado, pero no sé cómo consolarle.

—Cariño, sabes que te quiero, ¿verdad? —Le toco suavemente la espalda, preocupada por él.

—Lo sé. —Hundido en la almohada, solo necesita espacio.

—Bajo abajo. Si necesitas algo, ven a buscarme.

Me incorporo y camino hasta lo alto de la estrecha escalera. Cuando miro atrás, él está acurrucado de lado, dándome la espalda. Apago la luz y bajo las escaleras, salgo del armario y entro en mi habitación. Es modesta, una cama grande contra una pared, una cómoda en otra. No hay ventana, pero tampoco las tenía en mi antiguo piso. Dedico unos minutos a colgar algunos de mis vestidos en el armario para que no se arruguen demasiado, y entonces Sarah aparece en la puerta con una botella de vino y dos copas.

—¿Quieres desahogarte? —pregunta, ladeando la cabeza.

—Chica, me lees la mente. —Tengo el corazón encogido mientras salimos al salón y me acurruco en su sofá. Relámpagos iluminan el exterior, truenos resonando sobre la ciudad. Sarah descorcha el vino, sirve dos copas y se sienta a mi lado. Ya ha dejado una caja de pañuelos y unos cuantos bombones sobre la mesa. Me conoce demasiado bien.

—Estás haciendo lo correcto, Allie. —Mientras el sofá chirría al sentarse, me da una de las copas y la bebo enseguida. Ojalá me dejara fumarme un cigarro también.

—Ojalá lo sintiera así. —Dejo la copa a un lado y abrazo mis rodillas contra mi pecho—. Siento que no hago más que hacerle daño a Rico. Quiere conocer a su padre, pero Paul está fuera de límites. Así que nos acomodamos con Sven, que a Rico parece encantarle, y luego tengo que quitarle eso también. —Esa confesión en voz alta es como clavarme estacas en el ataúd metafórico—. Me siento como una madre horrible.

—Y eso no es todo —dice Sarah, tomando un sorbo de vino.

—¿Qué?

—En realidad, te gusta ese tipo. —Su expresión de simpatía hace que quiera echarme a llorar, pero me niego. Ya he derramado bastantes lágrimas por hombres en mi vida; esta vez tengo que ser fuerte. Me encojo de hombros, ignorando su comentario.

—Es lo correcto. Tú misma lo dijiste.

—¿Pero le quieres? —Su pregunta me quema el corazón. Le quiero, pero eso no importa. El amor de una madre por su hijo supera cualquier amor romántico. Mi deber es proteger a Rico por encima de todo.

—Es lo correcto. —Cojo el vino y termino la copa de dos tragos. Quiero ahogar lo que siento por Sven, con la esperanza de que mañana me despierte y pueda fingir que nada de esto ha pasado, que ya no siento nada por él.

—Bueno, tengo bombones y helado. Podemos ver una peli romántica y hasta clavar la foto de Paul en mi diana y practicar un rato. —Se ríe y me pasa los pañuelos—. Y está bien llorar y estar hecha polvo por esto. Siento haberte animado a ir a por él. Debería haberme imaginado que sería algo tan retorcido como esto. —Su disculpa es sincera, pero innecesaria. Soy adulta. Tomo mis propias decisiones y esto es responsabilidad mía.

—No pasa nada… Aunque a lo mejor sí que acepto lo del helado. Con lo incierto que es mi futuro ahora mismo, cualquier cosa que me ayude a calmarme es bienvenida. —Estiro las piernas y las apoyo en la mesa de centro. Me duelen las piernas de tanto andar en el trabajo y solo quiero fundirme con este sofá y olvidar la vida.

—Claro, voy a servir unos cuencos. —Sarah se levanta para ir a la cocina, pero justo entonces alguien llama a la puerta. Me mira, confundida—. ¿Te has dejado algo en el coche de Sven? —pregunta, frunciendo el ceño.

Lo pienso durante un segundo. Tengo el bolso en la maleta, el móvil en el bolsillo, y Rico trajo todo lo que quiso en su mochila. —No lo

creo —respondo—. Este es su piso, no el mío. ¿Por qué iba a venir alguien a buscarme a mí?

—Hm… —murmura ella mientras se dirige a la puerta. Mira por la mirilla y retrocede rápidamente—. Eh… Allie— En el momento en que dice mi nombre, la puerta se abre. Salto del sofá y me golpeo con la mesa. La botella de vino tambalea y el terror me araña la garganta y el pecho. Paul entra con una pistola apuntando a Sarah.

—¿Dónde está? —le pregunta antes de levantar la vista y verme.

Sarah chilla y corre hacia mí, rodeándome con sus brazos—. Sal de mi casa.

—Paul, ¿qué haces aquí? Baja el arma —levanto las manos, rindiéndome—. No hace falta una pistola. Sarah solo me deja pasar la noche aquí. Mis pensamientos van directos a Rico, escondido y a salvo en el desván. Rezo para que esté dormido ahora, que no oiga nada de lo que pase.

—¿Dónde está mi chico, Allie?

—¿De qué hablas? —pregunto mientras él empieza a mirar por la estancia. Cierra la puerta de entrada y luego abre el armario de los abrigos de la pared de enfrente.

—Mi hijo, Rico. ¿Dónde está? Es mío y quiero verle. —Paul tiene la mirada vidriosa, un gesto de locura en su rostro. Va colocado de algo; no sé de qué. Los brazos de Sarah me aprietan tanto que no puedo moverme. Ella solloza en voz baja, pero ni siquiera puedo decirle que Paul va a reaccionar mal si lo oye. Tengo que ser fuerte otra vez y plantarle cara.

—No está aquí.

—¡Mentira! —grita Paul, girando la pistola para apuntarme a mí. En todas las veces que fue violento conmigo, nunca usó un arma. Esto me está aterrorizando. Me orinaría encima. —He visto cómo

entrabais en el edificio… os seguí desde la casa de ese ricachón. —Avanza hacia mí y Sarah me agarra aún más fuerte.

—No está aquí —repito con firmeza, rogando para que no eleve la voz y asuste a Rico. El niño bajaría y Paul se pondría violento conmigo—. Está en casa de un amigo, en otro piso.

—¡Mentira jodida! —Paul sale disparado por el pasillo, entrando primero en el dormitorio de Sarah. Me desprendo de los brazos de Sarah para seguirle, mientras ella gime.

—Llama al 112 —le siseo y echo a correr por el pasillo.

En el cuarto de Sarah, Paul abre el armario de golpe y tira algunas cosas, luego se dirige a la puerta del baño. Va como un toro descontrolado y preferiría no estar aquí con él, pero puede que mi vida dependa de ello.

—Te he dicho que no está —espeto, intentando alejarle del baño. Todas las pruebas de que Rico existe están en ese desván. Tengo que mantener a Paul lejos del armario de mi habitación o verá la puerta.

—Quítate de en medio —dice, usando la pistola para darme un golpe en la cara. Chillo de dolor, me tapo la mejilla y me encojo por un momento. Vuelve hacia la puerta y baja por el pasillo, abriendo el cuarto de la colada. Le sigo, ya sintiendo el terror irritar mi piel. No hay dónde esconder a Rico en la colada, así que Paul va a la última puerta: mi cuarto.

—¡Paul, que no está! Estás invadiendo la intimidad de Sarah —le agarro del brazo, intentando que no entre en mi habitación, pero me empuja con fuerza contra la pared. Mi cuerpo choca contra el viejo yeso y me golpeo la cabeza con fuerza—. Ay… —gimo, tomándome un momento para recomponerme tras el golpe.

Entra en mi cuarto con descaro, vaciando mi maleta como si Rico pudiera esconderse ahí. Da la vuelta, furioso, y entonces se fija en la puerta del armario. —Paul, déjalo ya, joder. No está aquí —espeto,

pero esta vez el miedo me clava los pies en las viejas tablas de madera.

Paul abre la puerta del armario y niega con la cabeza. Mis vestidos, colgados, tapan la vista de la puerta que hay detrás. Se vuelve y me agarra del cuello, obligándome a salir al pasillo. El terror endurece cada músculo de mi cuerpo, la adrenalina me prepara para luchar, pero un alivio me invade: no ha visto la puerta al desván. Mientras Rico permanezca en su cuarto, estará a salvo.

—¿En qué piso está? —escupe, empujándome al entrar en el salón. Sarah ha desaparecido, la puerta de entrada permanece abierta. No puedo culparla por haber huido. Yo también lo habría hecho si mi hijo no estuviera aquí.

—No te lo voy a decir, malnacido —tropiezo y caigo de rodillas. Siento que voy a vomitar. Paul va hacia la puerta, pistola en mano—. ¿Qué crees que vas a hacer? ¿Amenazar a cada vecino del edificio? La policía llegará antes de que bajes las escaleras.

—Tienes razón. Me llevaré contigo. Tu amiga cantará, o mueres. —Paul me agarra del pelo y me obliga a ponerme de pie. Contengo el grito de dolor que pugna por salir, para no alertar a Rico del peligro, y me dejo llevar donde Paul me quiera llevar.

Rico está a salvo.

A Rico no le pasará nada.

Repito esas frases una y otra vez en mi cabeza mientras Paul me lleva a saber dónde.

Rico está a salvo…

22

SVEN

La casa ya se siente vacía, no como un hogar. No me había dado cuenta de lo acostumbrado que estaba a que Allie y Rico estuvieran aquí hasta que ella se fue. Odin se sienta a mis pies gimoteando. Incluso él sabe que algo no va bien. Estoy furioso con ella porque sabe perfectamente cómo son las cosas, pero es justo el tipo de mujer que tiene que aprender por las malas.

La botella de Jameson descansa sobre la mesa, junto a mis pies, sin abrir. Tengo un vaso preparado; simplemente no tengo energía emocional para abrirla y beber. No dejo de repasar una y otra vez en mi cabeza cada detalle que recuerdo sobre Paul Hensley, esperando que algo encaje y logre averiguar dónde está. Ahora más que nunca quiero a ese cabrón muerto, por la simple razón de que llevo semanas persiguiéndole y todavía no he tenido éxito. Toda esta rabia que llevo dentro tiene que ir a alguna parte, y pienso asegurarme de que vaya directamente a su cuerpo, ya sea con los puños o con balas—para mí, viene a ser lo mismo.

Las orejas de Odin se levantan y un gruñido sordo le sale del pecho. Él oye algo que yo no, pero ni siquiera eso me pone nervioso. Nadie se atrevería a meterse conmigo en este estado. Sigo recostado en el sofá, pero observo el suelo del pasillo, justo al otro lado de mi

puerta. Una sombra pasa y, al rato, veo la silueta de Matty entrar por el umbral. Su rostro no expresa nada, pero la postura derrotada delata su estado de ánimo. Se detiene después de unos pasos dentro de la habitación y Odin apoya la barbilla en sus patas.

—Tengo noticias de Pop.

—¿Ah, sí? —pregunto, sin incorporarme todavía. Que la vida me dé otra patada mientras estoy en el suelo. Al fin y al cabo, siempre consigo levantarme el doble de fuerte.

—Van a ponerle en cuidados paliativos —Matty avanza un poco más en la habitación, sentándose en uno de los sillones frente a mí, al otro lado de la mesa. Cuidados paliativos no es nada bueno. Básicamente significa que han perdido la esperanza y solo tratan de que esté cómodo. —Ya ha firmado oficialmente todos los papeles para transferírselo todo a Dom.

Matty dirige la mirada a mi Jameson y luego me mira a mí. No digo nada, pero le doy permiso con la mirada. —¿Cuándo ha pasado esto? —pregunto. No me sorprende la noticia. En el funeral de Red ya estaba fatal. Apenas puede caminar. A ratos, tiene tanta dificultad para tragar y hablar que tiene que alimentarse por vía intravenosa.

—Hace un rato. Le dije a Dom que te lo contaría. Parece que tendremos otro funeral dentro de poco —Matty rompe el precinto del Jameson y sirve un par de dedos en el vaso—. ¿Quieres?

—En un rato… —Me incorporo un poco, apoyando los pies en el suelo. Saber que mi padre estaba empeorando no hace más fácil asumir la idea de que algún día ya no estará. La muerte es el final inevitable de toda vida. Es algo que se espera, no que se teme. Mi padre me lo ha repetido mil veces. Pensar así—que la muerte es solo la última fase de la vida para todos los seres—se supone que ayuda a quitarle el dolor. Evapora gran parte del sufrimiento cuando alguien a quien quieres se va y facilita seguir adelante.

Pero Allie no está muerta. Simplemente se fue.

—¿Qué te pasa? —pregunta, y se termina el vaso de un trago.

Obligar a Allie a quedarse cuando claramente no quería estar aquí habría sido un error, así que la dejé marcharse. Con papá no tengo esa opción. Se va, quiera yo o no. Necesito pasar a verle antes de que esté tan sedado por la medicación que le sea imposible comunicarse conmigo.

—Nada —murmuro, luego me levanto y voy hasta el mueble de las botellas. Saco otro vaso y vuelvo al sofá, y Matty me sirve una copa.

—¿Has oído que Dom cogió a ese cabrón que nos estaba estafando? Está muerto —Matty da un sorbo, hablando de trabajo como si no acabara de decirme que en la familia van a cambiar radicalmente las cosas. Dominic va a marcar territorio: imponerse con su actitud y autoridad para demostrar que es el líder de verdad. Eso supondrá aguantar su ego y sus malos humos durante un tiempo. Lo odio, pero así son las cosas. Asiento a Matty. No lo sabía, pero es buena noticia. Yo fracasé en mi tarea. Al menos Dominic ha sabido arreglarlo.

—Y hoy ha contratado a un nuevo capataz para la fábrica. Pensaba que eso era cosa tuya.

Tomo el vaso cuando lo desliza por la mesa hacia mí. El Jameson se agita en el vaso. Tiene un aroma inconfundible a whisky, y ya me calma antes de probarlo. Me lo llevo a los labios y apuro el vaso de un trago. Tampoco sabía que Dominic se había ocupado de eso. He estado tan distraído con mis asuntos, persiguiendo a Paul y tratando de vigilar a Allie, que tengo la cabeza hecha un lío. Y sé que irá a peor hasta que consiga quitármela de la cabeza.

—No fui yo —dejo el vaso sobre la mesa y él me lo vuelve a llenar. Ahora no necesito mucho más, así que lo dejo ahí y me quedo absorto mirando el líquido dorado que gira y gira.

—Sí, creo que Dom está bastante cabreado contigo, por decir algo.

Toda esta conversación me cansa. No quiero hablar de negocios. No quiero saber qué dice o hace Dominic. No quiero pensar que mi padre se muere ni que la empresa va a tener nueva dirección. Lo que quiero es soltar al león enjaulado y salir a cazar. Llevo la rabia embotellada demasiado tiempo y Paul Hensley es el objetivo hacia el que apunto.

Normalmente, Matty y yo nos llevamos bien, pase lo que pase. Pero esta noche, lo único que quiero es que se vaya.

—Ah, y Jimmy está funcionando bien. Es el tío que se encargó del golpe a—

—Cállate, Matty.

—¿Qué? Pensaba que querrías saber que el tipo que llevaba tanto tiempo persiguiendo a Red ha muerto. —Matty me mira con el ceño fruncido.— ¿Todavía estás cabreado porque no hice el trabajo yo mismo?

Lo que me cabrea es mucho más complejo de lo que ni yo mismo entiendo, pero oír el nombre de Jimmy Slater vinculado a mi fracaso basta para encenderme.

—Fuera —digo con voz áspera.

Matty resopla y deja su vaso vacío.— Sácate la cabeza del culo, Sven. Slater ha venido para quedarse. No puedes simplemente—

—¡He dicho que te largues! —rujo, cogiendo mi vaso y estrellándolo contra la pared. Se hace añicos en mil pedazos y Matty me lanza otra mirada de fastidio antes de marcharse. Nada está saliendo como debería, y soy de esos que siempre consiguen lo que quieren. No me rindo. No dejo que mis enemigos se libren fácil, y tampoco dejo que nadie se marche. ¿Qué demonios me pasa?

Me agarro el pelo con las manos y apoyo los codos en las rodillas. Sé que Dominic tiene razón. Estoy fuera de control, y hasta el poco dominio que sentía cuando tenía un objetivo—mantener a Allie a

salvo—ha desaparecido. Todo lo que puedo pensar es en cortarle el cuello a ese hijo de puta y después hacerle ver a ella que se ha equivocado. Ella y yo estamos hechos el uno para el otro.

Mi móvil suena. Estoy furioso, con el pecho agitado, así que lo ignoro. No estoy de humor para charlas, y el trabajo puede irse al carajo. Cojo el Jameson y, esta vez, paso del vaso y bebo directamente de la botella. Y mi móvil vuelve a sonar. No es una llamada social; eso lo sé. Lo que significa que o es un asunto familiar o de trabajo. Me da igual cualquiera de los dos. Lo vuelvo a ignorar, me levanto y salgo directamente hacia mi habitación llevándome el Jameson. Lo voy a necesitar.

La luz del dormitorio está apagada, pero la dejo así. Apago el tono de llamada, tiro el teléfono sobre la mesilla y coloco el Jameson al lado. Estoy sentado en el borde de la cama, desabrochándome la camisa, cuando el móvil se ilumina. Es otra llamada, pero esta vez veo quién es. No es trabajo ni familia—es Monroe. ¿Por qué demonios me llama?

Mi instinto me dice que debo contestar, así que lo hago.

—¿Qué pasa? —ladro.

—Señor, tengo una pista enorme sobre el tipo al que está persiguiendo.

Mi cuerpo se tensa, una descarga de energía atraviesa mis músculos.— ¿Cuál es la pista? —le pregunto, mientras ya empiezo a abrocharme la camisa de nuevo.

—Como este tipo tiene tantos cargos abiertos y una orden de arresto activa, hay una alerta policial circulando. Tengo un par de amigos en la Brigada Antivicio que han estado atentos y hace veinte minutos se recibió una llamada al 112 desde Manhattan. El nombre de Paul Hensley ha salido por la radio. Ha secuestrado a una mujer del piso de una amiga a punta de pistola y ha dejado a su hijo allí.

Mi peor pesadilla se está haciendo realidad. Me pongo en pie, listo para el combate. No va a llevársela. No mientras yo esté aquí, no de este modo.— ¿Dónde está? ¿Tienen idea de su localización?

—Mira, la dirección que dice Antivicio que hay que registrar según los testigos está a solo dos manzanas de allí. Es como si ese tío se hubiera montado el chiringuito cerca del piso de la amiga, esperando a que ella pasara por allí. —Monroe suena satisfecho de haberlo descubierto, pero lo único que pienso es lo imbécil que es. Es probable que Jimmy Slater lo hubiera deducido antes.

—Envíame la dirección ahora mismo. —Cuelgo al sargento y llamo a Allie al móvil de inmediato. Si lo tiene, quizá responda. Y si no, quizá Sarah lo coja.

Cojo mis llaves y el arma del cajón de la mesilla, y sujeto el móvil entre el hombro y la oreja mientras me dirijo al coche. El teléfono suena y suena, nadie contesta. Me meto el arma en la cintura y me subo al coche. Y vuelvo a marcar.

Noto vibrar el teléfono, probablemente el mensaje con la dirección de Monroe, así que cuando la llamada tampoco conecta, la corto, introduzco la dirección en el GPS y marco de nuevo. Tras siete intentos, alguien responde.

—¿Hola? —La voz asustada de Rico.— ¿Sven?

—Ey, chaval. Sí, soy yo. —Definitivamente no soy el más cariñoso del mundo, pero intento mantener la calma, aunque en este instante solo quiera sangre.— Cuéntame lo que pasó.

—Sven, ¿dónde está mi madre? Sarah ha dicho que un hombre malo se la ha llevado. Hay policías aquí.

—Chaval, ¿dónde estaba el móvil de tu madre? —Salgo a la carretera y piso el acelerador a fondo. El GPS marca quince minutos. Yo pienso hacerlo en siete.

—Estaba debajo del sofá. Sven, la policía dice que no puedo quedarme con Sarah. Que tengo que irme con ellos. —Rico suena aterrorizado. ¿Quién demonios haría eso a un crío? Sarah es su niñera.

—Déjame hablar con Sarah.

—Vale —murmura y le oigo sorberse la nariz. Se oye charla; escucho voces masculinas de fondo y creo reconocer una. Luego oigo a Rico suplicando a Sarah y el teléfono chisporrotea.

—¿Qué? —contesta ella de malas pulgas. No le hace ninguna gracia hablar conmigo.

—Sarah, soy Sven. Dime qué coño ha pasado. —Giro por una calle lateral mientras el GPS me grita para que gire y vuelva, pero por aquí llegaré antes. Sé que aquí habrá menos tráfico.

—Se la han llevado, cabrón. ¿Por qué la metiste en este marrón? Habría desaparecido ya, a salvo en otro sitio.

Así que me echa la culpa. Vale, está bien. Cuando llegue de héroe cambiará de actitud.— ¿Ha dicho a dónde se la llevaba? ¿Por qué?

—Quiere a Rico. Lo escondimos, así que Paul no sabía dónde estaba. —Sarah también solloza. Dios, cuánta gente llorando.

—Voy para allá. —Mi tono áspero no me permite sonar tranquilizador.

—¿Y qué vas a hacer tú ahora? Se llevan a Rico a comisaría y luego a Servicios Sociales. Ellos tampoco saben dónde está ella.

—Voy a recuperarla. Tú dile a quien sea que está en tu casa que hablen con el sargento Monroe de antiterrorismo. Él se encargará de que te dejen quedarte con Rico. ¿Entendido?

—¿Cómo? —pregunta, suavizando el tono.

—Dile que Sven Gusev necesita un favor. —Cuelgo, sabiendo que ahora estará en buenas manos, y pulso el botón de dictado por voz.

El móvil pita.— Envía un mensaje a Monroe.

—Vale, ¿qué quieres que diga? —La voz del ordenador me habla mientras el coche da botes por un tramo de carretera en mal estado.

—El crío se queda con la niñera.

—De acuerdo, tu mensaje dice: "El crío se queda con la niñera". ¿Quieres enviarlo?

—Sí.

El sonido característico de un mensaje enviado resuena por los altavoces del coche y compruebo el GPS. Ya solo quedan unas manzanas. Más le vale no haberle puesto la mano encima o haré que su muerte sea lenta y dolorosa.

23

ALLIE

No sé dónde estamos. La habitación está a oscuras y he llorado tanto que apenas veo nada. Es algún tipo de apartamento, aunque está en un estado lamentable. Las paredes están asquerosas, cubiertas de huellas, suciedad y moho. La moqueta parece que alguien ha vomitado encima y lo ha dejado secar. Huele a basura podrida y aguas residuales. Es imposible que viva aquí. Pero hay un colchón en el suelo, en la esquina, con una sábana mugrienta por encima, así que quizá sí.

Estoy sentada en una silla en la esquina donde él me ha dejado. Tengo las manos atadas a la espalda, los pies sujetos con bridas a las patas de la silla. Paul pasea nervioso por la habitación, con la pistola en la mano. No para de pasarse la mano por el pelo como un loco. No veo drogas ni parafernalia, pero sé que no está sobrio. Algo le está devorando por dentro, y no es solo el hecho de que le estoy ocultando a su hijo.

—¿Dónde está, Allie? ¿Dónde está mi chico?

—Vete a la mierda —digo, y escupo a sus pies—. No pienso entregar a Rico. Preferiría volver con Sven y que la Bratva criara a mi hijo antes que eso. No, he llegado hasta aquí intentando darle una vida

mejor a Rico. No puedo rendirme solo por miedo. Sarah ha llamado al 112; sé que lo ha hecho. Cuando íbamos en ese coche destartalado, alejándonos del piso de Sarah, escuché las sirenas.

Paul está furioso. Se acerca a zancadas y me golpea la cara con el dorso de la mano. Da justo en el mismo sitio en el que me pegó antes con la culata de la pistola y lanzo un grito de dolor. Las lágrimas llenan mis ojos y se escapan, me guste o no. No quiero que me vea llorar, pero duele.

—Dime dónde está. —Paul se inclina sobre mí, exigiendo respuestas que no le voy a dar—. Tendrá que matarme antes y, aun así, el tribunal lo encerrará. Jamás tendrá a Rico.

No puedo responder. Me duele demasiado la cara. Bajo la cabeza y siento el sabor de la sangre en la lengua. Veo sus zapatos alejarse, cruzar la habitación, y cierro los ojos sólo un instante. Me duele todo el cuerpo, los hombros, las rodillas, cada articulación. No recuerdo haber recibido una paliza así en mi vida, pero me tiene atrapada. Sé que no me soltará a menos que consiga lo que quiere, y aun así puede que me mate igualmente. Mi silencio protege a mi hijo y no puede obligarme a hablar.

—Madre mía —murmura entre dientes y por fin sale de la habitación, entrando en otra contigua.

Me duele el cuello al levantar la cabeza. Forcejeo contra la cuerda que me ata las muñecas, pero lo único que consigo es rozarme la piel. Rico debe de estar aterrorizado. Y Sarah... sé que no dejarán que se quede con ella. Tengo que llegar hasta él; la necesidad repentina de consolar a mi hijo me empuja a luchar con más fuerza contra las ataduras. Toda mi vida, estos últimos diez años, la he dedicado a querer a ese niño con cada parte de mí. Tengo que pelear más. No puedo permitir que Paul me venza.

¿Y si pudiese lograr que Paul cambiara de opinión? Paul está bajo el efecto de algo; no piensa con claridad. Ya le he visto así antes. Recuerdo una noche en la que estaba tan borracho y colocado que

pude calmarle y evitar que me pegara ofreciéndole sexo. Esa táctica la utilicé con Sven también, con la esperanza de sacar información aquella noche. Sé que funcionará. Solo tengo que convencerle de que le hablo de verdad, que soy sincera con él.

Estoy preparada cuando vuelve a entrar en la habitación. Esta vez la pistola la tiene metida en el pantalón y en la mano lleva una cerveza. Su mirada furiosa no se ha suavizado en absoluto, pero sé cómo ayudarle a cambiar de humor. He hecho esto durante años; solo tengo que bucear en mis recuerdos y traer a la mente los detalles importantes que pueden tranquilizarle. Admito que sería más fácil si estuviera libre y no atada a una silla, pero tendré que valerme de las palabras.

—Paul, por favor, suéltame. Sé que podemos arreglar esto. —Lamo el líquido de sabor metálico que tengo en el labio y le sostengo la mirada—. Cariño, siento haberme ido. Me volví egoísta. Yo... —

—Cállate —sispea, luego sorbe su cerveza. No creo que beber sea buena idea para él ahora mismo, con todo lo que lleva encima, pero si le advierto, solo conseguirá enfadarse otra vez conmigo.

—Mira, déjame ayudarte a relajarte, ¿vale? Podemos conectar y hablar sobre nuestro futuro. Paul deja de pasear de un lado a otro y se acerca a mí. Espero estar lográndolo. Si esto funciona y consigo que me escuche, solo tengo que hacer que beba hasta que se desmaye, y entonces podré escapar. —Cariño, lo siento mucho. No debería haberte dejado. Tú eras lo mejor para mí y mereces ver a Rico.

Él gruñe al oír el nombre de su hijo, pero yo insisto. —Él te echa de menos. Pregunta por ti de vez en cuando. Te encantaría. Es listo y gracioso. Le chiflan los videojuegos y los superhéroes. Y tiene un perro. Se llama Odin. —Ahora estoy mintiendo, pero parece que lo va calmando. Se tambalea, da otro trago a su cerveza mientras se cierne sobre mí. Su expresión empieza a suavizarse. —Saca todo sobresaliente en el colegio. Es súper inteligente. Y quiere jugar al fútbol. Creo que le apuntaré en otoño. A ti te gusta el fútbol.

—¿Pretendes que me trague esta mierda? —pregunta, y vuelve a llevarse la botella a los labios hasta apurarla. Cuando termina, la estrella contra el suelo y me niega con la cabeza. Se me hunde el corazón.

—Lo digo en serio, Paul. Todo lo que he dicho va en serio. Rico te echa mucho de menos. Preguntó por ti justo ayer. Y yo—

—Tú —gruñe, fulminándome con la mirada—, me has apartado de mi hijo durante años. Eres una basura de la que quiero librarme para siempre. No tienes ninguna intención de dejarme estar con mi hijo. Esto es solo otra de tus manipulaciones para que te deje marchar y así puedas escapar. Conozco tu juego, Allie, así que deja de jugar. Dime de una vez dónde está.

La rabia empieza a crecer en mi interior pero la reprimo. Me arden las muñecas; quiero salir de estas ataduras. —No te estoy manipulando. Te digo que me he dado cuenta de que estoy mejor contigo. Sven era violento—de verdad. —Las palabras me saben a veneno. Sven jamás me haría daño. Odio decir esto de él. —Mata gente constantemente. Vuelve a casa cubierto de sangre.

Paul se acerca más, su bota cruje sobre la botella rota. —¿Eso te parece violento? No tienes ni idea de lo que es la violencia, cielo.

El hedor a alcohol en su aliento me provoca arcadas y las lágrimas se agolpan en mis ojos. Paul suelta una carcajada profunda y usa mi pelo para obligarme a levantar la cabeza y mirarle. —Sé que me odias. Lo veo en tus ojos. Me desprecias. Quieres irte de aquí.

—No, cariño —gimoteo, tragándome el asco—. Quiero volver a conectar contigo. Si tuviera las manos libres, le tocaría, por asqueroso que suene. Solo quiero tranquilizarle para que me suelte.

Paul me mantiene la cabeza alzada apretándome el pelo, y con la otra mano me abofetea la cara. No tiene ninguna intención de dejarme salir. Ya no puedo contener más las lágrimas. Ahora sí que

tengo miedo. Está enfermo y temo que esta vez me haga mucho daño.

—Paul, por favor —suplico entre sollozos y jadeos. Ahora me duele más el pecho, y también los hombros. Intento otra vez en vano liberarme de la cuerda que ata mis muñecas.

—¿Sabes?, no vales ni el aire que respiras. Puede que espere a que los polis se larguen y después vuelva a ese piso y coja a tu amiguita. Ella sí que me dirá dónde está mi hijo. —Paul suelta mi cabeza y mi cuerpo se tensa, lanzándome una punzada de dolor por la espalda.

—No, Paul, deja a Sarah fuera de esto. —Levanto la cabeza de nuevo solo para ver cómo su mano vuelve hacia mi cara.

—Por favor —sollozo, pero el golpe casi tira la silla y a mí al suelo. Al mismo tiempo oigo un ruido estruendoso. No caigo al suelo, pero algo retumba a mi alrededor. Vuelvo a llorar con tanta fuerza que apenas puedo ver, pero alguien ha tirado la puerta abajo. Parpadeo varias veces y miro hacia arriba, intentando secarme las lágrimas con el hombro. Lo único que consigo es que me duelan más el cuello y la cara.

—¡Sven! ¿Está aquí? Y está furioso. Se planta justo dentro de la puerta que ha tumbado, con las manos cerradas en puños.

—Maldito enfermo —dice, avanzando sigilosamente y con rapidez. Embiste a Paul con el hombro en el estómago y chocan contra la pared. Paul se sorprende, se le arquean las cejas. Se defiende, obligando a Sven a separarse, pero Sven vuelve con un puñetazo en la cara.

—¡Sven! —Lucho por liberar mis manos. Noto que las cuerdas empiezan a aflojarse, pero la piel me arde. Igual hasta estoy sangrando. —Sven, tiene una pistola. —Intento avisarle mientras Paul empieza a defenderse. Vuelan los puñetazos por todas partes. Paul pega sucio también. Cuando Sven le derriba, Paul agarra un

puñado de cristales rotos. Se levanta, y usa la mano llena de cristales para intentar herir a Sven en la cara.

—¡Cabrón, lárgate de mi piso! Paul se lanza de nuevo contra Sven, y esta vez le toca a Sven encajar el golpe en el estómago. La cabeza de Paul choca de lleno contra el vientre de Sven, haciéndole perder el aire y haciendo que la pistola se le salga de la cintura. Paul la ve en cuanto Sven se dobla intentando recuperar el aliento.

—¡Sven! ¡Dios mío!— Tiro de las ataduras mientras Paul se lanza al suelo. Su mano cae a solo unos centímetros de la pistola y Sven también se da cuenta de lo que intenta. Mientras toma aire, Sven se abalanza sobre Paul. Su mano tampoco alcanza el arma, y forcejean por la asquerosa moqueta.

Mi mente vuela de terror. Tiro y tiro de las ataduras, sollozando sin control. Los dos luchan desesperadamente por llegar antes al arma y yo estoy atada a esta silla. Si Paul la consigue, matará a Sven y después a mí. No puedo permitir que eso pase.

—Por favor, Paul...— suplico, pero están tan concentrados en su pelea que sé que no me oye.

Paul logra apartar a Sven rodando sobre sí mismo y luego le golpea la cabeza contra la pared. Sven cierra los ojos un instante. Parece mareado. En esa fracción de segundo, Paul toma la pistola y monta una bala. El sonido de metal contra metal saca a Sven de su aturdimiento y, justo cuando Paul apunta el arma, Sven le agarra la muñeca. El disparo retumba, abriendo un agujero en la pared por encima del hombro de Sven.

Avanza bruscamente con la muñeca de Paul en la mano y lo derriba hacia el suelo.

—Joder...— Esto es muy grave. Miro hacia la puerta. Nadie va a venir a salvarnos a ninguno de los dos. No sé dónde está este piso ni si hay alguien más en el edificio. Alguien tiene que haber oído ese disparo. Tiro de la cuerda, notando que ahora se afloja aún más.

Sven, ahora encima de Paul, lleva la ventaja. Les observo escupirse e insultarse mientras Sven intenta que Paul suelte el arma. Se revuelcan por la moqueta, superándose el uno al otro, hasta que Paul acaba venciendo, empleando todo su peso corporal para inmovilizar a Sven. El arma queda oculta entre sus cuerpos y sus rostros están colorados por el esfuerzo.

—Vas a morir esta noche por lo que le hiciste a ella y por lo que me quitaste.— Sven frunce el ceño, concentrado.

—¡Sven! Por favor, ten cuidado —grito, tirando de la cuerda. Siento cómo cede justo cuando suena otro disparo.— ¡No!— chillo mientras lucho por liberarme de las cuerdas, ahora casi sueltas. Paul está tumbado sobre el pecho de Sven, con la cabeza inclinada hacia abajo, y Sven tiene los ojos cerrados. La sangre brota de uno de ellos, formando un charco debajo de sus cuerpos y entro en pánico total. Me lanzo hacia adelante, caigo de rodillas y cubro la cara de Sven de besos y lágrimas. La silla sigue atada a mis tobillos con una brida, pero estoy más cerca de él.

—Dios, Sven, levántate. Por favor —suplico. Le empujo por el hombro, temiendo tocar a Paul. Sven abre los ojos lentamente; uno de ellos se le está hinchando. —Dios mío, ¿estás herido?— Jamás he sentido un pánico tan absoluto como en este momento. Ni siquiera cuando Paul me raptó y me amenazó que fue nada comparado con el miedo a que Sven esté muriéndose.— Di algo.— Le empujo otra vez por el hombro y abre y cierra los ojos un par de veces más antes de esforzarse para quitarse a Paul del pecho.

En cuanto Paul se da la vuelta y queda de espaldas sobre la moqueta ensangrentada, veo la sangre y el corazón se me hiela. Me echo hacia atrás, tapándome la boca justo cuando la bilis me sube desde el estómago. Me giro y vomito en el suelo. El pelo se me cae sobre la cara, llenándose de vómito, y Sven se levanta. No me recoge el pelo, pero me corta las bridas de los tobillos.

Cuando termino, me limpio la boca con el dorso de la mano y aparto el pelo de la cara. Sven ha venido a por mí. De verdad ha venido

incluso después de que yo me marchara y le dijera que no quería saber nada de él ni de su mundo. Y ahora mi corazón se siente a salvo con él aquí. Más segura de lo que jamás me he sentido, y no solo porque Paul esté desangrándose en la moqueta delante de mí.

—Levántate, tenemos que irnos antes de que lleguen los polis.— Sven me tiende la mano y la tomo. Me pongo en pie y siento un impulso tremendo de abrazarle. Todas las emociones que sentí sentada en casa de Sarah hablando con ella salen a flote. Estoy enamorada de este imbécil hasta la médula, y quiero estar con él.

—Sven...— empiezo, pero ya va hacia la puerta. Miro el cuerpo sangrante de Paul.— ¿Se va a morir?— le pregunto, apurándome para seguirle.

—Probablemente... Y si no, irá a la cárcel igualmente. Tienen una orden de arresto contra él.— Sven sale al pasillo y le sigo, frotándome las muñecas. Están en carne viva, pero no sangran.

—¿Y tu arma?

—¡Basta!— espeta, fulminándome con la mirada por encima del hombro, y me muerdo el labio. Le he hecho demasiado daño. Me observa un largo segundo y me pregunto si podré arreglar lo que rompí o si ya es demasiado tarde. Ni siquiera pienso en Rico ni en el reto de criar a mi hijo en una casa Bratva. Solo sé que le quiero y no quiero vivir sin él.

Le sigo hasta su coche. Saca el móvil y manda varios mensajes mientras bajamos las escaleras. Distingo la palabra "cleaner" y veo que envía una dirección a alguien. No sé muy bien qué significa, salvo que está solucionando su lío, pero ahora mismo no me importa. Después del infierno que acabo de pasar, los brazos de Sven son el único lugar donde puedo imaginarme sentir consuelo de nuevo.

24

SVEN

Allie me sigue mientras caminamos. Tucker ya ha venido y ha movido mi coche, me ha seguido hasta aquí cuando mandé mensajes apresurados pidiendo refuerzos. Lo más probable es que mi llamada para que vengan los de la limpieza tenga también una respuesta rápida. Y si Monroe consigue frenar a la brigada antidroga y evitar que entreguen la orden, podré sacar a Allie de esta escena antes de que la policía dé la cara por aquí. Siempre que nadie haya llamado para informar de los disparos.

—Anda, camina más rápido —ladro, sintiendo el pecho tan apretado que casi no puedo respirar—. Mi trabajo aquí ya está hecho. He matado al cabrón que le hizo daño y he vengado a mi familia después de toda la mierda que ese hombre me hizo pasar. No tengo más obligación con Allie que con cualquier otra persona en este mundo. Entonces, ¿por qué tengo tantas ganas de abrazarla y exigirle que no me deje nunca?

—Sven, espera, —me llama ella, pero ni siquiera la miro. No puedo. Cuando veo su cara, me entran aún más ganas de tenerla, y pensaba que era mi fortaleza. Resulta que es mi mayor debilidad.

—Camina más rápido —espetó de nuevo, acelerando el paso. Solo estamos a una manzana del edificio de Sarah, y es ahí donde la voy a dejar. Para siempre.

Oigo pasos apresurados detrás de mí y Allie echa a trotar hasta alcanzar mi ritmo. Miro de reojo cómo se frota las muñecas; las tiene en carne viva, casi sangrando. He visto heridas mucho peores que estas—fracturas abiertas, balazos, cortes que harían estremecerse a cualquier médico. Esto no es nada, apenas una rozadura de cuerda, entonces ¿por qué me importa lo más mínimo? Y sin embargo tengo que obligarme a no tomarla entre mis brazos y besarle cada herida que tenga.

—Gracias —musita, sorbiéndose la nariz—. Iba a matarme.

—Te lo dije, conmigo estarías a salvo. Te fuiste. ¿Qué pensabas que iba a pasar? —Doblo la esquina del edificio y veo a los agentes uniformados en la entrada. Los reconozco al instante como aliados, seguramente amigos de Monroe, que les habrá llamado para asegurarse de que el edificio estuviera protegido tras el secuestro de Allie. Allie no dice nada más, aunque percibo que lo que he dicho le ha dolido. Debería haberlo sabido.

—Sven —llama uno de los policías—, ¿es esa la chica? —Levanta la barbilla hacia Allie. El policía más joven es lo bastante ingenuo como para seguir cualquier cosa que diga la familia, así que es perfecto para irlo metiendo en puestos de poder con nosotros.

—Sí... —Nos detenemos y nos quedamos con los agentes un instante. Los ojos de Allie se mueven de un lado a otro, nerviosos, escudriñando sus caras para luego bajar la mirada. Se coloca más cerca de mí que nunca; sigue asustada, o tal vez es otra cosa. Da igual. Esa parte del trato terminó en el instante en que se marchó de mi casa. Cumplí con mis obligaciones, aunque no tenía por qué. Y así tengo que pensar en esto.

—Monroe está arriba. Creo que está hablando con asuntos sociales sobre el crío. —Del otro agente sé menos, pero Dominic confía en él.

Asiento y miro hacia el tercer piso, de donde la luz sale a raudales por las ventanas. Es el único piso que sigue encendido a estas horas.

—Voy arriba; vigilad por si aparece Tucker. Traerá mi coche en un momento. —Le hago un gesto a Allie para que me siga y le abro la puerta. Puedo notar que tiene palabras atascadas en los labios; sus ojos lo dicen todo. Evitar el contacto visual es fácil mientras me sigue, pero el auténtico problema será cuando me encuentre con Rico. Ese crío consigue tirarme del corazón demasiado a menudo.

Al llegar arriba, me dirijo al piso de Allie. Sus pasos arrastrados siguen tras de mí.—Rico se alegrará de verte de vuelta y a salvo. —Ni siquiera llamo a la puerta. Si Monroe está aquí no la dejaría cerrada. Se abre sola y veo a Rico tumbado en el viejo sofá de cuero chirriante, dormido. Monroe y Sarah están sentados en la mesa de la cocina, hablando en voz baja, y Sarah salta en cuanto ve a Allie entrar, ojos desorbitados.

—Dios mío —se apresura a decir, rodeándome para acercarse. Me giro y veo a Allie y Sarah abrazadas, los ojos de Allie repletos de lágrimas.—Dios, te ha pegado. —Sarah le roza suavemente las heridas de la cara. Heridas que debería tocar yo, limpiar, untar pomada. Noto que la garganta se me cierra y aprieto la mandíbula.

—¿Qué demonios ha pasado? —pregunta Monroe en voz baja. Yo le contesto del mismo modo, supongo que para no despertar al niño. Puedo ver el móvil de Allie apretado con fuerza en la mano de Rico. Él ronca suavemente, los ojos moviéndose bajo los párpados.

—Usé la dirección que me diste y llegué a ella antes que antidroga. Estoy casi seguro de que está muerto, pero si no lo está ya se divertirá el juzgado con él. —Miro mi camisa, empapada de su sangre y pegada al pecho.—Ha habido algo de jaleo.

—Ya lo veo —dice Monroe, inclinándose.—¿Y qué demonios se supone que tengo que decirle a antidroga?

—Mira, colega, ahí están ya los de la limpieza. Lo dejarán todo limpio, seguro que parece que alguien le robó el alijo. El arma es imposible de rastrear, la dejé allí mismo. La sangre de Allie en la escena solo demuestra que la secuestró, así que será otro cargo más si sigue vivo. Escribe el informe diciendo que entró corriendo aquí.

Lanzo una mirada severa a Sarah y a Allie, y ambas levantan la cabeza hacia mí.—Se escapó de él antes del robo. Y revisa sus manos si quieres, busca restos de pólvora. Así podrás demostrar que no ha disparado ninguna arma, que no es la asesina.

—Sven, hay mucho que arreglar aquí. —Monroe se pasa el pañuelo por la frente y noto cómo Rico empieza a moverse en el sofá. El niño se da la vuelta, murmurando algo entre sueños. Los ojos de Allie siguen derramando lágrimas, pero me asiente agradecida.

—Por favor, quédate un rato —susurra ella—. Rico querrá verte.

—Es mejor que me vaya. —Me acerco de nuevo a la puerta y Monroe suelta un suspiro.—¿Tienes algún problema? —le pregunto, girando la cabeza por encima del hombro.

—Nah, lárgate de aquí. Monroe me sigue hasta la puerta y la cierra tras de mí. Durante un momento me quedo de pie fuera de la puerta cerrada, pensando en todo lo que estoy dejando atrás. He invertido mucho tiempo y energía en intentar que Allie fuera mía, pero ya no creo que seamos una buena pareja. Mi impulsividad y mi obsesión por ella me hacen pensar que quizá no estoy hecho para tener una pareja así. Bajo las escaleras con una sensación de vacío en el pecho y los pies pesados. Cada paso resuena más fuerte que el anterior hasta que llego a la acera. Paso junto a los agentes uniformados y veo a Tucker, con mi coche aparcado en la siguiente manzana.

—¡Sven!

El grito de Allie me deja destrozado. Sé que solo va a darme las gracias educadamente por venir a salvarla. Ha dejado claro que no permitirá que su hijo esté cerca de mi familia ni del estilo de vida

que llevo, así que ni siquiera estoy seguro de querer darme la vuelta. Sigo caminando hacia mi coche, fingiendo no haberla oído, cuando escucho el sonido de sus zapatos golpeando la acera.

—Sven, para. Su mano agarra mi codo y me giro para verla.

—¿Qué pasa? Puede que sea la primera vez que uso un tono suave con ella desde que nos conocimos. Sigue llorando, pero esta vez no hay miedo en sus ojos amoratados e hinchados.

—Pensaba que podría hacerlo. Creía que quizá podía marcharme, empezar de cero y estar bien. Que tú solo me utilizabas para el sexo y que yo podría usar tu protección igual. Pensé que accedería a ese matrimonio falso si Paul aguantaba tanto tiempo, que tú te desharías de él espantándole, y luego podría divorciarme de ti y marcharme. Y estaba totalmente equivocada, Sven. No puedo dejarte. Y no es porque necesite protección. Es porque te quiero.

Me mira con el labio inferior tembloroso. Tiembla tanto que se lo muerde y no sé qué decir. Nadie, aparte de Lacy, me ha confesado jamás que me quiere. Soy un cabrón. Soy un bruto. Trato a la gente como basura y me aprovecho de su disposición a someterse a mi autoridad y a mi dinero. No soy un amante, ni compasivo.

—¿Qué quieres decir?

—No lo sé. Solo pensaba que quizás tú dirías... Que tú también me quieres, que sientes algo parecido después de todo el tiempo que pasamos juntos. Está nerviosa, titubea. Veo cómo vuelve a replegarse en sí misma. Se siente como una idiota.

—¿Qué te ha hecho pensar que soy capaz de amar—ese tipo de amor que me acabas de confesar? Observo sus ojos y luego veo cómo cambia su expresión.

—Viniste a por mí. Allie se acerca un poco más y toca con delicadeza la sangre en mi pecho. —Me salvaste la vida sin ninguna razón.

—Paul atacó a mis hombres. Solo fue venganza. Me oprime el pecho. Sus dedos recorriendo mi abdomen me ponen la piel de gallina. Quiero tenerla entre mis brazos, pero decirlo sería admitir debilidad. Mis enemigos no pueden ver debilidad en mí, lo que significa que no puede existir. Tengo que matarla.

—No, Sven. Le dijiste a Paul que lo hacías por mí, por lo que me hizo. Me quieres. Se acerca aún más y apoya la mano en mi cadera. —No sé por qué no puedes admitirlo, pero sé que lo haces.

Me tenso, cuadrando los hombros. —Te equivocas. Odio que tenga razón. Odio esa parte de mí que desafía a mi padre y mi hermano. Se supone que debe morir. Se supone que tengo que matarla. Se supone que soy un asesino entrenado, sin ningún punto débil por el que mis enemigos puedan alcanzarme.

—¡Sven! La voz de Rico llega a mis oídos y suspiro, dejando que el pecho se me desinfle.

—¿Le has despertado? —le pregunto, sintiéndome como Sansón en el momento en que Dalila le cortó el pelo, o Ícaro cuando sus alas empezaron a derretirse.

—Ha sido Sarah... Ha preguntado por ti. Allie alza la mirada hacia la ventana del piso de Sarah, que da a la calle, y yo la sigo con los ojos. Rico se asoma por la ventana. Está demasiado lejos para verle la expresión, pero por su tono sé que está disgustado.

—Sven, por favor, vuelve. No te vayas, por favor. O llévame contigo. Por favor, Sven.

—Dios mío —gruño, sintiendo cómo mi mente cambia sin que yo lo quiera—. Soy un asesino, no un amante.

—Él también te quiere, Sven. —Allie desliza sus dedos ensangrentados entre los míos—. Me casaré contigo y criaremos a Rico juntos. Y le protegeremos de la familia todo lo que podamos.

—Sven, por favor, no te vayas —solloza Rico.

Miro a los ojos de Allie y me doy cuenta de que eso es lo que más deseo en el mundo. Todo este tiempo era lo único que quería, incluso cuando ella se comportaba mal y me odiaba. Vi lo que quería y fui a por ello. —Soy un sicario, Allie.

—Haz tus negocios desde otra oficina. Manténlo fuera de casa. Cásate conmigo y protégeme. Ese era el trato. —Su tono es firme, pero esa temblorosa comisura... joder si no es sexy.

—¿Ahora me das órdenes? —pregunto, aunque no me molesta en absoluto. Una mujer dominante es la única que sobrevive en la Bratva.

—Sí. Ahora ve a coger mis cosas y a nuestro hijo y vámonos a casa. —Suelta mi mano y, en el mismo instante en que se crea distancia entre nosotros, sé que no quiero volver a sentirlo nunca más. Le cojo la cabeza con mis grandes manos y la acerco hacia mí, besándola con fuerza.

—¿Mi hijo? —le pregunto, nuestras frentes pegadas.

—Has sido más padre para él que su propio padre. —Las manos de Allie reposan en mis bíceps—. Necesita un hombre en su vida, igual que yo. ¿Entonces, vienes conmigo o le pido a Tucker que venga a por ti después?

—Joder, cómo me pones cuando te pones mandona. —La vuelvo a besar, esta vez con más intensidad, separando sus labios. Su lengua baila sobre la mía y oigo a Rico animando desde arriba. Allie sonríe contra mi boca y se apoya en mí.

—¿Te gusta que te dominen? —me pregunta con tono travieso, y me sorprende verla tan juguetona después de todo lo que ha pasado esta noche. Pongo las manos en su cintura y la atraigo con fuerza contra mí.

—¿Esto significa algo para ti? —le pregunto, frotando mi erección contra su abdomen—. Tu actitud insolente y esa lengua afilada que tienes me ponen a mil.

Se pone de puntillas y me besa de nuevo, y cuando vuelve a apoyar los pies en el suelo, se pone seria. —Sven, siento no haberte creído ni confiado en ti. Paul me jodió mucho. Me ha hecho falta algo tan grave como esto para darme cuenta de dónde pertenezco de verdad.

Le acaricio suavemente el ojo morado y niego con la cabeza. —Ese hombre era un auténtico monstruo. Mereces algo mucho mejor, Allie. Solo necesito saber que esto es real ahora. Que no vas a cambiar de opinión cuando otro hombre cubierto de sangre cruce la puerta de mi casa. Perdí a Lacy; no podría soportar perderte a ti.

Esa confesión bastaría para que me expulsaran del círculo interno de la familia si mi padre la oyera. Así que, gracias a Dios que mi padre no está por aquí.

—No voy a cambiar de idea.

—¿Y si solo es el síndrome de Estocolmo? —me río, pero ella mantiene la expresión seria.

—Estoy enamorada de ti. Ahora llévame a casa. —Se gira y llama por encima del hombro a Rico—: ¡Coge tus cosas! Nos vamos a casa.

Rico responde gritando: —¿A casa de Sven?

—Sí, campeón. A casa… Odin te echa de menos. —Veo cómo mis palabras le arrancan una sonrisa impagable y luego desaparece.

—Pero le vamos a poner límites a su tiempo con los juegos —le regaña ella y la vuelvo a besar. Tendré que dejar la parte de educar a su madre, pero estoy feliz de que vuelvan. Siempre supe que debían estar conmigo.

25

ALLIE

—¿Y qué tal estáis disfrutando de todo hoy? —pregunto a la pareja de ancianos sentados junto a la ventana, en la mesa. La mujer mayor me mira levantando la vista, con las mejillas sonrosadas, y se sube las gafas por el puente de la nariz.

—La comida está deliciosa y el servicio es impecable. Muchas gracias. —Sus ojos brillan mientras habla y sostiene la mano de su marido como si ese contacto físico fuese imprescindible para que su corazón siguiera latiendo. No puedo evitar sentir algo de envidia por esa conexión romántica tan intensa, pero lo que tengo con Sven es diferente. Quizás algún día, nosotros también lleguemos a eso.

—Me alegro de oírlo —le digo mientras me alejo. Tras la marcha de Dana, que encontró trabajo como directora en un restaurante al otro lado de la ciudad, me ascendieron a subdirectora, y esta noche es mi primer turno. Sven y yo hablamos seriamente sobre que yo volviera a trabajar y, ahora que Paul ya no está, él no siente la necesidad de tenerme encerrada.

Me acerco a la siguiente mesa, lista para preguntarles qué tal ha estado la comida, cuando veo entrar a Sven. Viene solo, pero sé que después llegará su familia. Es mi oportunidad para hablar un rato a

solas con él, así que me dirijo hacia donde está. Está serio, como siempre, pero le sonrío y le doy un beso rápido en la mejilla al tiempo que le cojo la mano.

—Vamos a sentarnos —le indico, guiándole hacia un banco junto a la pared del fondo. Asiento a nuestra nueva camarera, Tonya, y le digo —: Oye, ¿puedes encargarte tú un rato? Voy a tomarme un descanso.

—Por supuesto, jefa —responde ella al pasar, con su coleta castaña balanceándose a cada paso. Sven y yo nos sentamos en el banco, donde hay algo más de tranquilidad, y entrelazo mis dedos con los suyos.

—¿Qué tal el primer día como jefa? —No retira su mano de la mía, lo cual ya es un pequeño cambio. Después de tres meses juntos, Sven está empezando a dejarse llevar y a entender qué cosas me hacen sentirme valorada. Todavía no se ha abierto conmigo del todo ni me ha contado qué le hizo tanto daño como para no dejarse mostrar sentimientos; tampoco me ha dicho que me quiere, pero vamos avanzando.

—Bah, está bien. Es muy parecido a ser madre de un preadolescente —me río, aunque lo digo en serio. Ser jefa no es tan fabuloso como parece, pero disfruto el sueldo extra. Sven se encarga de que no me falte de nada, pero me gusta poder darme el capricho de malcriar a Rico de vez en cuando.

—He llamado al cura. Está reservado para el trece de diciembre. Nos casaremos en Santa Ana y celebraremos el convite en el Shadowbox.

Me alegra tanto que él se ocupe de los preparativos de la boda… El trabajo me tiene tan ocupada que no he podido dedicarle mucho tiempo, aunque Sarah y yo sí elegimos el vestido más bonito posible para mi traje de novia. Nunca me había imaginado casándome en invierno, pero deseo tanto casarme con este hombre que no quiero esperar a la primavera.

—Eso está bien, ¿así que Dominic no anda dándole vueltas a las cosas? Sé cuánto le da la lata Dominic a Sven sobre su impulsividad. Es el mismo tipo de charla que a veces me suelta Sarah, dado que mi madre y mi padre ya no forman parte de mi vida. Sarah se ha convertido en mi brújula moral en más de una ocasión.

—Eh —farfulla Sven—, Dom puede irse al cuerno. Es el jefe en el trabajo, no en mi vida personal. —Sven acerca mis dedos a sus labios y los besa uno a uno—. Eres mía. Tengo derecho a tener una vida.

El gesto y el comentario juntos hacen que me entren ganas de sentarme en su regazo y sentir sus brazos rodeándome, pero me gusta este trabajo y quiero conservarlo, así que me conformo con sus labios en mi mano. Dominic entra primero en el restaurante, seguido de Matty y después Rome. No veo a Leo por ninguna parte, aunque últimamente apenas se deja ver. Me pregunto si seguirá sintiéndose culpable por haber dejado que su mejor amigo tramara un plan para asesinar a su propio hermano mayor.

—Eh, eh, nada de cursilerías —bromea Matty, dándole un codazo a Sven que se aparta un poco. Yo me levanto y me deslizo hasta al lado de Sven, y Matty se sienta junto a mí.

—Portaos bien, chicos, que esta diablilla muerde —bromea Sven devolviéndome el codazo. Me río mientras Rome y Dominic se acomodan enfrente de nosotros. Las cenas familiares en el restaurante los jueves por la noche se han vuelto casi una tradición, y disfruto conociendo mejor a sus hermanos. Ojalá más de ellos trajeran a sus parejas alguna vez. Nanette, la esposa de Dominic, aparece de vez en cuando.

—¿Dónde está Nan? —pregunto, y Dominic se encoge de hombros.

—Tenía planes con su hermano esta noche. —Frunce el ceño mirando a Sven—. ¿Sabes algo de Leo? Últimamente está desaparecido.

Sven niega con la cabeza.—Probablemente intentando ligar. He oído que Willow ha vuelto. ¿A ver qué dice papá?

Una sombra cruza el rostro de todos los que estamos en la mesa salvo el mío, y no entiendo el porqué, pero prefiero mantener el buen humor.—¿Qué tal si voy a la cocina y os traigo algo? Lo que haya de barril. —Le doy un codazo a Matty y él sale del banco y me deja levantarme.

—Vale, pero trae dos para cada uno. Ha sido un día largo. —asiente Dominic, y yo espero cruzada de brazos. Voy a conseguir que estos chicos aprendan modales, de una forma u otra. Ninguno de ellos tiene. Se nota mucho que perdieron a su madre de pequeños. Dominic me observa un momento, luego suspira y añade—: Por favor y gracias.

Matty se ríe de él y eso arranca una ronda de carcajadas a todos.—Te dije que es una diablilla —dice Sven y le guiño un ojo antes de dirigirme a la cocina a por las bebidas.

Sven me cambió la vida. Apareció de la nada para salvarme de un cliente desagradable y me lanzó a algo que nunca vi venir. Cuando era niña soñaba con crecer y labrarme un futuro, encontrar a mi Príncipe Azul y casarme. Jamás habría imaginado lo que pasó con Paul, ni lo que supone ser una madre soltera a la fuga. Sven es esa luz en mi vida que me enseñó que los cuentos de hadas no existen, pero que los sueños pueden hacerse realidad si luchas lo suficiente.

Mientras preparo las bebidas para mi futuro marido y sus hermanos, reflexiono sobre lo que significa la familia. Estos chicos se cuidan entre ellos y yo tengo la suerte de formar parte de esto. Y, más que nada, Rico tiene la oportunidad de ver con sus propios ojos cómo una familia de verdad se quiere y se protege. Y eso es algo que jamás habría tenido con su propio padre. Incluso ha empezado a llamar "papá" a Sven. Me encanta.

Y me gusta que Sven haya dejado de lado por ahora la parte más peligrosa del negocio familiar. Lleva la planta de procesado de

pescado mientras Matty se ocupa de lo más turbio del negocio de armas. El hecho de que Sven haga ese sacrificio por mí dice "te quiero" aunque sus labios no lo digan.

Sí, estoy bastante segura de que estamos hechos el uno para el otro.

TAMBIÉN POR LYDIA HALL

Reyes del Inframundo

Su Esposa Reacia

Navidad Unida por Sangre

Juramento de Sangre de Navidad || Una Navidad de sangre y deseo

Corazones Lastimados

Bestia Despiadada || Monstruo Despiadado || Príncipe Diabólico

Corrupt Bloodlines (SPANISH Edition)

Dangerous Games (SPANISH Edition) || Dangerous Refuge (SPANISH Edition)

Doctores Prohibidos

La Sorpresa Doble del Zorro Plateado || Dilema laboral: El jefe atractivo || Monstruo Despiadado || Bajo sus órdenes

Los Diabólicos Hermanos Braddock

Amor Abrasador || Dime Que Me Amas || Una Segunda Oportunidad para Amar || Embarazada: ¿Quién es el padre? || Embarazada del Chico Malo

Secretos de Oficina

Nuevos Comienzos || Conexión corporativa || Atrapado en el medio || Fingiéndolo para el Jefe || Bebé nos hace tres || El Secreto del Jefe || Doble sorpresa || El Papá de mi Mejor Amiga

Atracción prohibida

El Novio de Mi Madre || El Mejor Amigo de Mi Padre || Papá Encubierto || Los gemelos del doctor || Ella Es Mía || Confianza Enredada || Pecaminosamente Tuyo

Corazones Festivos

Un Feliz Malentendido || Navidad entre Sus Brazos || Una Galleta de Navidad para un Padre Soltero || Beneficios Ejecutivos || Su San Valentín Pecaminoso

Conjunto en caja

Los Grandes y Malvados Hermanos Braddock: La serie completa
